



FERNANDO GAMBOA

Autor del best seller internacional *La última cripta.*

CIUDAD NEGRA

EL NUEVO FENÓMENO DE LA NOVELA DE AVENTURAS
Más de 200.000 lectores

«Ojalá alguna de mis novelas ambientadas en el Amazonas
me hubiera parecido tan apasionante como *Ciudad negra!*»

ALBERTO VÁZQUEZ FIGUEROA

CIUDAD NEGRA

Primeros capítulos

Por

FERNANDO GAMBOA

A la memoria de Nuria Badal Jiménez
(9/5/1975 - 6/7/2012)

Que su recuerdo jamás se extinga.

© Fernando Gamboa González 2013

© Ediciones B, S.A. 2013

1ª edición Noviembre 2013

ISBN:978-84-666-5406-7

Depósito legal: B. 23.113-2013

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

[Twitter](#) & [Facebook](#)

[www.facebook.com/Ciudad Negra](http://www.facebook.com/CiudadNegra)

www.gamboaescritor.com

PRÓLOGO

Esta novela que sujeta entre sus manos es, como imagino que ya sabrá, la continuación de otra titulada *La última cripta*, y que gracias a más de 150.000 lectores de todo el mundo se ha convertido ya en uno de los mayores best seller en lengua española, de esta nueva era del libro digital.

La narración de *Ciudad Negra* da comienzo varios meses después del regreso a casa de Ulises, Cassie y el profesor Castillo, de modo que se puede hilvanar fácilmente el final de una novela con la siguiente. Pero aun así, *Ciudad Negra* es una historia totalmente independiente y con carácter propio, por lo que puede leerse perfectamente sin necesidad de conocer los antecedentes, ni haber leído previamente *La última cripta*.

Aclarado esto, antes de que se sumerjan en la narración les invito a leer unas líneas de la mano de Arturo Pérez-Reverte como prólogo a este libro, y que sugiero tengan en cuenta antes de seguir adelante:

« (...) Así que déjenme encender la pipa, hagan arder sus cigarros, acomódense y oigan lo que puedo referir, si gustan. Y recuerden, sobre todo, que nada de lo que les cuento puede mirarse con ecuanimidad desde afuera. Quiero decir, que para ciertas cosas es necesario un pacto previo. En las novelas de aventuras, el lector debe ser capaz de incluirse en la trama; de participar en el asunto y vivir a través de los personajes. Mal asunto si va de listo, o de escéptico. Si un lector no es capaz de poner en liza su imaginación, de implicarse y establecer ese vínculo, aunque sea resabiado y sutil, entonces que ni se moleste en intentarlo. Se va a la novela, y en especial a la de aventuras, como los católicos a la comunión o como los tahúres al póker: en estado de gracia y dispuesto a jugar según las reglas del asunto. Y así, entre muchas posibles clases, divisiones y subdivisiones, los lectores se dividen básicamente en dos grandes grupos: los que están dentro y los que se quedan fuera (...) ».

Arturo Pérez-Reverte.

El doblón del Capitán Ahab.

Y ahora sí, sin más prolegómenos, que dé comienzo la aventura.

*Hay algo oculto, ve y descúbrelo.
Ve y mira tras las montañas.
Algo perdido tras las montañas.
Perdido y esperándote.
¡Ve!*

RUYARD KIPLING

Z

6 de Enero de 1926
Cuenca del Xingú, Amazonas

—¡Corre, papá! ¡Corre!

—¡No te pares, Jack! —gritó efectuando dos disparos a la maleza, en dirección a los rugidos— ¡Sigue adelante y no mires atrás!

—¡No! —suplicó su hijo tirándole del brazo—. ¡No me iré de aquí sin ti!

Una estilizada sombra se movió velozmente y a muy poca distancia.

Se estaban acercando cada vez más, y de nuevo les alcanzó aquel hedor nauseabundo de carne en descomposición.

—¡Tengo que contenerlos! —replicó.

Jack Fawcett, que meses antes había emprendido con juvenil entusiasmo aquella aventura en la selva del Amazonas acompañando a su padre, el coronel Percy Harrison Fawcett, era ahora una piltrafa humana; demacrado, herido, con la ropa hecha jirones y los ojos desorbitados por el miedo.

—¡Por Dios! —exclamó, horrorizado—. Pero... ¿Qué son esos engendros?

En respuesta, un espeluznante alarido estalló en la noche, erizándole los vellos de la nuca.

—¡Venid aquí y dad la cara, malditos demonios! —prorrumpió el coronel Fawcett con el rostro desencajado por la ira. Apuntó a la impenetrable jungla y disparó de nuevo con su viejo Springfield.

—¡Por favor, papá! ¡Vámonos de aquí! —imploró Jack una vez más—. ¡Nos van a alcanzar!

El coronel miró a su espalda y no vio a un aguerrido soldado, como aquellos junto a los que había luchado años antes en las trincheras del Frente Occidental durante la Gran Guerra, sino a un muchacho imberbe, su hijo, aterrado por la inminencia de una muerte espantosa.

—¡Maldición! —exclamó dándose cuenta de que aquella batalla no la podía ganar—. ¡Deja el equipo, Jack! ¡Déjalo todo! —Señaló en dirección opuesta, y bramó—: ¡Sígueme! ¡Hacia el río!

Abandonaron las alforjas con la comida y las municiones, y se lanzaron en una frenética carrera a través de la espesura. La piel se les desgarraba con la maraña de lianas y ramas espinosas que apartaban a manotazos, en una desesperada huida en la que Jack arrastraba su pierna herida, mientras su padre recargaba, corría el cerrojo y disparaba los últimos cartuchos sin ya siquiera molestarse en apuntar.

Dos días atrás habían descubierto el cadáver de Raleigh —o mejor dicho, lo que quedaba de él—, cubierto de moscas y gusanos. Le habían arrancado brutalmente las cuatro extremidades, mientras el vientre y la caja torácica estaban abiertos como una lata, dejando a la vista un sanguinolento hueco vacío del que habían extirpado los órganos internos.

La sospecha de que estaban siendo observados se había confirmado de la forma más espantosa, y desde ese instante no habían hecho otra cosa que huir para salvar sus vidas.

Jack se abría paso braceando entre la maleza, mordiendo, arrancando, aferrándose a sus pocas esperanzas de sobrevivir, empujado por los gritos de aliento de su padre, que le conminaba a no detenerse, a ir más deprisa, a vivir para regresar algún día a su amada Inglaterra.

Entonces, súbitamente, el río apareció tras un último telón de lianas, y comprendió, desolado, que sus esperanzas de supervivencia se acababan allí mismo.

Lo que tenía ante sí, iluminado por la fría luz de la luna llena, era un poderoso río de aguas turbias que estallaban contra las rocas y los árboles con tal violencia que ahogaba incluso los aullidos de sus perseguidores.

—Por todos los santos... —murmuró el joven. La otra orilla estaba más de cien metros, aunque para el caso, hubiera dado exactamente igual que fueran mil, o cien mil. Sobrevivir a aquella vorágine de agua y barro parecía tan improbable como remontar a nado las cataratas Victoria.

En ese instante, surgió de entre la maleza el coronel Fawcett con su pequeña mochila de cuero a la espalda y, tras disparar una última bala a las tinieblas, dejó caer el fusil y se encaró a su hijo.

—Pero ¿se puede saber a qué demonios estás esperando? —le increpó—. ¡Lánzate al agua!

—¡No conseguiremos cruzarlo! —alegó Jack señalando el río con las pupilas dilatadas por el pánico—. ¡Es un suicidio!

—Pues que Dios nos perdone —replicó el coronel—, pero no tenemos otro camino.

Y sin darle tiempo a reaccionar, empujó a Jack haciéndole caer en la corriente, e inmediatamente se lanzó tras él en aquel caos de espuma, roca y fango.

Arrollados por el incontenible ímpetu del río, padre e hijo trataban de mantenerse a flote y, con los pies por delante para protegerse, hacer lo posible para no acabar destrozados contra una roca, o ensartados por alguno de los troncos que surcaban el río como afilados proyectiles.

Con cada bocanada, el codiciado aire se mezclaba con el agua lodosa que entraba en sus pulmones. El simple hecho de respirar les suponía un titánico esfuerzo, que no podrían soportar por demasiado tiempo.

El coronel logró reunir fuerzas para llamar a gritos a su hijo, pero el estruendo de los rápidos ahogaba cualquier sonido que no fuera el de su propia furia, y al cabo de pocos segundos, la cabeza de Jack desapareció definitivamente en el hervor de la corriente.

Con su último aliento, gritó de desesperación mientras forcejeaba inútilmente contra aquel río asesino. Hasta que, finalmente, descubrió horrorizado lo que había sucedido en realidad.

Frente a él, el horizonte se terminaba como si hubiera llegado al mismo fin del mundo, y Percy Harrison Fawcett tardó sólo un instante en entender que, en cierto modo, así era.

Estaba a punto de caer por una gigantesca catarata.

Y en aquel último instante de vida, mientras experimentaba un breve lapso de ingravidez antes de precipitarse al vacío, rogó a Dios que algún día el mundo supiera del inconcebible secreto que les había sido revelado en aquella demoníaca selva.

Rogó para que sus muertes no fueran en vano, y él y los dos jóvenes que le habían acompañado hasta aquel trágico final, fueran reconocidos algún día como los autores del que, sin duda alguna, era el descubrimiento más extraordinario y trascendente en la historia del hombre sobre la faz de la Tierra.

Una mañana de noviembre, ochenta y cinco años más tarde.

Tenía las manos tan entumecidas por el frío bajo los gruesos guantes de neopreno, que apenas era capaz de mover los dedos.

Llevaba más de una hora sumergido a siete metros de profundidad, helado a pesar de los cinco milímetros de espesor del traje de buceo, y con una visibilidad tan mala a causa del lodo en suspensión, que no podría haber visto la quilla de un barco aunque ésta me golpeará en la cabeza. De hecho, tuve que pegar el manómetro al vidrio de la escafandra, para poder descubrir que la aguja ya estaba por debajo de la marca de las treinta atmósferas, en plena zona roja.

No me quedaba mucho tiempo.

Para variar.

Con la ayuda del potente magnetómetro Excalibur 1000 que llevaba atado a la muñeca, había encontrado ya una docena de objetos sin valor enterrados en el esponjoso lógamo. Aquel lecho marino tenía la textura de papilla aguada, y sin poder contar con el sentido de la vista, resultaba difícil determinar dónde terminaba el agua y donde empezaba el fondo. Me veía obligado a, literalmente, hundirme en el fango para sacar los objetos que me señalaba el detector de metales e iba acumulando en la red atada al cinturón de lastre.

Calculé mentalmente que a aquella profundidad aún me quedaba aire suficiente para cinco o diez minutos más, así que, aunque estaba al borde de la hipotermia y el cuerpo me pedía a gritos salir del agua y buscar la estufa más cercana, decidí ajustar el detector a la máxima sensibilidad y hacer un último rastreo, aunque sabía que ello haría pitar aquel cacharro hasta por el núcleo de hierro del planeta.

Traté de regular el dial de potencia situado en el cuerpo del detector, pero entre la insensibilidad causada por el frío y el grosor del neopreno, era como enhebrar una aguja con los dedos de los pies.

«Gato con guantes —me dije— se come los mocos.»

Así que con cuidado para no perderlo me quité el guante derecho y, a tientas a través de aquella sopa marrón, alargué la mano y giré la pequeña ruedecita al máximo.

Inmediatamente, como había previsto, el aparato comenzó a transmitir señales histéricas de que había encontrado cualquier basura remotamente metálica que pudiera hallarse debajo de mí. Pero no podía perder tiempo con ello, de modo que decidí ignorar aquellos silbidos eléctricos a la espera de que el detector emitiera ese sonido tan peculiar, que revelaba la inequívoca presencia de un metal de alta densidad.

Sentía tenso el cordón que había atado alrededor de un peso muerto, que me servía como referencia y alrededor del cual iba girando en espiral, ampliando cada vez más el área de búsqueda. Al tiempo, aguzaba el oído tratando de escudriñar esa señal que esperaba, y cada poco me acercaba el manómetro a la cara, constatando que la aguja señalaba ya por debajo

del veinte y me veía obligado a hacer un esfuerzo cada vez mayor para extraer el aire del regulador.

«Un minuto más y fuera», pensé.

Y justo en ese instante, creí oír un zumbido grave y lejano procedente del detector.

Sorprendido, giré sobre mí mismo para situarme encima de la señal.

Sonaba como una mosca de ochenta kilos, volando a cien metros de distancia.

Sin duda, ahí estaba de nuevo.

Dejé el magnetómetro colgando de mi muñeca, saqué un pequeño rastrillo del bolsillo del chaleco de flotabilidad y me impulsé de cabeza contra el fondo con las manos por delante, esperando que no estuviera demasiado hundido en el limo.

Me volví a sacar los guantes para tener más tacto y enterré las manos desnudas en el repugnante lodo; al hacerlo, levanté una nube de sedimentos que me envolvió por completo. Pero ya me daba igual, no había nada que ver allí abajo, sólo quería acabar de una maldita vez.

Saqué el aire restante del chaleco para hundirme todo lo posible, escarbando cada vez más profundamente en aquél consomé, sin llegar a tocar nada sólido con mis dedos congelados. El aire se resistía a salir de la boquilla, y ya empezaba a pensar que había sufrido una alucinación auditiva, cuando rocé algo duro con la yema de los dedos de la mano izquierda. Deseché el rastrillo y estiré la mano derecha para evitar que se me escurriera entre el fango.

Lo agarré con fuerza, como al más preciado tesoro, y al acercármelo a los ojos comprobé satisfecho que era aquello que llevaba toda la mañana buscando. En el interior de la dorada sortija, podía leerse claramente una fecha y el lema: «M. y J. Juntos para siempre».

Entumecido por el frío que me hacía tiritar debajo del traje, acabé de subir los últimos peldaños de la oxidada escalerilla de hierro que ascendía hasta el muelle de hormigón.

Al llegar arriba, tiré delante de mí las aletas y con un último esfuerzo, me puse en pie sobre el pantalán cargando aún a la espalda la pesada bombona de buceo, ya totalmente vacía. Seguidamente dejé el detector de metales en el suelo, y con gran alivio, me deshice de la máscara integral de inmersión, del chaleco, la botella y los plomos. Aliviado por respirar al fin aire fresco, cerré los ojos, levanté la cabeza, e inflé los pulmones todo lo que me permitía el ajustado neopreno.

Una fina lluvia caía con indolencia desde las plumizas nubes bajas que tapizaban el cielo, mientras una bandada de gaviotas graznaba sobre mi cabeza, imagino que como yo, protestando por un día tan horrible.

Pero estropeando aquel instante de calma, mientras me abría la cremallera de la espalda, hizo su aparición en el muelle un Mercedes cupé de color negro que vino a detenerse a pocos metros con un chirriar de frenos.

De él se apeó un tipo más o menos de mi edad. Treinta y muchos años, corbata fosforito, traje gris de marca y pelo engominado como si le hubiera lamido una vaca.

—¿Lo tiene? —preguntó al acercarse, sin siquiera saludar.

Levanté el brazo derecho, mostrándole el dorado anillo rodeando mi meñique enguantado.

—Ha tardado mucho —dijo dando un paso al frente, y tras quitármelo sin miramientos, se lo acercó a la cara para comprobar la inscripción.

—¿Es el que... se le cayó a su mujer? —pregunté sin disimular el sarcasmo.

El fulano se quitó las gafas de sol —absurdas en un día como aquel—, y se metió la mano en el bolsillo interior del traje.

—Eso parece —afirmó—. Aquí tiene lo suyo. —me lanzó un sobre sin mirar, de un modo que si no hubiera estado atento, habría ido a parar al agua.

Sin esperar a que pudiera comprobar su contenido, el fulano se dio la vuelta y abrió la puerta del coche. Pero antes de meterse dentro, me dirigió un último vistazo.

—Vigila de no constiparte —añadió tuteándome con una sonrisa burlona—. Parece que hoy hay mucha humedad.

Con el sobre en la mano me quedé mirando como arrancaba los trescientos caballos de su deportivo, y una única palabra acudió a mis labios.

—Gilipollas

Chorreando el agua que resbalaba por todo mi cuerpo, me acerqué al viejo Land Rover blanco que había comprado de segunda mano. Saqué la llave oculta debajo del parachoques, abrí la puerta trasera, tiré el sobre del dinero en el asiento del copiloto y comencé a desvestirme.

Desde luego, aquello no se parecía en nada a la vida bohemia que había llevado hasta hacía cosa de un año, dando clases de buceo a turistas en cualquier país en que el agua fuera cálida, las mujeres hermosas y la cerveza barata.

Bueno, en realidad sí seguía buceando, pero definitivamente no era lo mismo hacerlo en el Caribe o Tailandia, entre arrecifes de coral y peces de colores, que en un puerto de aguas aceitosas limpiando cascos de yates ajenos, o buscando anillos de oro de esposas cabreadas.

Llevaba cinco meses trabajando por cuenta propia como submarinista profesional, ofreciéndome para cualquier tipo de trabajo subacuático en que me pagaran lo suficiente para ir tirando, y ya estaba más que hartó. Pero así estaban las cosas por entonces. Aunque echaba de menos las palmeras y las playas de arena blanca dorándose al atardecer de otras latitudes, desde que ella se fue, me encontraba en tal estado de apatía que hasta había perdido mi necesidad fisiológica de mudar de paisaje cada pocos meses.

De cualquier modo, seguía haciéndome muy raro terminar una inmersión y al salir a la superficie descubrir a lo lejos la estatua de Cristóbal Colón apuntándome con su dedo acusador. Con la inconfundible presencia de la montaña de Montjuïc como telón de fondo de mi querida y, en días así, aborrecida Barcelona.

Aunque las pesadas botellas de aire y los plomos se habían quedado en el coche, caminar dos manzanas desde el lugar donde había aparcado hasta mi edificio con el resto del equipo a cuestas, consumió las pocas fuerzas que me quedaban.

Cuando al fin abrí la puerta de mi diminuto ático en la calle París —herencia de mi querida abuela—, dejé la pesada bolsa de lona junto a la entrada, me quité la ropa camino del baño y me metí bajo la ducha, tratando de librarme con el intenso chorro de agua caliente de aquel frío húmedo que me había calado hasta los tuétanos.

Tras un buen rato frotándome a conciencia con la esponja, concluí que ya me había quitado de encima toda la mugre de las aguas del puerto, así que cerré el grifo, y envolviéndome con la toalla me planté frente al espejo. En él un tipo moreno, ni guapo ni feo, en buena forma pero de aspecto cansado, con marcadas ojeras y una barba de varios días en la que asomaban algunas canas, me devolvía una mirada interrogativa que no quise contestar.

«Pero ¿se puede saber qué coño estás haciendo?», me preguntaban sus ojos castaños.

Ignorándolo como solía, me sequé y, con la toalla enrollada en la cintura, me derrumbé en la cama como si me hubieran pegado un tiro.

«Cinco minutos —me dije con la boca pegada a la almohada—. Cinco minutos de descanso y me levanto a preparar el almuerzo.»

Ni que decir tiene que no fue así.

Dos horas más tarde aún seguía en la misma postura, soñando con coloridos nudibranquios tropicales luciendo anillos de boda.

La voz de Jason Mraz cantando *I'm yours*, sonó durante un buen rato en el teléfono móvil antes de que me diera cuenta que no era parte del sueño.

De mala gana me levanté de la cama dando tumbos, y rebusqué entre la bolsa hermética de buceo que aún estaba tirada en el suelo. Comprobé la pantalla iluminada antes de contestar, y vi que en ella aparecía la palabra «Mamá».

Confieso que dudé por un momento en contestar a la llamada. No me sentía con fuerzas para sostener una de nuestras clásicas conversaciones madre-hijo. Pero enseguida comprendí que si no lo hacía, ella seguiría insistiendo hasta el fin de los tiempos, y si se me ocurría desconectar el teléfono, no dudaría en presentarse en casa entre aspavientos y gestos de preocupación. Así era ella.

—Hola, mamá —contesté finalmente apretando el símbolo verde de la pantalla y poniendo el manos libres.

—¿Dónde estás? —preguntó directamente con un atisbo de reproche.

—En casa, tratando de dormir un poco —repliqué sin disimular mi fastidio, caminando de vuelta hacia el dormitorio.

—¿A estas horas?

—He tenido un día muy duro, y necesitaba... en fin —dejé ahí la explicación mientras abandonaba el teléfono sobre la mesita de noche y volvía a tirarme en la cama—. ¿Qué quieres?

Ahora fue ella la que sonó contrariada.

—¿Cómo que, *qué quiero*? ¿Es que te molesta que te llame?

—No, mamá... —contesté masajeándome los párpados—. ¿Cómo iba a molestarme? Sólo te preguntaba por qué lo hacías, no seas tan susceptible.

Al otro lado de la línea pude oír un bufido.

—Está bien. Te llamaba para saber si vas a venir a cenar a casa algún día de esta semana.

—Pues...

—Me lo prometiste.

—¿Eso hice?

—El martes pasado.

—Lo había olvidado.

—Menuda sorpresa. —de nuevo, ahí asomaba el reproche.

—Está bien, vale. Te doy mi palabra de que iré esta semana.

—¿Cuándo?

—El viernes, ¿te parece bien?

—Mejor el sábado, a las ocho. Y ven arreglado. No como la última vez, que parecías un vagabundo.

—Pero ¿qué más te da cómo...? Un momento —me interrumpí—. ¿No será otra encerrona con la hija de una amiga tuya?

Un silencio inequívocamente culpable sustituyó a la respuesta.

—Joder, mamá.

—Ya es hora de que conozcas a más gente —protestó—. Llevas demasiado tiempo viviendo como un ermitaño, y Lara es una chica estupenda que está deseando conocerte. Incluso le gusta ir de viaje por ahí, como a ti.

—Mamá, me prometiste que no volverías a hacer de alcahueta. Estoy perfectamente, y no necesito conocer a ninguna otra mujer por muy estupenda que sea. Te lo he dicho ya muchas veces.

Esta vez, fue un sonoro suspiro lo que salió del pequeño altavoz del teléfono.

—Está bien... —se rindió con demasiada facilidad—. No invitaré a Lara, pero igualmente ven bien vestido y afeitado, que no me gustan las pintas que llevas últimamente.

Cerré los ojos, chasquéé la lengua y accedí, incapaz de proseguir con aquella conversación.

—Allí estaré. Hasta el sábado, mamá.

—No lo olvides —fue la última advertencia, justo antes de que presionara el botón de colgar y de nuevo el silencio se adueñara del apartamento.

Sabía perfectamente que mi madre, ignorándome olímpicamente invitaría a ¿Lara? ¿Laura? En fin, qué más daba. Escogería a conciencia la ropa más andrajosa de mi armario para acudir a la cena, y por supuesto, no me afeitaría un solo pelo de la cara. Como ya había ocurrido en los dos precedentes anteriores, la muchacha en cuestión aguantaría hasta los postres con la nariz fruncida, y se despediría con un «espero que volvamos a vernos» más falso que el juramento de un congresista.

Lo que no tenía nada de falso era el incipiente dolor de cabeza que sentía crecer justo detrás de los ojos, y trataba de hacer memoria sobre si quedaba algún ibuprofeno en el botiquín, cuando Jason Mraz volvió a puntear los pegadizos acordes de su guitarra en mi teléfono. Ya empezaba a caerme mal el tipo.

Estiré de nuevo el brazo hacia la mesilla de noche, con los ojos cerrados y mordiéndome los labios para no soltar un improperio al descolgar de nuevo el teléfono.

—Ya te he dicho que iré, mamá —gruñí—. Por favor, déjame dormir.

—Oh, disculpa —contestó una voz de hombre—. Mejor te llamo en otro momento.

—¿Profesor? —pregunté mudando inmediatamente el tono de voz y abriendo los ojos, al reconocer a Eduardo Castillo. El profesor retirado de Historia Medieval, que era tan buen amigo mío como anteriormente lo había sido de mi padre.

—No sabía que estabas durmiendo —se disculpó.

—Sí, bueno... no. Ya no. No importa. Dígame.

—¿Cómo va todo por ahí? —preguntó en cambio con tono lúgubre.

—Más o menos. Pero a usted sí que lo noto algo raro. ¿Ocurre algo?

Un prolongado silencio al otro lado de la línea me llevó a deducir que así era.

—¿Puedes venir a mi casa?

—Claro, profe. ¿Cuándo?

Otro largo silencio.

—¿Podrías venir a cenar, a eso de las nueve?

Aunque a sus cincuenta y muchos años presumía de una salud envidiable, por su actitud temí por un segundo que algo grave le sucediera.

—¿Seguro que se encuentra bien?

—Sí, tranquilo. ¿Puedes venir?

—Claro. Estaré ahí para la cena.

—Gracias —dijo, y colgó.

Esta vez me quedé mirando la pantalla del teléfono durante unos segundos. No tenía ni idea de lo que pasaba, pero creo que jamás le había oído hablar así.

Con el estómago protestando a coces y muy pocas ganas de ponerme a cocinar, bajé al restaurante chino que había junto a mi casa; esperaba que pudieran hacerme algo de comida a esa mala hora de la tarde.

Afortunadamente se apiadaron de mí, con lo que veinte minutos después ya había devorado una buena ración de tallarines tres delicias y jugueteaba con el tenedor sobre la superficie de porcelana del plato, pensando que, si aún no había tocado fondo con mi vida, me estaba hundiendo paulatinamente como si llevara un ancla atada a los pies.

Y andaba vagando entre la espesa niebla de mis divagaciones, cuando me di cuenta de que era el último cliente del restaurante, y las cinco camareras chinas me miraban con los brazos cruzados y gesto de impaciencia. Para no ganarme su antipatía y evitar que el próximo día me escupieran en el plato, pagué la cuenta, dejé una buena propina, y me dirigí directamente al Náufrago, un recóndito bar de apropiado nombre en el corazón del barrio gótico, donde hacer tiempo delante un tequila reposado antes de encontrarme con el profesor para la cena.

El pequeño bar del casco antiguo de Barcelona, ocupado por unas pocas mesas de madera vieja, fotos en sepia de la posguerra en las paredes, servilletas de papel arrugadas y serrín en

el las esquinas, seguía siendo propiedad de Antonio Román, un veterano contrabandista que ya debía de superar los noventa años y había dejado el exigente negocio de la restauración en manos de sus nietos.

Diego —seguramente el único de ellos que había aceptado hacerse cargo del negocio—, alto y desgarrado, con camisa blanca, perilla y coleta, secaba el vacío mostrador con indolencia, levantando una ceja al verme cruzar el umbral a modo de escueto saludo entre viejos conocidos.

—¿Cómo te va, Ulises? —preguntó en cuanto me senté en la barra, volviéndose antes de que le contestara hacia la botella de José Cuervo que tenía a su espalda.

—Podría ir mejor.

Mientras servía el chupito de tequila, afirmó sin levantar la vista:

—No has hecho caso de mi consejo, ¿a que no?

—¿Qué consejo?

—¿Cuál va a ser? Que la llames.

—No puedo.

—No quieres —sentenció meneando la cabeza, dejando la cosa ahí cuando otro cliente levantó la mano pidiendo una cerveza.

Y tenía razón, por supuesto.

Sin quererlo —pero sin tampoco hacer demasiado para evitarlo—, evoqué la imagen de Cassandra Brooks sentada frente a mí, en una de las mesas de aquel mismo bar. La recordé hablándome con aquel delicioso acento mexicano suyo, y sonriendo con esos ojos esmeralda que me tuvieron hechizado desde el día en que la conocí, hasta que se marchó para siempre con un vago «nos vemos», arrastrando su pequeña maleta roja por el pasillo de mi casa.

Desde entonces, me había quedado en un estado que sólo era capaz de definir como parálisis. Agarrotado de ánimo y voluntad, con el corazón seco y el entusiasmo justo para abrir los ojos por la mañana.

Aunque, la parte irónica del asunto, era que yo mismo había sido el causante de aquella separación.

Después de muchos años rodando por el mundo, sin una pareja estable ni nada que se le pareciera, me había acostumbrado tanto a aquella independencia absoluta en la que no debía decidir a medias ni dar explicaciones por nada, que cuando nos fuimos a vivir juntos llegó un momento, al cabo de pocos meses, en que una irresistible necesidad de libertad me empujó a marcharme una temporada bien lejos. A viajar a algún lugar tranquilo, donde poder replantearme el rumbo que estaba tomando mi vida sin encontrarme con Cassie a la hora de desayunar.

Para cuando regresé tres semanas más tarde de Vietnam, ella aún estaba en Barcelona, pero las cosas ya no volvieron a ser lo mismo. Yo seguía zozobrando en mis —incluso para mí— incomprensibles dudas, y poco más tarde llegamos a la inevitable conclusión de que debíamos seguir caminos separados. Por mucho que doliera.

Y dolió.

Lo peor de todo aquello, fue que Cassie se llevó una irreparable decepción ante el inexplicable fracaso de aquella relación por la que tanto había dado, y a partir de ese momento, decidió cortar por lo sano y no volver a verme jamás. Hasta eliminó mi número de

su teléfono y mi nombre de sus redes sociales, dejando muy a las claras que no quería saber una palabra de mí.

Tiempo después, supe por amigos comunes que ella logró recuperar su vida anterior —al menos profesionalmente—, volcándose de nuevo en su especialidad como arqueóloga submarina, ocupando un puesto de responsabilidad en una excavación en la costa de Cádiz, al sur de España.

En cambio, yo me había quedado varado como un viejo marinero que ve partir el último barco del muelle, preguntándose qué diablos va a hacer a partir de ese momento. Allá donde mirara hacia el futuro, todo lo veía como esa gris y apática tarde barcelonesa.

Hasta hacía poco, mi vida adulta había consistido en vagabundear entre los trópicos de Cáncer y Capricornio, sin preocuparme lo más mínimo por mi futuro, ni de aquello que iba dejando atrás. En consecuencia, no había conservado prácticamente ningún amigo en mi ciudad natal, y todos ellos, sin excepción, seguían además tan casados y comprometidos con unas vidas que detestaban, como la última vez que los había visto.

A esas alturas, no tenía ni el humor ni la paciencia de escuchar la retahíla de tópicos habituales en los reencuentros: complicaciones matrimoniales, lo guapos que estaban sus hijos, o lo mal que les trataban sus jefes.

No es que me diera igual. Es que se trataba de aspectos tan ajenos a mi propia vida, que la mayoría de las veces no tenía la menor idea de lo que me estaban hablando, y para ser sincero, rara vez me importaba.

Además, tras oír de sus bocas repetidamente que yo tenía mucha suerte de hacer lo que hacía y vivir como vivía, o que ojalá ellos pudieran hacer lo mismo, en algunas ocasiones y preso de un arranque de ingenuidad, trataba de explicarles que por supuesto que podían, que era sólo cuestión de priorizar ciertos aspectos de la existencia y no dejarse llevar por la rutina o las expectativas ajenas. Elegir qué se desea hacer «realmente», y luego tratar de llevarlo a cabo. No como pasatiempo ni actividad de fin de semana, sino como una actitud permanente y en todos los ámbitos. Buscar el propio camino, en lugar de seguir a la multitud.

Dicho en plata, que aprovecharan sus vidas.

Lamentablemente, solía ser entonces —normalmente tras las frases «no tengas miedo de perseguir tus sueños» o «vive cada día como si fuera el último, porque es posible que lo sea»— cuando empezaban a mirarme como si fuera un Hare Krishna rapado y ataviado con túnica naranja, que trataba de convencerlos con un folleto y una bandeja de galletitas de que debían abandonarlo todo y seguir los preceptos del *Bhagavad-Gita*.

Así que, por ese lado, no había mucho donde rascar.

Lo irónico es que en los últimos meses yo tampoco había seguido mis propios consejos.

De hecho, ni siquiera la posibilidad de regresar a mi vida anterior como submarinista nómada, ejerciendo como instructor de buceo para turistas en parajes exóticos, me entusiasmaba en absoluto. Para bien o para mal, aquella ya era una etapa de mi vida que había dejado atrás, y ahora debía hallarme de nuevo a mí mismo y decidir qué podía hacer a partir de ese momento.

Pero lo cierto es que no tenía la más remota idea.

Si acaso, apurar aquel vaso de tequila y quién sabe si alguno que otro más.

Para mi desgracia, había comprendido demasiado tarde que, a pesar de no poder vivir con Cassandra, aún más difícil me resultaba vivir sin ella. Había perdido el norte, como se suele

decir, y a pesar de los habituales pescozones de mi madre para que moviera el culo e incluso sus vanos intentos de organizarme citas a ciegas, no tenía el menor interés en buscar una sustituta a la mexicana, porque sabía que no la iba a encontrar.

—La echo de menos —murmuré mirando el vaso con la mirada perdida.

—No me digas... —ironizó Diego desde el otro lado del mostrador.

João Gilberto susurraba su canción *Desafinado* desde el pequeño altavoz en la esquina del local, como un malintencionado acupuntor clavándome agujas en el corazón a ritmo de *bossa nova*.

—Soy idiota —afirmé, y apuré el tequila de un trago.

—Todos los somos —coincidió el barman, filosófico.

El licor me abrasó la garganta, haciéndome inspirar hondo.

—Pero no la voy a llamar.

—Si tú lo dices.

Los dos nos quedamos callados.

—Lo pasado, pasado está —concluí terminando un segundo vaso.

Diego se encogió de hombros, como diciendo: «tú verás, chaval».

Dejé el dinero sobre la barra, y me despedí con un tamborileo sobre el mostrador.

Desde que había vuelto a vivir a Barcelona, era rara la semana que el profesor no me invitaba a comer a su casa para rememorar nuestras pasadas aventuras y exagerarlas debidamente con generosos tragos de vino blanco. Pero en aquella ocasión, mientras empujaba la pesada puerta de hierro de su edificio en el Eixample, y me adentraba en las tinieblas de la portería, un escalofrío me recorrió la espalda y tuve la corazonada de que algo malo había sucedido y que, de rebote, me iba a afectar a mí también.

Al llegar al quinto piso, el veterano ascensor de madera y enrejado se detuvo bruscamente y salí al oscuro rellano, donde una agonizante bombilla iluminaba una gastada placa en la que se podía leer: PROFESOR EDUARDO CASTILLO MÉRIDA.

Llamé al timbre e inmediatamente se abrió la puerta; la familiar figura de Eduardo apareció en el umbral, vestido con su irrenunciable chaleco, su pajarita y su camisa a cuadros. Esta vez, sin embargo, no exhibía la ancha sonrisa con la que solía recibirme, y tras las anticuadas gafas de carey, se podía leer claramente la preocupación en sus apagados ojos azules.

—Ulises —me saludó con un apretón de manos—. Gracias por venir, y discúlpame por la urgencia.

Me indicó que le siguiera hasta el salón y allí me senté frente a la mesa, fingiendo despreocupación.

Mientras se acercaba a la cocina en busca de un par de cafés recién hechos, dejé vagar la mirada recordando las aventuras comunes que estaban ligadas a aquel salón y a aquella mesa ovalada de madera oscura.

Como siempre, los libros seguían siendo los dueños absolutos de la casa. Ocupando no sólo las estanterías que llegaban hasta el techo, sino, además, desbordándose por sillas y pasillos. Apilados en un indescifrable orden, e impregnando la vivienda de ese inconfundible olor a historia y literatura que sólo se encuentra en los rincones perdidos de las librerías centenarias. A mi izquierda, un amplio ventanal dejaba entrar la rácana luz de aquella tarde

otoñal, que iba a encontrarse con un hermoso mapamundi en tonos ocres que ocupaba prácticamente toda la pared que tenía enfrente.

—Con leche y tres de azúcar —dijo entonces el profesor saliendo de la cocina con una pequeña bandeja entre las manos.

Tomé mi taza y, en silencio, esperé a que él hablara.

Éste dio un par de sorbos distraídamente, y fue entonces que me di cuenta de sus marcadas ojeras y los ojos enrojecidos.

—¿Cómo te va todo, Ulises? —preguntó al fin.

—Pues bien. Creo —repuse extrañado por aquella pregunta tan vaga.

—Me alegro, me alegro... —contestó a los posos de su taza.

—Esto... profe —inquirí al ver que no decía nada más—. ¿Me va a explicar para que me ha llamado o voy a tener que adivinarlo?

El profesor levantó la vista y me miró como si acabara de darse cuenta de que estaba ahí.

—Sí, claro —dijo sonriendo una disculpa—. Pero ¿te importaría que esperáramos un momento? —Consultó su reloj de muñeca, y añadió—: Debe estar a punto de llegar.

—¿De llegar? ¿Quién?

Y como si lo hubiera tenido ensayado, justo en ese instante sonó el timbre de la portería y mi anfitrión se levantó a abrir.

Sin preocuparme demasiado en averiguar la naturaleza de aquella inesperada visita, tomé mi taza de café y me acerqué al amplio ventanal que daba a la calle. Las dos hileras de plataneros que flanqueaban la calzada, ya prácticamente desnudos de las hojas secas que alfombraban las aceras, pincelaban de marrones y amarillos los omnipresentes negros y grises, de viandantes y fachadas en aquella parte de la ciudad.

Parecía estar a punto de llover, y cavilaba sobre que debía haber traído un paraguas, cuando la puerta del piso se cerró a mi espalda y, al darme la vuelta para recibir a la visita, una voz inconfundible me llegó desde el fondo del pasillo.

—¿Ulises? —exclamó con incredulidad—. Pero ¿qué chingada estás haciendo *tú* aquí?

Con el corazón en un puño, me encontré súbitamente frente a un rostro que pensaba no iba a contemplar nunca más.

—Hola, Cassie —murmuré aturrido, tragando saliva con dificultad.

Cassandra estaba ahora sentada al otro lado de la mesa, tan guapa como la recordaba. Con su rizado pelo rubio recortado a la altura de los hombros, y la tez morena curtida por el sol, en la que destacaban poderosamente sus grandes ojos verdes. Unos ojos que en esta ocasión me miraban con dureza, al parecer esperando alguna explicación por mi parte.

—¿Puede saberse a qué viene esta encerrona? —me soltó sin preámbulos—. Espero no haber volado desde Cádiz, dejando mi trabajo en la excavación, sólo para tomarme un pinche café contigo.

—A mí no me mires —aduje levantando las manos—. Yo tampoco sabía que venías tú.

—Oh, sí. Por supuesto.

—¿Qué insinúas? ¿Crees que he organizado esto para volver a verte?

—Pues ya me dirás —replicó con cara de malas pulgas—. El profesor me pide que venga urgentemente a Barcelona en el primer avión sin darme explicaciones, y lo primero que me encuentro al llegar es a ti, esperándome en su salón.

—Cassie —insistí tratando de no alterarme—. Te juro por mi madre, que yo no...

Pero en ese instante llegó el profesor desde la cocina, con otro café para la mexicana.

—Esperad un momento —interrumpió en tono conciliador, alzando una mano—. Antes de que os matéis entre vosotros, dejadme que os aclare por qué estáis aquí.

—Soy toda oídos —rezongó la arqueóloga.

El profesor dejó la taza en la mesa y tomó asiento entre los dos con gesto abatido.

—Os he llamado —su voz sonó preocupada—, porque algo terrible ha sucedido y necesito vuestra ayuda.

Ni Cassie ni yo abrimos la boca, a la espera de que nuestro anfitrión nos sacara de la incertidumbre.

—¿Os he hablado alguna vez de la doctora Valeria Renner? —preguntó al cabo de un largo minuto, sin despegar la vista de la mesa.

Cassandra y yo intercambiamos una mirada fugaz, negando al unísono con la cabeza.

—Ya, claro... Sucedió hace muchos años y sólo tu padre —dijo mirándome de reojo—, con el que me unía una gran amistad, lo sabía.

—¿Saber qué? —pregunté, intrigado.

El profesor escarbaba ahora con la cucharilla en los posos del café.

—Pues que entre Valeria... —carraspeó un par de veces—. Entre la doctora Renner y yo, esto... existe un vínculo muy especial.

—Órale, profesor. —Cassandra sonrió—. Qué calladito se lo tenía.

—¿Cuándo? —inquirí, sorprendido—. ¿Cómo? Yo nunca le he visto con ninguna mujer.

—Sucedió hace ya tiempo, Ulises.

—Pero ¿por qué nunca nos habló de ella?

Eduardo Castillo se rascó la cabeza, visiblemente incómodo.

—Bueno, ya sabéis —dijo—. Soy muy celoso de mi intimidad, y no quería que nadie de la Universidad supiera nada. Además, nunca he tenido oportunidad de presentársela.

Fruncí el ceño con escepticismo.

—¿En todos estos años no ha tenido oportunidad?

—Valeria es antropóloga —adujo—, y pasa mucho tiempo haciendo trabajo de campo. Pero la razón de que nunca os haya hablado de ella... es porque ella no tiene ningún interés por volver a verme.

—Vaya, lo siento —lamentó la mexicana.

—Ya entiendo... —dije dándole una palmada en la espalda—. Pero aquí nos tiene para ayudarlo a salir de este mal trago. Ya sabe el dicho: «Hay más peces en el mar, que...».

Me interrumpí, al ver que el profesor me miraba con extrañeza.

—Pero ¿de qué diantres estás hablando? ¿A qué viene eso de los peces?

—Hombre, profe, yo sólo trataba de darle ánimos. Sé que después de terminar una relación, al principio todo se ve negro. Pero ya verá que con el tiempo encontrará a alguien, y entonces... —dejé la frase en el aire y le guiñé un ojo.

—Ulises —dijo poniéndose recto en la silla—, estás totalmente equivocado. Los dos lo estáis. —Nos miró a ambos y añadió—: No os he llamado para que me consolara de mal de amores ni nada parecido.

—Oh, pues... usted dirá.

Entonces, como solía hacer cuando tenía algo importante que exponer, el profesor se puso en pie y comenzó a caminar por el salón, como si se encontrara de nuevo en su antigua aula.

—La doctora Renner —dijo mirando a través de la ventana—, es actualmente una de las antropólogas más reconocidas a nivel internacional. Tiene decenas de artículos que son referencia habitual en universidades de todo el mundo, y ha escrito un par de libros que están entre los más influyentes en la materia —alargó la mano y sacó de la estantería un tocho de casi mil páginas—, incluido el aclamado *Sociología y Antropología del pueblo Chamula*.

—¡Híjole! —exclamó Cassandra chasqueando los dedos—. Ya sabía yo que me sonaba ese nombre. Es un estudio sobre el pueblo tzotzil del sur de México. Lo leí en la facultad.

—Yo me esperaré a que hagan la película —apunté sin que nadie me preguntara.

El profesor devolvió el ejemplar a su sitio y siguió hablando.

—Resumiendo. Resulta que hace tres meses, financiada por la Universidad de Viena, partió con un pequeño grupo de científicos hacia una región poco explorada del Amazonas con el fin de estudiar a la tribu indígena de los menkragnoti. —Hizo una pausa para respirar hondo—. Valeria es una antropóloga experimentada que ha pasado largas temporadas en lugares remotos, y por eso saltaron todas las alarmas cuando ni ella ni nadie de su equipo realizó la llamada por teléfono satelital que tenía programada... ni ninguna otra más.

—¿Y no han podido, simplemente, haber perdido el teléfono o que se les haya estropeado? —aventuró la mexicana.

Eduardo Castillo se apoyó en el respaldo de una silla y nos miró con gravedad.

—Eso fue hace veintitrés días. Ya habrían encontrado otra manera de ponerse en contacto de algún modo. Valeria es una mujer de recursos.

—¿Quiere decir entonces que ha desaparecido?

—La última comunicación fue hace casi un mes, como ya os he dicho —confirmó, cabizbajo—. Nadie ha vuelto a saber de ellos desde entonces.

—¿Y la policía? —preguntó Cassandra—. ¿Qué ha dicho la policía brasileña? ¿Los han buscado?

—Dicen que es una región demasiado extensa y remota, y que no tienen ni personal ni presupuesto para emprender una operación de búsqueda.

—Pero habrá alguien allí a quien poder pedirle que investigue, ¿no? —insistí, extrañado—. No sé. A la embajada, a la Cruz Roja...

El profesor negó con la cabeza lentamente.

—Nadie. No hay nadie a quien acudir.

Se le veía realmente abatido, y si no fuera porque lo conocía, hubiera dicho que estaba a punto de soltar una lágrima de desesperación.

—Lo siento, profe —le dije, entristecido de verlo en ese estado—. De verdad que lo siento mucho —y buscando aprobación en los ojos de Cassie, añadí—: Si hay algo que podamos hacer...

Entonces levantó la cabeza y clavó en mí sus ojos azules, pero esta vez reflejando una firme determinación.

—Acompañadme.

—Claro —contesté—. ¿Adónde?

Sin dejar de mirarme, señaló al mapamundi que quedaba a su espalda.

—Al Amazonas, Ulises. A buscarla.

—Repita eso —dije tras unos segundos de estupor, convencido de que había oído mal.

Dio un paso hacia adelante y se apoyó con ambas manos en la mesa, mirándonos alternativamente a uno y otro.

—Voy a ir a la Amazonía a buscar a Valeria —reiteró subrayando cada palabra—. Y me gustaría... *necesito* que me acompañéis.

—Discúlpeme —intervino Cassandra alzando las manos—, pero me temo que no sabe realmente lo que está diciendo.

El profesor se sentó pesadamente.

—Si no voy yo, nadie va a ir en mi lugar. Y sé que tendré más oportunidades si venís conmigo.

—Daría igual que fuera con los pinches marines —arguyó la mexicana pacientemente—. El Amazonas es inmenso. Sería como recorrer España entera —escenificó estirando los brazos—, buscando una moneda que se le ha caído al suelo.

—Sé que no es fácil —admitió con calma—. Por eso necesito ayuda, y vosotros conocéis bien la selva.

—Un momento, profe —le corregí—. Es cierto que Cassie y yo hemos estado en unas cuantas, pero nunca en la Amazonía; y me consta que las junglas de Centroamérica o Asia son jardineras comparados con aquella. Además, Cassie tiene razón —añadí—. Se trata de un territorio de casi cinco millones de kilómetros cuadrados de selva impenetrable. Allí podría perderse un país entero y jamás darían con él.

—Yo no he dicho que se haya perdido —me interrumpió el profesor—, sino que ha desaparecido.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Pues la diferencia es que quizá ella sí sabe dónde está, y como nosotros sabemos el lugar donde estaba hace un mes, la zona de búsqueda se reduce considerablemente.

—Pero aun así...

—Mira, Ulises, sé que debe parecer una locura —hizo una pausa para inspirar—, incluso a mí me lo parece. Pero quiero... *debo* ir en su busca.

Los tres nos quedamos en silencio durante un minuto largo, embargados por una abrumadora sensación de irrealidad. Y al menos en mi caso, con la extraña impresión de que había algo que no acababa de encajar, de que todavía faltaba una pieza clave en aquel rompecabezas.

Finalmente, fue Cassandra quien tomó la palabra.

—Lo que no acabo de comprender —miró fijamente al profesor—, es su sentido de responsabilidad hacia esa mujer. Si un antiguo novio mío desapareciera y además no quisiera volver a verme, la verdad, no creo que cruzara medio mundo para ir a buscarlo.

—Es un alivio saberlo —contesté entre dientes.

Sin siquiera mirarme, la mexicana agradeció el comentario con una dolorosa patada en la espinilla.

—Es verdad —aclaró el profesor con la mirada perdida—, pero es que ella es la persona más importante para mí en este mundo. La doctora Renner y yo... en fin, ella...

—¿Qué? —pregunté, impaciente.

Levantó la vista y nos miró a ambos con timidez.

—Valeria es mi hija.

Cassandra y yo nos quedamos de piedra. No teníamos ni idea de que el profesor hubiera tenido jamás una relación seria; todos los que lo conocíamos dábamos por hecho que sólo había vivido para su trabajo, como profesor de Historia Medieval. Pero el que hubiera tenido una hija secreta de la que nadie había oído hablar... Eso, resultaba de todo punto increíble.

Varios minutos más tarde, yo aún tenía los ojos abiertos como platos y no era capaz de articular una frase coherente. Me sentía como si mi madre, un buen día, me hubiera confesado que en realidad era hijo del Espíritu Santo.

—Pe... pero ¿cómo es posible? —balbucí.

El profesor esbozó una mueca divertida ante nuestra evidente confusión.

—Bueno, ya sabes... —Se encogió de hombros—. ¿Nunca te explicaron lo de las abejas y las florecitas?

—No se haga el gracioso. ¿Por qué nunca nos habló de ella?

El aludido se rascó de nuevo la cabeza, aún más incómodo que antes.

—Conocí a Lorena Renner, su madre, cuando estudiaba en la facultad, a finales de los setenta. —Se quedó mirando al techo, rememorando algún momento treinta años atrás—. Era una auténtica belleza y sumamente inteligente, pero con un carácter de mil demonios, lo que hacía que los guaperas de la facultad la miraran con recelo y optaran por presas más fáciles. Pero un día, ella y yo coincidimos en una fiesta universitaria. Bebimos mucho, nos caímos bien, me ofrecí a acompañarla a casa... y bueno, nueve meses después, nació Valeria.

—El fruto de una noche de pasión —apuntó Cassandra.

El profesor bajó la vista de la lámpara y suspiró profundamente.

—Algo así —convino—. Aunque su madre y sus abuelos no lo vieron de la misma manera, y por más que insistí nunca me permitieron verla.

—¿No pudo conocer a su hija? —exclamó la arqueóloga con estupor.

—Hasta que cumplió los dieciocho años —musitó, entristecido—. Y para entonces, yo era sólo un extraño. Desde que Lorena se quedó embarazada le ofrecí matrimonio o reconocer la paternidad haciéndome responsable de los gastos que fueran necesarios. Pero siempre me rechazó alegando que un error no se corregía haciéndolo más grande... y simplemente, le puso su propio apellido a su hija, e hizo que nunca supiera nada de mí.

Mi viejo amigo tenía las manos extendidas sobre la mesa y la mirada perdida en el recuerdo.

—Lo siento profe, de verdad —le dije sentidamente, posándole la mano en el hombro—. ¿Y desde entonces no ha vuelto a verla?

—¿A Valeria? Sí, volví a verla hará un par de años... en el entierro de su madre.

Entonces metió los dedos en el bolsillo de su camisa y sacó una fotografía que le mostró a Cassandra.

—Nos la hicimos en el funeral —aclaró—. Es la única que tengo en la que aparecemos los dos juntos.

—Es muy guapa —comentó la mexicana asintiendo con la cabeza—, y tiene sus mismos ojos.

Lleno de curiosidad, estiré la mano y me hice con la fotografía. En ella aparecía el profesor con traje y corbata negra a la izquierda de la imagen, y a la derecha, también vestida de negro, una mujer de unos treinta años, casi diez centímetros más alta que mi viejo amigo y, como bien decía Cassie, tremendamente atractiva. De piel blanca y algo pecosa, una larga cabellera negra y lisa enmarcaba unas facciones firmes y decididas. Tenía una mandíbula ancha, unos pómulos marcados al final de una sonrisa triste, nariz respingona y, destacando poderosamente, unas deslumbrantes pupilas azul marino que miraban a la cámara con fijeza.

—Está claro que debió salir a su madre —afirmé devolviéndole la foto.

Cassandra se inclinó hacia él y le tomó la mano.

—Cuánto lo siento, profesor. Es una historia muy triste.

Con ojos enrojecidos, Eduardo nos miró a ambos.

—¿Comprendéis ahora por qué he de ir a buscarla?

Los tres nos perdimos durante un buen rato en un denso silencio. El profesor Castillo con la mente puesta en algún lugar del Amazonas, yo mirando al profesor sin saber muy bien qué pensar de todo aquello, y Cassie mirándome a mí, sabiendo antes que yo lo que iba a decir.

—Está bien, profe —resoplé, resignado—. Aquí no hay nada que me ate, así que si cree que le puedo ser de ayuda, le acompa...

—Yo voy —se apuntó Cassandra antes de que terminara la frase.

—Gracias —masculló el profesor mirándonos a ambos con orgullo y gratitud—. Gracias a los dos. Sabía que podía contar con vosotros

—Pero ¿y tu trabajo? —pregunté, sorprendido, girándome hacia la arqueóloga—. ¿No decías que estabas en mitad de una excavación en Cádiz?

—Mi trabajo es cosa mía —repuso con un gesto de desafío—. Y además, los próximos meses estarán dedicados a clasificar todo lo que hemos sacado del fondo marino, y eso lo pueden hacer otros.

El profesor se puso de nuevo en pie con expresión satisfecha.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo juntando las manos, y sonriendo por primera vez con la esperanza brillando en sus ojos, agregó—: Nos vamos al Amazonas.

—Mañana deberíamos reunirnos para organizar la logística —sugerí, pensativo—, y creo que en cosa de una semana ya podríamos estar en marcha.

El profesor carraspeó exageradamente, y nos dirigió una mirada escrutadora por encima de sus gafas.

—En realidad —dijo en voz baja—, había pensado salir un poco antes.

—¿Antes? —pregunté, suspicaz—. ¿Cuánto antes?

Eduardo Castillo miró su reloj, y como si tal cosa, dijo:

—Nuestro vuelo sale mañana a las siete, así que calculo que nos quedan... unas nueve horas.

Cassie alzó las cejas con estupor.

—Pero ¿cómo? —nos miraba a uno y otro, desconcertada—. Si acabamos de decirle que...

El aludido le guiñó un ojo y sonrió con picardía.

—Ayer compré los billetes de avión. Estaba totalmente seguro de que los dos ibais a decir que sí.

Exactamente veintisiete horas después de estar tomando café en el piso del profesor, salíamos por la puerta de un Airbus de Varig, descendiendo por la escalerilla hacia la pista de aterrizaje.

Habíamos dejado Barcelona con frío y un cielo plomizo amenazando lluvia, y sin tener aún muy claro por qué, nos encontrábamos camino de un edificio bajo de color crema en el que, en grandes letras doradas, podía leerse *AEROPORTO DE SANTARÉM*. Se respiraba un calor húmedo y denso, cargado de olores de selva, río y queroseno, mientras hacia el oeste el sol colgaba sobre la línea verde de los árboles como un gigantesco semáforo ámbar, que nos indicaba precaución sin que llegáramos a advertirlo.

Como quien lleva a un amigo a casa tras una borrachera, tratando de que se mantuviera todo lo perpendicular que fuera posible respecto al suelo, ayudaba al profesor a conservar la dignidad en el corto trayecto hasta la terminal.

Trastabillaba continuamente, aún adormilado por el efecto de la sobredosis de ansiolíticos a la que se sometía cada vez que se veía obligado a subir a un avión.

—Venga, profe, espabile —le reclamaba pasándole el brazo por debajo de los hombros—. No voy a llevarle así hasta el hotel.

—Pobre... —resopló Cassandra, que caminaba delante cargada con las tres bolsas de mano—. Todavía no se ha recuperado de las pastillas. Dale algo de tiempo.

—¿Más? Le he dado de beber cuatro Red Bull. Debería estar como una moto.

—¿Que has hecho qué? —Se detuvo frente a mí, atónita.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Ingresarlo en una clínica de rehabilitación?

—¡Serás burro! Podrías haberle provocado un ataque al corazón con esa cantidad de cafeína.

—Venga ya, no exageres.

En ese preciso momento, el profesor levantó la cabeza y nos observó por encima de sus gafas.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó con voz trémula y mirada desenfocada.

—Bienvenido a Brasil, profesor —dijo Cassandra acercándose a él, y dejando las bolsas en el suelo le preguntó—: ¿Cómo se encuentra?

Parpadeando con dificultad el profesor Castillo miró atrás, hacia el avión que acabábamos de abandonar, luego al cielo azul sobre nuestras cabezas y finalmente a sus propias manos, que abrió y cerró un par de veces como si acabara de descubrirlas.

—Creo que bien —articuló con dificultad—. Pero... ¿por qué estoy temblando?

El recorrido hasta el hotel atravesando el extrarradio de Santarém no fue precisamente un bonito paseo. Al otro lado de la ventanilla del taxi se extendía un enorme barrio de chabolas

que, en la mayoría de los casos, eran poco más que cuatro paredes de conglomerado techadas de bolsas de plástico y trozos de lona.

Hasta donde se perdía la vista se extendían aquellas construcciones entre callejones de tierra, que en época de lluvias debían convertirse en barrizales y ríos de basura. De vez en cuando, sombras huidizas de rasgos indígenas se asomaban a la carretera por la que circulábamos: niños churretosos casi desnudos, madres cargadas de cestos y hombres ociosos sentados bajo un árbol acumulando latas vacías de cerveza.

En cosa de veinte minutos, ya en el exclusivo y encalado centro de la ciudad, nos detuvimos frente al Brasil Grande Hotel, y tras dejar el equipaje en nuestras respectivas habitaciones dispusimos encontrarnos para cenar una hora más tarde. Me encontré con que tenía una habitación doble para mí solo, con una inmensa cama junto a la ventana, y me abalancé sobre ella antes de que la puerta se cerrara a mi espalda.

Tras un breve descanso, tomé una buena ducha, me vestí con mi mejor camisa hawaiana, y a las siete de la tarde bajaba las escaleras para encontrarme con mis amigos en el comedor, tal como habíamos acordado.

Cuando llegué, ellos ya estaban allí, y como le impulsaba a hacer su marcado sentido de la cortesía, el profesor se levantó de la mesa que ocupaba para recibirme.

Yo, sin embargo, lo miré de arriba abajo conteniendo una sonrisa.

—Hola, profe —le saludé—. ¿Qué hace vestido de explorador africano? ¿Ha vuelto a perderse Livingston?

El hombre se miró a sí mismo y a sus ropas color caqui.

—Es ropa para los trópicos —adujo alisándose la camisa—. Lo mejor que tenían en la tienda.

—Pues con esa pinta, más bien parece que vaya a un safari por Kenia.

—Bueno, no todos tenemos tu buen gusto para vestir... —y señalándome, añadió con una sonrisa ladeada—: Por cierto, me han llamado de recepción. El de las maracas de la orquesta quiere que le devuelvas su camisa.

Tras el ritual intercambio de burlas, al que Cassandra asistía con divertida imparcialidad, tomamos asiento y al poco se acercó un estirado camarero a tomarnos nota. Mientras nos traía la cena, decidimos ponernos al corriente de todo lo que rodeaba aquel viaje y que aún no sabíamos.

La reunión en casa del profesor había terminado abruptamente, pues tuve que regresar a casa corriendo para preparar el equipaje, y durante el vuelo, mi viejo amigo había estado tan drogado que no habría sido capaz de explicarme ni su número de teléfono. Así que, prácticamente sólo conocíamos lo que nos había contado en el salón de su casa el día anterior, y sentado en el restaurante de aquel hotel a menos de tres manzanas del río Amazonas, alguna que otra pregunta me venía a la cabeza.

—Profe —dije sirviéndome un poco de agua en mi copa—. ¿Sabe usted cuántas personas acompañaban a su hija en la expedición?

—Creo recordar... —contestó rascándose la barbilla— que en total eran seis o siete. Un arqueólogo, un antropólogo, un médico, un guía y dos o tres ayudantes.

—Y supongo que de ellos tampoco se ha sabido nada.

—Supones bien

—Ya... ¿Y nadie se ha preocupado de ir a buscarlos? A parte de nosotros, claro.

El profesor se removió en la silla, diría que incómodo con la pregunta.

—Sí —asintió—. En realidad, a través de la Universidad que les financió están organizando una expedición de rescate. Pero según me confesaron aún pueden tardar varias semanas en estar preparados, y no tenemos... Valería quizá no tiene tanto tiempo.

—Claro —musitó Cassandra—. Pero tengo una duda. ¿No le parece que organizar una expedición a un lugar tan remoto, con sólo siete personas y un teléfono celular para contactar con el mundo exterior, fue un poco...? No sé cómo decirlo.

—Precipitado es la palabra —corroboró el profesor Castillo—. He averiguado que tuvieron que partir casi con lo puesto, sin poder planificar adecuadamente la logística ni la seguridad.

—¿Y por qué esas prisas? —inquirí.

Echándose hacia atrás en la silla, se pasó las manos por la cara en un gesto de cansancio.

—Por algo que no os he contado todavía —afirmó quitándose sus gafas de carey y dejándolas sobre la mesa—. La región a la que nos dirigimos, el territorio de los menkragnoti, va a desaparecer en unas pocas semanas.

La mexicana y yo nos habíamos quedado con la boca abierta ante aquella nueva revelación.

—¿Puede... repetir eso? —insistí creyendo no haber oído bien.

—He dicho —repetió inclinándose hacia adelante—, que en cuestión de semanas todas aquellas tierras van a desaparecer.

—No lo entiendo —dijo Cassandra, confundida—. ¿A qué se refiere? ¿Cómo demonios va a desaparecer una región?

A modo de explicación, el profesor abrió una carpeta amarilla que tenía a su lado, y haciendo un hueco en medio de la mesa, desplegó una sección de un mapa a escala 1:500.000 de la cuenca del Amazonas.

—Esto de aquí —dijo extendiendo la mano sobre una gran superficie—, es el territorio de los menkragnoti. A unos setecientos kilómetros al sur de Santarém, que es la ciudad más cercana, y a mil setecientos kilómetros al oeste de Salvador de Bahía y la costa del Atlántico. Una extensión de selva virgen que a escala amazónica parece pequeña, pero en la que cabría toda Austria. Completamente aislada, incomunicada y prácticamente inexplorada. Una vez allí —añadió levantando la mirada—, no podremos esperar apoyo ni ayuda exterior de ningún tipo en caso de dificultades. Estaremos sólo nosotros y los menkragnotis.

Esperó un instante para que nos hiciéramos cargo de las implicaciones de aquello, y seguidamente posó su índice sobre un irregular trazo azul que recorría el territorio de sur a norte.

—Y este es el río Xingú —prosiguió—. Uno de los mayores ríos del mundo, aunque sólo un afluente más del Amazonas. Como veis, el Xingú atraviesa la región indígena menkragnoti, algo que ha sido una bendición para ellos durante siglos, pero que al cabo se ha convertido en su némesis, su perdición.

—Explíquese —pidió Cassie inclinándose sobre el mapa con interés.

—Pues resulta —aclaró sin levantar el dedo del río—, que hace ya varios años, una poderosa constructora brasileña llamada AZS puso los ojos en esa inmensa cuenca fluvial, y con la connivencia del gobierno decidió sacarle provecho, construyendo una gran presa hidroeléctrica en el curso medio del río. Una presa que inundará miles de kilómetros cuadrados de selva, incluyendo la totalidad del territorio menkragnoti.

—Joder —exclamé—. ¿Y cuándo inaugurarán es presa de la que habla?

—Ya está inaugurada —contestó con gesto preocupado—. Es sólo cuestión de tiempo que el nivel del agua comience a subir.

Cassandra fijó la vista en el profesor.

—¿Por eso la expedición de Valeria partió tan precipitadamente y sin la debida preparación?

—Exacto —asintió pesadamente—. Y por eso nosotros nos vemos obligados a hacer lo mismo. Valeria quería estudiar a los menkragnoti y salvar lo que pudiera de su ancestral cultura, antes de que fueran expulsados de sus tierras y su rastro se perdiera en el exilio. —

Levantó la vista del mapa apretando la mandíbula—. Y ahora nosotros hemos de encontrarla a ella... antes de que toda la región acabe bajo decenas de metros de agua.

Tras la frugal cena, que apenas saboreamos por estar meditando sobre las muchas dificultades de nuestra empresa, despejamos la mesa de platos y cubiertos, y extendimos la totalidad del mapa sobre el mantel.

—Bien —dijo el profesor—, la última posición conocida de Valeria es justo aquí. — Señaló una cruz negra previamente dibujada en el mapa—. Un asentamiento menkragnoti a la orilla del Xingú.

Aquel lugar, una simple marca a lápiz en mitad de la nada, estaba a quinientos kilómetros de la carretera más cercana.

—Ya veo... —musité—. Pero ¿cómo diablos vamos a llegar hasta allí? No aparece indicado ningún camino.

—Eso es porque no lo hay —aseveró el profesor—. Ni caminos, ni pistas forestales ni nada por el estilo.

—¿Y qué hay del río? —aventuró Cassie—. Suele ser el método más práctico para viajar por estos lugares.

—Esa es nuestra única opción, aunque presenta un inconveniente.

—¿Cuál?

El profesor Castillo se inclinó sobre el mapa y señaló algo con su bolígrafo.

—¿Veis estos puntos azules marcados en el cauce del Xingú?

—¿Donde pone *cachoeiras*?

—Significa «cataratas» —aclaró—. Y hay diecisiete de ellas a lo largo del curso, algunas de decenas metros de altura y todas ellas infranqueables.

—Pero entonces, ¿cómo vamos a ir por el río si existen esas cataratas?

—Pues tal como lo hizo mi hija —afirmó tratando de aparentar seguridad—. Descendiendo en barco fluvial por el Amazonas hasta Belo Monte en el curso bajo del Xingú, luego remontando el río en lanchas ligeras hasta São Félix do Xingú, y de ahí en piragua hasta el poblado indio.

Cassie frunció el ceño en un gesto de incompreensión.

—Perdone, profesor. Pero creo que me he perdido la parte en que sorteábamos las cataratas.

Éste sonrió, haciendo el gesto de llevarse algo a la espalda.

—Habría que llevarlas por tierra en esos tramos —aclaró, y al ver la expresión de Cassandra, añadió con una sonrisa—: Pero no te preocupes, que no iremos nosotros solos. Contrataremos porteadores para que nos ayuden a cargar con las piraguas y el equipo.

El plan sonaba excitante, he de admitirlo, pero no acababa de convencerme del todo.

—¿Y cuánto tiempo calcula que tardaremos en llegar por esos medios? —pregunté.

—Es difícil decir... —masculló mirando de nuevo el mapa—. Pero calculo que alrededor de quince o veinte días.

—Mucho —advertí meneando al cabeza.

—Sí, lo sé —admitió—. Pero no hay otro camino más rápido, ya os he comentado que es uno de los lugares más inaccesibles de...

—¿Y por aire? —le interrumpí—. ¿Por qué no vamos allí volando?

El profesor Castillo negó con la cabeza, señalando la vacía extensión de color verde.

—Imposible —negó tajantemente—. Como puedes ver tampoco existen pistas de aterrizaje en la región, y está demasiado alejado como para que llegue ningún helicóptero.

—Un helicóptero no, pero un avión sí tendría la suficiente autonomía.

—No me escuchas, Ulises. Te he dicho que no hay pistas, lo he comprobado. No podríamos aterrizar.

Entonces levanté la vista del mapa con una sonrisa maliciosa.

—¿Y quién ha dicho nada de aterrizar?

Al día siguiente, tras comprar en la ciudad el equipo y las provisiones necesarias, decidimos no perder más tiempo y embarcar en el primer barco que partiera río abajo. Eso nos llevó, veinticuatro horas después de aterrizar en Santarém, a encontrarnos en el puerto fluvial preparándonos para subir al *Bahía do Guajará*.

Aquella era la típica embarcación amazónica para el transporte de pasajeros, de unos treinta metros de eslora y apenas cinco de manga. Construida en madera, pintada de azul y blanco, y con tres cubiertas —dos de ellas totalmente techadas para proteger a los pasajeros del sol y la lluvia—, tenía más un aspecto de casa flotante que de barco. Aunque esa tarde, mientras nos movíamos entre una riada de pasajeros acarreado bultos, animales y niños, lo que verdaderamente me asombró fue la ingente cantidad de personas tumbadas en hamacas —unas encima de otras, colgadas desordenadamente en cualquier parte—, que abarrotaban la cubierta de la nave.

—¡Ten cuidado con eso! —me gritó el profesor desde la cubierta del barco, señalando el pequeño maletín negro que llevaba en la mano—. En su interior van el GPS y el teléfono satelital, nuestra única conexión con el resto del mundo.

—Descuide, profe —repuse subiendo por la estrecha pasarela que me llevaba del muelle al barco—. Lo trataré como a un hijo.

Cassie bufó a mi espalda.

—Espero que no... —cuchicheó—. Si tuvieras un hijo, cualquier día lo dejarías abandonado y te irías de viaje a Vietnam para «replantarte la vida».

Hice como que no la había escuchado, comprendiendo el resquemor que aún albergaba, y supe que aquella no sería la última de sus directas a la mandíbula en aquel viaje.

Una vez dejamos en cubierta nuestras mochilas, el equipo y las provisiones compradas esa misma mañana, tocaba llevarlo todo al camarote que habíamos reservado en aquel barco fluvial que nos llevaría desde Santarém hasta Belo Monte, en el curso bajo del río Xingú.

—Maldita sea... —dije mirando alrededor—. Esto está atestado.

—Es verdad —convino Cassie igual de impresionada—. Aquí hay al menos el doble de gente que debería. Menos mal que hemos reservado un camarote.

—Pues sí —dijo el profesor, y mirando la llave que le habían dado en la oficina, agregó—: Afortunadamente, tenemos la suite número 1.

Nuestro optimismo, sin embargo, decayó un poco cuando llegamos frente a una descascarillada puerta con un «1» pintado a bolígrafo, y seguidamente la abrimos.

—La madre que... —murmuró el profesor.

—Yo no pienso dormir aquí —aseguró Cassandra asomando la cabeza por el umbral.

La supuesta suite no era más que un asfixiante cuartucho con dos literas dobles, un mínimo ventanuco junto a la puerta, unos sucios colchones apilados en la pared, y una rácana bombilla colgando olvidada en el techo. El olor a humedad era casi mareante, y un par de

envalentonadas cucarachas nos observaban desde el otro extremo de la habitación, como sorprendidas de que alguien tuviera la intención de meterse también allí dentro.

—Esto es indignante —añadí mirando por encima del hombro del profesor mientras los motores del barco se ponían en marcha—. ¿Tanto les costaba poner la chocolatina en la almohada?

Finalmente optamos por usar el camarote como almacén, y siguiendo el ejemplo del resto del pasaje buscamos un rincón donde colgar las hamacas que, previsora­mente, habíamos comprado esa misma mañana en la ciudad, junto con las provisiones y parte del material de acampada.

Para cuando terminamos de instalarnos ya estaba atardeciendo, el cielo se había encapotado y la tripulación empezó a montar unas viejas mesas de plástico, que poco más tarde iban a convertir la «cubierta de paseo/dormitorio común», también en el comedor del barco.

—Ulises —me preguntó Cassandra en ese momento—. ¿Pudiste arreglar finalmente lo del vuelo?

—Oh, sí —dije dándome una palmada en la frente—. Se me había olvidado comentároslo. Para cuando lleguemos a Belo Monte pasado mañana, ya estarán allí esperándonos.

—Órale. Qué bueno.

—Fantástico... —rezongó el profesor, sin demasiado entusiasmo.

—Venga, profe —traté de animarle—. No ponga esa cara, que será muy divertido.

Cassandra sonrió, dándome un suave puñetazo en el hombro.

—La verdad es que creí que te habías vuelto loco del todo cuando dijiste eso de que no íbamos a aterrizar. Pensé que querías que nos lanzáramos en paracaídas o algo por el estilo.

—En realidad —dije encogiéndome de hombros inocentemente—, amerizar no es lo mismo que aterrizar... aunque no estoy seguro si hacerlo en un río tiene el mismo nombre. ¿Riorizar, quizá?

—Qué más da —desdeñó con un gesto—. Lo importante es que así nos ahorramos un montón de días en piragua, y el hidroavión nos dejará justo frente al poblado de los menkragnoti. A propósito, ¿te costó mucho convencer a los de la constructora para que nos lo alquilaran?

—Pues en un principio se negaron en redondo, aunque les dejé muy claro que la urgencia de la situación era en gran parte culpa de ellos y su embalse, y que seguramente sus pilotos eran los que mejor conocían la zona. De hecho, incluso llegaron a amenazarme, alegando que es territorio protegido y memeces por el estilo, e insistieron en que emprenderían acciones legales contra nosotros si persistíamos en ir allí.

—¿En serio? —inquirió, extrañada—. ¿Y cómo es que entonces han acabado alquilándonos el hidroavión de forma gratuita?

—Bueno... les dije que me la traía al paio sus acciones legales, y que encontraría otro piloto que nos llevara. Además, insistí en que la opinión pública sabría de la actitud miserable de AZS en este rescate, y que lavar su imagen pública si algo nos sucedía, les iba a salir mucho más caro. Aun así, me dijeron que no. Pero dos horas más tarde, un alto ejecutivo de

la empresa me llamó para pedirme disculpas por el «malentendido», y me ofrecieron un avión y un piloto, que nos dejará en las coordenadas que les he proporcionado, y que además, cuando le llamemos por el teléfono vía satélite, pasará a buscarnos —y levantando el pulgar, vaticiné—: Esto va a ser pan comido.

Y justo en ese instante, como un augurio, un relámpago estalló dramáticamente sobre nuestras cabezas, y las compuertas del cielo se abrieron, dejando caer un torrencial diluvio sobre el *Bahía do Guajará*.

El día amaneció completamente despejado, el sol deslumbraba incandescente frente a nuestra proa, y a ambos costados, más allá de varios kilómetros de una extensión de tranquilas aguas marrones, la selva se perfilaba en el horizonte como una delgada línea oscura. Una irregular cenefa verde entre el río y el cielo, puesta ahí artificialmente para que no se mezclen, para evitar que se conviertan en la misma cosa. El cielo arriba, el río abajo, y transitando entre ambos sin pertenecer verdaderamente a ninguno de esos espacios, un insignificante barco de madera que parecía navegar perezosamente hacia el infinito.

Sin esperar a mis dos amigos, que aún seguían durmiendo, me descolgué de mi hamaca —que colgaban, las tres, una encima de la otra—, y fui a dar un paseo por cubierta para desentumecer los músculos y despejarme un poco, pues la noche había sido muy larga. Hasta altas horas de la madrugada, una fraternidad de brasileños ebrios había decidido huir del calor con grandes dosis de *cachaça* con hielo, mientras repasaban los grandes éxitos de la música popular amazónica con tanto entusiasmo como desatino.

Disfrutando de un momentáneo paréntesis de silencio, únicamente roto por el sordo traqueteo del motor del barco, me asomé por la borda para deleitarme con el fantástico paisaje. El Amazonas bajaba salpicado de detritus vegetales y enormes árboles —en ocasiones mayores que el propio barco—, que debían haberse desprendido con las lluvias del día anterior. El río los arrastraba durante cientos o incluso miles de kilómetros, hasta desembocar en el océano y llegar, quién sabe, si hasta las mismas costas de África.

Andaba perdido en esos pensamientos, medio adormilado, cuando un par de bultos de color rosa rompieron la superficie del agua a pocos metros del barco, y volvieron a sumergirse levantando un pequeño chorro de agua justo antes de hacerlo.

Asombrado, me incliné hacia adelante sobre la barandilla tratando de adivinar qué era aquello que había visto.

—Aquí los llamamos *bōtos* —dijo una voz ronca a mi derecha.

Me giré, sorprendido, y descubrí que uno de los pasajeros que en la noche había estado berreando sin misericordia se había situado a mi lado sin que lo advirtiera, y con ojos turbios observaba el río atentamente.

—Ustedes los llaman delfines de río, ¿no? —preguntó sin girarse, con un marcado acento brasileño, pero en perfecto castellano.

—Sí —contesté volviendo la vista hacia el río—, nunca había visto uno. Resulta extraño que sean de color rosa.

El hombre miró un momento y me alcanzó una vaharada de alcohol de caña.

—Eso es porque son gringos —afirmó.

—¿Gringos?

—La leyenda del río dice —explicó muy serio—, que cuando anochece se convierten en gringos altos, rubios y guapos. Entonces, en las fiestas de los pueblos se acercan a la orilla, y

con su apariencia de hombre seducen a las muchachas y las dejan embarazadas, y a algunas de ellas las convierten también en *bōtos* hembras, y ya no se las vuelve a ver.

—¿Y no será... —aventuré alzando una ceja— que cuando hay fiestas en esos pueblos, las muchachas se divierten con otros chicos, y si se quedan embarazadas le echan la culpa a los pobres delfines?

El desconocido me miró disgustado, diría que poco dispuesto a aceptar mi escandalosa teoría.

—¿Y cómo explica que algunas de ellas desaparezcan?

—¿No puede ser que en ocasiones simplemente se fuguen con sus novios?

El hombre me escudriñó durante un instante, descontento con mi escepticismo.

—¿De dónde es usted? —preguntó entrecerrando los ojos, como si mi origen pudiera explicar mi incredulidad.

—De España —le aclaré.

—Humm... español —masculló, y puso cara de que aquello aclaraba muchas cosas.

La verdad es que prefería estar solo, pero aun así le hice la pregunta de rigor para estos casos. Como cuando se habla del tiempo al compartir ascensor con un desconocido.

—¿Va usted también a São Félix?

—No, yo desembarco antes, en Porto de Moz. Sólo he ido a Santarém a por mercurio.

—¿Mercurio? —repetí creyendo haber entendido mal.

—Tengo una mina al sur. Sin mercurio no puedo separar el oro.

—¿Tiene una mina de oro? —pregunté, ahora sí bastante interesado—. ¿Es usted un *garimpeiro*?

El otro frunció el ceño y me miró como si le hubiera insultado.

—Yo no soy *garimpeiro* —replicó, airado—. Soy un empresario, un propietario. Nada que ver con los sucios *garimpeiros*.

—Le pido disculpas —me excusé—, habré confundido el término.

—Está bien —repuso aceptando a medias la excusa—. Mucha gente se equivoca.

—La verdad es que no pensaba que aún quedaran buscadores de oro en esta parte del mundo. Creía que ya lo habían extraído todo.

El hombre esbozó una sonrisa de incredulidad y meneó la cabeza.

—El Amazonas —explicó con orgullo de propietario—, es el lugar donde hay más oro de toda la Tierra. Una cuarta parte de las reservas de oro mundiales están bajo nuestros pies. Más que en Sudáfrica, Alaska o Canadá.

—¿En serio? —inquirí sinceramente sorprendido—. No tenía ni idea de que hubiera tanto.

—Miles y miles de toneladas... —cuchicheó como si se tratara de un secreto que sólo él conocía—. El problema es extraerlo aquí en la selva, y que el gobierno les está regalando las mejores tierras a los estúpidos indígenas, que no le sacan ningún provecho.

—Bueno... —argüí sabiendo que me metía en terreno cenagoso—. Al fin y al cabo, esas tierras que usted dice siempre han sido de los indígenas. Yo diría que les pertenecen.

—La tierra pertenece a quien la trabaja —repuso en el acto, de nuevo indignado con mi respuesta.

Ardía en deseos de comentarle la diferencia que existe entre trabajar la tierra y expoliarla, pero decidí callar, ya que hubiera sido una discusión estéril con un hombre que se dedicaba a

extraer oro usando mercurio, algo que seguro él sabía tan bien como yo, que contaminaba los ríos y envenenaba la selva para siempre.

—¿Está de turismo en Brasil? —preguntó al cabo de un largo e incómodo silencio, cuando ya pensaba que se iba a marchar.

—Más o menos.

—¿Y adónde se dirige?

—Al alto Xingú —contesté—, a territorio menkragnoti.

Entonces, dando un paso atrás, el hombre abrió los ojos teatralmente y pareció pasársele la irritación de golpe. Luego apoyó su mano en mi hombro, y meneando la cabeza me miró con gesto sombrío.

—Aquellas tierras son muy peligrosas, lo sabe todo el mundo. Los indios no quieren que nadie entre en su territorio —afirmó abarcando con su gesto a todos los pasajeros del barco—. Si usted va allí...

Y dejando la frase en suspenso, torció los labios y con un inequívoco gesto se pasó el pulgar por el gajate.

Mentiría si dijera que la breve conversación con aquel fulano no me había dejado algo inquieto, pues aunque el profesor estuviera seguro sobre la hospitalidad de los indígenas, yo no acababa de tenerlas todas conmigo. Y además, también estaba el tema de la fauna.

Procuraba no pensar mucho en ello, pero no llevábamos con nosotros ni una dosis de suero antiofídico, y antes de salir averigüé que existen más de una docena de especies de serpientes venenosas en la región, todas mortales: entre ellas la temida equis, la escurridiza hoja podrida, la gigantesca surucucú, o la agresiva y ágil taya, de la que se dice ataca a los humanos nada más verlos. Asimismo, en las aguas del Xingú medran los caimanes, las rayas venenosas, las anguilas eléctricas capaces de matar a un hombre con una descarga, o las omnipresentes pirañas que devoran cualquier cosa que caiga al río en cuestión de segundos.

Si bien, lo que más me preocupaba es que no habíamos tenido tiempo para iniciar siquiera el tratamiento para prevenir la malaria, así que una sola picadura de un mosquito infectado, podría llegar a matarnos si no conseguíamos una evacuación inmediata.

Había una larguísima lista de cosas que podían salir mal. Pero las que realmente me preocupaban, eran precisamente las que no estaban en esa lista. Las desconocidas.

Y en eso andaba preocupado cuando regresé a mi hamaca, y Cassandra, que ya se había levantado, me saludó con ojerosa indiferencia.

—Al no verte, creí que habías decidido bajarte del barco en marcha.

Cansado, me senté sobre su hamaca.

—Estaba teniendo una agradable conversación con un pasajero. Y bajarme, no sé... pero te aseguro que esta noche he pensado seriamente en tirar a más de uno por la borda.

—Pues yo mataría por una buena ducha de agua fría. —Se pasó la mano por el cuello—. Me siento como en una sauna.

—Lamentablemente —dijo entonces la voz del profesor—, me temo que va para largo, querida.

Y asomando la cabeza desde su hamaca como un topo, casi a ras de suelo, apareció frotándose los ojos y colocándose las gafas.

—Si como esperamos, el hidroavión está aguardando mañana en Belo Monte, partiremos de inmediato. Así que puede que pase algún tiempo antes de que volvamos a disfrutar de lujos tales como duchas o camas decentes.

El resto del día lo dedicamos a vagar por cubierta y contemplar el lejano y inacabable horizonte de la selva; cada uno de nosotros perdido en sus propios pensamientos, pero los tres intimidados ante la perspectiva de adentrarnos en las entrañas de un mundo desconocido en el que podríamos desaparecer sin dejar el menor rastro.

La monotonía del viaje se rompió al anochecer, cuando una avería en el motor del barco nos obligó a aproximarnos al margen derecho del río para hacer las reparaciones. Era la primera vez que eso sucedía desde nuestra partida de Santarém, y todos los pasajeros, sobrecogidos en un silencio expectante, nos acercamos a la borda de estribor. Hechizados, seguíamos con la mirada el potente foco del puente, barriendo una orilla que sólo nos devolvía las siluetas espectrales de un ejército de árboles cuyas raíces se hundían en el mismo lecho del río. No había allí playas ni tierra firme por ningún lado, sólo una vegetación densa que emanaba intensos y contradictorios olores a flores, humedad y a podredumbre.

Algunos pasajeros ayudamos a la cuadrilla de tripulantes a lanzar media docena de cabos por la aleta de estribor, tratando de asegurar el barco lo mejor posible a los árboles que teníamos a nuestro costado y que se cernían por encima de nuestras cabezas. Todo para evitar que la corriente, aunque más débil que en el centro del río, nos arrastrara mientras se completaban las reparaciones.

Y fue precisamente entonces, mientras terminaba de trincar un cabo en una cornamusa de cubierta, cuando empezó la diversión.

Lo primero que sucedió fue una serie de golpes secos como de granizo disperso, que rebotaron sobre el techo de madera del barco. Más de uno se asomó, extrañado, para descubrir que no había nubes y las estrellas lucían radiantes sobre nuestras cabezas.

Pero de pronto algo chocó contra mi hombro, algo duro que salió rebotado como una piedra negra redondeada y quedó en el suelo, a mis pies. Intrigado, me agaché para recogerla, y en el instante en que la tuve entre mis dedos, sorprendido por su ligereza, aquella piedra empezó a agitarse, dándome tal susto que instintivamente la lancé fuera del barco. Sólo entonces me di cuenta de que había gente gritando en cubierta presa del pánico, decenas de niños corrían dando saltos y riéndose, y mientras, la mayoría de pasajeros, simplemente se envolvían en sus capellinas de lluvia a modo de tienda de campaña en la más absoluta indiferencia.

No entendía nada.

En un primer momento, pensé que el pasaje se había vuelto majara al unísono. Pero nuevamente sentí que una de aquellas cosas me golpeaba, y luego otra vez, y otra, como pequeñas pelotas negras lanzadas por un gamberro desde la espesura. En pocos segundos la cubierta empezó a aparecer alfombrada por esos misteriosos objetos negros, que surgían de la nada para estrellarse cada vez en mayor número contra el barco.

Lo cierto es que aún tardé unos instantes en descubrir que aquellos objetos no eran tales, sino seres vivos. Grandes escarabajos voladores para ser exactos, y que por alguna razón se abalanzaban como kamikazes sobre la nave y morían al poco de caer al suelo.

El ensordecedor sonido que producían al estamparse contra el barco, era parecido al que ocurriría si nos estuvieran ametrallando, y mientras parte del pasaje trataba de protegerse del

insensato ataque como podía, otros se limitaban a cubrirse y seguir como si tal cosa: jugando a las cartas o charlando animadamente, como si ser bombardeados por escarabajos suicidas fuera la cosa más normal del mundo.

Aunque casi tan increíble como la aparición de estos insectos, fue su súbita desaparición. En cuestión de un minuto el ataque cesó por completo y sólo la mirada de brillantes cuerpos negros estremeciéndose en el suelo, crujiendo bajo las chanclas de los pasajeros, impedía que uno pudiera pensar que aquello sólo había sido la pesadilla de una mala digestión.

Pero eso no fue todo.

De inmediato, la tripulación armada de escobas y palas se entregó a limpiar el barco, lanzando al agua aquellos pequeños polizones para deleite de una gran cantidad de peces que, aunque invisibles en el agua lodosa apenas iluminada por las luces del barco, hacían bullir el río alrededor del casco dándose un banquete con todos los escarabajos muertos que les estábamos regalando.

Y fue entonces, cuando pareció que la situación volvía a la normalidad, que comenzamos a darnos cuenta de que aquel no era el único insecto que había venido a recibirnos. El silencio de la selva y el arrullo del río fueron progresivamente invadidos por un zumbido tan familiar como inconcebible por su magnitud.

Los mosquitos estaban llegando.

Nadie que no haya estado nunca en una región selvática, puede hacerse la más remota idea de lo que significa ser engullido por una nube de millones de mosquitos. Como una plaga bíblica de élitros y agujones, la imparable marea se abalanzó sobre el barco aprovechando que estábamos inmovilizados, atraídos por las luces y el olor a sangre fresca. Cuando me quise dar cuenta, tenía las manos y la ropa cubiertas de mosquitos y luchaba por evitar que se introdujeran por mis orificios nasales mientras me cubría las orejas y escupía los que trataban de colarse en mi boca.

Los pasajeros corrían de un lado a otro, dando voces y manotazos al aire sin sentido.

Apenas podía ver nada, los malditos bichos se enredaban incluso en las pestañas, y pensé tontamente en buscar las botellitas de repelente; aunque ante un ataque de tal dimensión tampoco habría servido de gran cosa, de modo que opté por buscar al profesor y a Cassandra.

Caminaba con los ojos apenas abiertos, con el brazo extendido como si deambulara por una casa a oscuras, llamando a mis amigos en voz alta en medio del alboroto, y tratando de adivinar dónde estaban nuestras hamacas.

De repente, una mano surgió de la nada y tiró de mí sin miramientos, haciéndome tropezar y caer al suelo de madera cuan largo era.

Alcé la vista buscando al responsable. Para mi sorpresa, bajo la amarillenta luz de una desnuda bombilla descubrí que me encontraba en el cuartucho donde habíamos guardado el equipaje. Una docena de pasajeros, entre los que se encontraban Cassandra y el profesor Castillo, me contemplaban divertidos.

—Órale, Ulises —dijo la mexicana con una sonrisa burlona—. Qué bueno que te hayas dejado caer por aquí.

Cuando a la mañana siguiente el sol despuntó sobre la selva, ya nos encontrábamos remontando las transparentes aguas tintadas de taninos del río Xingú.

El cauce de este afluente era mucho más estrecho que el del Amazonas, con lo que las orillas distaban sólo un centenar de metros de cada borda, y de vez en cuando podía atisbarse a un mono alimentándose en la rama de algún árbol, o a un afilado cormorán clavando un picado sobre las aguas color de té.

De todas maneras, la vida en el barco seguía siendo esencialmente aburrida. El único medio de combatir el tedio era acercarse a otros pasajeros y tratar de pegar hebra con ellos; aunque el cerrado acento brasileño de aquella parte de la amazonia, terminaba convirtiendo cada conversación en una sucesión de malentendidos y gestos, que resultaban no ser tan universales como uno imagina.

A media mañana, cuando aún faltaban según la tripulación cuatro o cinco horas para llegar a nuestro destino en Belo Monte, caminaba sin rumbo por cubierta cuando descubrí a Cassandra en la cubierta de popa, sentada a solas sobre unos sacos de arroz. Ensimismada, contemplaba la estela del barco, que se perdía en los meandros que dejábamos atrás.

Me acerqué sin decir nada, me senté a su lado y ella ni siquiera se giró.

—Una vista hermosa, ¿no? —dije al cabo de un rato.

La mexicana me miró de reojo pero no dijo nada.

—¿Sigues enfadada conmigo? —pregunté.

Se volvió hacia mí lentamente.

—¿Debería estarlo?

—No, bueno... yo creo que no. Pero como desde que nos separamos, apenas he vuelto a saber de ti...

Cassie fijó la vista en el horizonte y exhaló sonoramente.

—Esos meses que pasamos juntos —murmuró quedamente—. ¿Por qué salió tan mal? Creía sinceramente que tú y yo... —y dejó la frase en el aire.

—Yo también lo creía, de verdad. Pero las cosas salieron como salieron.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo no fuimos capaces de solucionarlo?

Las pupilas de la arqueóloga titilaban bajo la luz del sol, y sus ojos de un verde brillante parecían formar parte de la selva que nos rodeaba.

Me fijé en que su ondulado pelo rubio estaba ligeramente más corto que la última vez que la vi, y ahora le llegaba poco más allá de los hombros. Exactamente como la recordaba la primera vez que nos encontramos, a bordo de otro barco y siendo parte de otra expedición en aguas del Caribe. Habían pasado muchos meses desde aquel momento, pero mirándola hubiera jurado que sólo habían transcurrido un puñado minutos desde que me enamoré perdidamente de ella.

Entonces me dejé llevar, aproximándome lentamente; cerré los ojos y acerqué mis labios a los suyos.

Lo que no esperaba, era terminar besando el aire.

Abrí un ojo y allí estaba ella, inclinada hacia atrás, mirándome como si fuera un orangután que hubiera tratado de seducirla.

—Pero ¿qué haces? —inquirió con el ceño fruncido.

Obviamente, no tenía ni idea de qué contestar a eso.

—No... no lo sé —balbucí tontamente—. Creí que tú... que yo...

Cassandra echó la cabeza hacia atrás y tomó aire.

—¿Lo ves? A eso exactamente es a lo que me refiero. No escuchas lo que te digo. Te estoy hablando del pasado, de mis sentimientos, de lo que pasó entre nosotros... y a ti sólo se te ocurre echar un polvo.

—Bueno, en realidad me contentaba sólo con besarte.

—Mejor cállate, ¿quieres?

—No me entiendas mal, Cassie. De verdad, yo lo que quiero es que estemos bien, que volvamos a ser amigos.

—Sí, amigos desnudos.

—Ahora eres tú la que estás actuando como siempre —le recriminé meneando la cabeza—. Primero me confundes y luego, cuando hago lo que creo correcto, me tachas de zopenco e insensible.

—¿Que yo te confundo? —replicó, indignada—¿Hablar sobre lo que nos pasó es confundirte?

—Pues sí —dije sin pensar—. Bueno... no. Pero todo aquello fue muy complicado.

—Ya, y meterme tu lengua en la boca lo simplifica, ¿no?

—Dios mío —clamé al cielo poniéndome en pie—. Prefiero tirarme al agua que seguir discutiendo contigo.

—Pues adelante —dijo invitándome a hacerlo con un gesto—, no seré yo quien te lo impida.

Enojado con ella, conmigo y con las piruetas del destino, me di la vuelta y me encaminé a la proa del barco, lo más lejos posible de la mexicana y los retortijones emocionales que me provocaba.

Por lo visto, nada había cambiado desde que estuvimos viviendo juntos en Barcelona. A pesar de la atracción que sentíamos el uno por el otro, las diferencias —o quizá las excesivas similitudes— de nuestro carácter nos hacían chocar constantemente y discutir hasta por las cosas más nimias, haciendo que la vida en común resultase una agotadora montaña rusa de sexo y aventuras, con pronunciados baches de malhumor, fricciones y malentendidos.

Lo extraño es que, a pesar de que al separarnos sentí un enorme alivio, con el paso de los meses la siempre traicionera memoria decidió borrar por su cuenta los malos momentos, y últimamente había sido raro el día en que, en algún instante, no había llegado a echarla de menos.

Claro que, escenas como la que acabábamos de protagonizar, me ayudaban a recordar por qué ya no estábamos juntos.

A eso de las dos de la tarde y con el sol ecuatorial cayendo a plomo sobre nuestras cabezas, abandonábamos por fin el *Bahía do Guajará*, rodeados por una desordenada multitud que se agolpaba frente a la estrecha pasarela que llevaba a tierra. Cientos de pasajeros cargando abultadas maletas y sacos, cestos de mimbre con gallinas, cerdos atados por las patas, o niños pequeños llorando aferrados a la espalda de sus madres, asustados por aquel pintoresco simulacro del desembarco de Normandía.

Al mismo tiempo, otra muchedumbre de similares características se aglomeraba al otro extremo de la misma pasarela, ansiosos por hacerse con los mejores lugares donde colgar sus hamacas para el viaje de vuelta a Santarém. Y si a esto le sumamos los veinte o treinta vendedores de pescado seco, refrescos o baratijas, así como una marea de estibadores descamisados brindando sus servicios a gritos, ya tendríamos un bosquejo aproximado del caos imperante en el precario muelle fluvial de la pequeña población de Belo Monte. El último puerto de un río que, a partir de ahí, se adentraba dos mil kilómetros en la selva virgen.

La destartada frontera de lo que de algún modo podríamos llamar civilización.

Al otro extremo del pantalán, el que era nuestro siguiente medio de transporte se mecía con la corriente, amarrado al muelle de madera. Se trataba de una reluciente avioneta Cessna Caravan anfibia, pintada de azul marino, y con el logo de la constructora AZS en grandes letras amarillas a ambos lados del fuselaje.

En cuanto nos encaminamos hacia el hidroavión con nuestras mochilas a la espalda, se abrió la portezuela de la misma y descendió, apoyándose en los flotadores hasta llegar al embarcadero, un tipo con tal aspecto que incluso me hizo replantearme la idea de remontar el río en piragua.

Todo lo opuesto que se pueda suponer a la imagen de un piloto, estaba concentrado en el escaso metro sesenta de aquel hombre moreno de aspecto descuidado y mostacho hirsuto. De reojo, vi como el profesor y Cassandra también lo estudiaban de arriba abajo sin disimular su aprensión.

Con sus viejas chanclas, su pantalón corto deshilachado y su camiseta estampada de lamparones de aceite, sólo le faltaba el sombrero charro y un par de pistolas para parecer un lugarteniente de Pancho Villa.

—*Boa tarde* —saludó con voz pedregosa.

—*Boa tarde* —contestamos a coro.

—¿Es usted el piloto del hidroavión? —le pregunté rezando para que dijera que no.

—*Eu sou* —afirmó estrechándome la mano y confirmando mis temores—. *Getúlio Oliveira, a sua disposição.*

Entonces debió darse cuenta de la cara con la que estábamos mirándolo, y señalándose a sí mismo con cierto desaire se limitó a informar:

—*É meu dia livre...*

Cargar el equipo en la avioneta y aclarar el punto exacto del río en el que queríamos amerizar nos llevó menos de veinte minutos. Así que antes de que me diera cuenta, ya me encontraba sentado en el puesto del copiloto y me entretenía en comparar la ruta que indicaba el GPS con la carta de navegación que sostenía sobre las rodillas, echando un vistazo de vez en cuando por la ventanilla al océano de vegetación que discurría a trescientos kilómetros por hora bajo nuestros pies.

Hasta donde se perdía la vista, todo era jungla. Sin un pueblo, sin una carretera, sin un solo claro donde la luz del sol llegara a tocar el suelo. Vista desde el aire la selva del Amazonas podría confundirse con cualquier otra: sólo árboles, árboles y más árboles repitiéndose hasta el infinito en una monotonía verde y abrumadora. Pero la experiencia me decía que esa impresión era errónea, y que bajo el techo de copas que oculta el suelo de la jungla, la vida bulle como en ningún otro lugar en la tierra y miles de especies de aves, mamíferos, reptiles e invertebrados —muchos de ellos aún no clasificados por los biólogos—, han hecho de aquel lugar su reino. Un reino al que no habíamos sido invitados, y en el que los humanos definitivamente no éramos bienvenidos.

Sólo esperaba que el desaseado piloto que se sentaba a mi izquierda y que manejaba los controles con displicencia, estuviera más preocupado por el estado del avión que por su apariencia personal, y no nos viéramos en el trance de realizar un aterrizaje de emergencia en mitad de aquella infinita extensión deshabitada.

A mi espalda, estirado entre dos asientos y de nuevo bajo los efectos de un cóctel de alcohol y Diazepam, el profesor Castillo roncaba profundamente. Había sido la única manera de que abordase el aparato, pues aunque se había resignado a volar en él y así ahorrarnos semanas de penosa travesía, justo en el momento de embarcar había sufrido un ataque de pánico al percatarse de la aparente fragilidad del pequeño hidroavión.

Rogándonos que le esperáramos un momento se tomó un par de ansiolíticos y, con la excusa de ir a por un refresco, se metió en la cantina del embarcadero donde, al ir a buscarlo en vista de que no regresaba, lo encontré derrumbado sobre la barra con tres vasos de caipiriña vacíos frente a él y barbullando algo sobre una barca con alas a la que no pensaba subirse ni muerto. Casi a rastras lo llevé de nuevo al muelle, y con la ayuda de Cassie y el piloto lo acomodamos en el hidroavión y lo dejamos acurrucado durmiendo la mona, a sabiendas de que era el único medio para hacer que volara con nosotros.

Mientras tanto, Cassandra se había acomodado en la última fila de asientos dándome a entender que no tenía muchas ganas de hablar conmigo. El piloto, también molesto por trabajar en el que al parecer era su día libre, se había limitado a contestar con monosílabos a las pocas preguntas que le había formulado. De modo que, narcotizado por la redundancia del paisaje y el arrullo del motor, las dos noches de insomnio pasadas en el barco me pasaron factura y, sin darme cuenta, con el mapa cartográfico de la cuenca del Xingú aún entre las manos me quedé dormido como un bendito.

Recuerdo que en mi sueño caminaba por una selva como ninguna en las que había estado antes: luminosa y sembrada de coloridas flores que crecían en los bordes de un sendero de piedrecitas, tal que en un cuidado jardín. Entonces, un hermoso papagayo de plumas azules, rojas y amarillas vino a posarse en una rama justo a mi lado, y sin venir a cuento profirió un estridente grito en aquel oasis de paz y armonía. Recuerdo también que me lo quedé mirando con interés, creyendo reconocer una voz familiar en el escandaloso pájaro, cuando el camino

de piedrecitas pareció disolverse bajo mis pies y, como en una trampa, caí bruscamente hacia abajo para luego salir disparado hacia arriba violentamente, mientras el papagayo volvía a gritar algo con un inconfundible acento mexicano.

Entonces abrí los ojos, justo para ver como el morro de la avioneta se rociaba con una salva de espuma y gruesos goterones, y descubrí aterrado cómo la gran masa de agua oscura del río Xingú llenaba todo el parabrisas. Por lo visto, habíamos llegado.

Al chocar de nuevo con la superficie del agua, salí rebotado hacia el techo que me libré de golpear con la cabeza gracias al cinturón de seguridad. El golpetear de los patines contra el agua hacía temblar el aparato como si fuera a romperse en mil pedazos, y alguien volvió a gritar, pero esta vez sin acento mexicano, y aún más cerca.

Y aunque al principio me extrañó, acabé por reconocer al dueño de esa nueva voz que sonaba aterrada.

Era la mía.

El aparato chocó de nuevo contra el agua esquivando por cuestión de centímetros una gran roca que con sólo rozarla habría destrozado los patines del hidroavión.

El piloto trataba de amerizar ortodoxamente en contra del viento, pero el inconveniente era que eso nos ponía a favor de la fuerte corriente que empujaba al avión e impedía que éste se detuviera.

—¡La gran...! —exclamó Cassandra dos asientos por detrás de mí—. ¿Es que este cacharro no tiene frenos?!

En respuesta, el piloto bajó las revoluciones del motor y trató de hacerlo girar con el timón de cola. Pero la gran masa de agua del río nos empujaba en una sola dirección y lo único que logró fue que la aeronave se balancease peligrosamente, amenazando con volcar.

Afortunadamente los márgenes de la selva se extendían a más de cien metros a cada lado de la nave, lo que evitaba el riesgo de tropezar con un árbol, aunque el peligro más inmediato lo constituían los escollos que se ocultaban justo bajo la superficie, y apenas podían distinguirse hasta que ya estábamos encima.

—*¡Não posso determe!* —gritó Getúlio Oliveira por encima del ruido del motor—. *¡Tenho que desdobrar e tentar aterrissar a contracorrente!*

Totalmente de acuerdo con el hombre, asentí enérgicamente con la cabeza.

—¡Sí, sí! ¡Despegue de nuevo!

El piloto accionó los flaps y empujó la palanca de gases, multiplicando las revoluciones del motor así como las vibraciones que sacudían la frágil estructura de aluminio del aparato.

Entonces levanté la mirada hacia el horizonte, para asegurarme que teníamos el suficiente espacio para despegar, y lo que vi me dejó tan confuso que necesité un momento para comprender lo que había frente a nosotros.

O para ser exacto, lo que no había.

El río.

A unos doscientos metros de distancia, como si a alguien se le hubiera olvidado terminar un decorado, el horizonte desaparecía brusca e inexplicablemente. Después de cierto punto, el río, la selva y nuestro futuro en el mundo de los vivos, se esfumaban como si hubiéramos alcanzado el borde del mundo y no hubiera nada más allá.

Cassandra, que también lo había visto, me descubrió finalmente la verdad.

—Dios mío... —masculló con un hilo de voz—. Es una catarata.

Agarrado al pasamano del techo como si aquello me fuera a salvar, observaba sobrecogido cómo el borde del abismo se acercaba cada vez más rápido.

Ahora ya podía ver las nubes de agua pulverizada que emergían del otro lado del precipicio, al tiempo que el sudoroso semblante del piloto, que con la mirada fija en el fin del horizonte se inclinaba hacia delante sin decir palabra, no presagiaba nada bueno.

La aguja del indicador de velocidad señalaba ya los cuarenta nudos, pero el hecho de que no nos hubiéramos levantado un solo centímetro del agua me hacía suponer que aún no era velocidad suficiente para despegar.

La cascada estaba ya a menos de cien metros, y el motor rugía al máximo de revoluciones.

Setenta metros.

Tenía los nudillos blancos de tanto apretar.

Cincuenta metros.

Cuarenta y cinco nudos, seguíamos sin elevarnos.

Treinta metros.

Oí una voz a mi espalda que decía mi nombre.

Veinte metros.

Volví la cabeza, y Cassandra me miró a los ojos.

Diez metros.

Movió los labios queriendo decirme algo. Yo traté de sonreír.

Repentinamente desaparecieron las vibraciones y el golpeteo sobre el agua, y mientras nos mirábamos a los ojos, pareció que nos manteníamos suspendidos en el aire como por arte de magia.

Abrí la boca para contestarle, pero entonces el aire huyó de mis pulmones y el corazón decidió separarse de mi cuerpo en el instante en que la avioneta y los que en ella íbamos, caímos por la rompiente de la catarata, con el morro apuntando directamente hacia las rocas que nos esperaban envueltas en una nube de espuma.

Me vi empujado violentamente como un muñeco y cerré los ojos, previendo el brutal impacto, sin aliento para gritar ni tiempo para rezar, convencido de que aquello era el fin para todos nosotros.

Caímos al vacío.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

El rugido del motor aumentó.

Seguía vivo...

¿Cómo era posible?

Levanté la cabeza y vi al piloto tirando hacia sí de los mandos con todas sus fuerzas, con las venas del cuello a punto de explotar y la mirada fija en el parabrisas. Miré hacia adelante por encima del cuadro de mandos, y como si hubiera despertado de una mera pesadilla, el río y la selva aparecían de nuevo serenos bajo nosotros, mientras el hidroavión se nivelaba y lentamente volvía a ganar altura, impulsado por sus seiscientos caballos de potencia, el viento de proa y los suspiros de alivio de sus pasajeros.

Cinco minutos más tarde, cuando ya habíamos recuperado más o menos nuestras pulsaciones habituales, Getúlio Oliveira encaró de nuevo el mismo tramo del río en el que torpemente habíamos querido acuatizar, aunque esta vez en dirección contraria a la corriente. Esto supuso unos cuantos botes de más al tocar el agua, pero a cambio, una vez flotando resultó sencillo controlar el avión e impedir que lo arrastrara la corriente, dirigiéndolo hacia donde quisiéramos.

El problema es que no había dónde.

La orilla estaba enteramente ocupada por árboles de veinte o treinta metros de altura, y un espeso follaje que hacía impensable acercarse de ningún modo.

Ahora me daba cuenta de que era un obstáculo que no habíamos previsto, pues a ninguno se nos había ocurrido hacernos con un bote hinchable previendo tal eventualidad.

Consulté el GPS, y si las coordenadas del profesor eran correctas, el poblado menkragnoti debía hallarse poco más allá de la línea de árboles, a unos centenares de metros de la orilla.

—Este es el sitio —dije apuntando a mi derecha—. Tenemos que desembarcar aquí.

El piloto se giró hacia mí, encogiéndose de hombros.

—*Desculpa* —dijo—, *mas eu não posso chegar mais perto. Há muitas árvores e se estraga na aeronave, se a companhia de seguros que disparou* —y señalando una estrecha franja amarillenta frente a nosotros, añadió—: *Tudo o que posso fazer, é deixá-los no banco de areia logo à frente.*

Me volví hacia Cassandra preguntándole con la mirada.

—¿Tú qué opinas? Creo que dice que no se arriesga a acercarse a la orilla por los árboles. Que todo lo que puede hacer es dejarnos en ese banco de arena.

—Que quieres que te diga... No es muy sensato quedarnos en mitad de un río desconocido, un par de horas antes de que anochezca.

—En eso estoy de acuerdo.

—Pero también parece —agregó con un gesto de resignación—, que no tenemos otra alternativa.

—Y en eso también —coincidí, y me giré de nuevo hacia el piloto y le dije que por favor nos llevara al banco de arena frente a nosotros, ya que desembarcaríamos ahí.

Una vez asegurado el hidroavión con piquetas y cuerdas, tardamos pocos minutos en desembarcar nuestro equipaje y el equipo de acampada en el pequeño islote de apenas cien metros cuadrados. La fina arena era de un amarillo ocre sembrada de huellas de caimán, y el piloto nos explicó que aquel debía ser uno de los lugares donde, para regular su temperatura, se tendían a tomar el sol por las mañanas. Tan sólo debíamos preocuparnos de no estar ahí cuando eso sucediera al día siguiente.

Al profesor, aún adormilado, lo acomodamos sobre las mochilas confiando en que no tardara mucho en despejarse, y con un simple apretón de manos deseándonos suerte nos despedimos de el piloto, acordando que volvería a recogernos a ese mismo punto cuando lo llamásemos con el teléfono vía satélite.

Hecho esto, el aviador disfrazado de revolucionario zapatista subió a su hidroavión, lo puso en marcha, y tras recuperar los amarres dio la vuelta al aparato acelerando en dirección a la catarata. De inmediato y empujada por la corriente, la avioneta se elevó majestuosamente alejándose en dirección norte hasta convertirse en un pequeño punto sobre el horizonte.

Un punto que me quedé mirando hasta que desapareció completamente, intuyendo que aquel pequeño aparato no era en realidad un medio de transporte, sino una máquina del tiempo. Una máquina del tiempo que nos había recogido en el siglo XXI y nos había depositado en un lugar tan remoto e inhóspito como lo era quinientos años atrás.

Cuando bajé la vista el profesor Castillo empezaba a despertarse, parpadeando aturrido mientras hacía visera con la mano.

—¿Dónde... dónde estamos?

—Muy cerca de las coordenadas que nos dio, en el río Xingú —aclaró Cassie, que se hallaba sentada a su lado—. Justo en medio, para ser precisos.

—Oh, vaya —dijo incorporándose un poco y descubriéndose rodeado de agua por todas partes—. Y ¿cómo ha ido el vuelo?

—Muy tranquilo, profe —contesté mirando de reojo a Cassandra—. Ha sido un paseo.

—Sí, un aburrido paseo —repitió la mexicana con sorna, sacudiéndose la arena del pantalón—. Aunque ahora se me ocurre una pregunta tonta... —Se volvió hacia la lejana orilla, y sin dejar de mirarla, preguntó—: ¿Cómo diablos vamos a salir de aquí?

Tras hablarlo un rato entre nosotros, decidimos esperar. Concluimos que si el poblado menkragnoti estaba tan cerca como suponíamos, seguramente alguien habría visto u oído aterrizar el hidroavión, se acercaría a investigar, nos vería y le pediríamos ayuda para que nos viniesen a buscar con sus canoas.

Ese era el plan. Un plan bastante pobre, todo hay que decirlo, pero en aquellas circunstancias no podíamos hacer otra cosa. Las turbulentas aguas oscuras del río no invitaban precisamente al baño, y la infinidad de huellas de caimán del banco de arena delataban una nutrida población de estos reptiles, que seguro no debían andar muy lejos.

—Y ¿qué haremos si no aparece nadie? —preguntó Cassandra, jugando con una ramita en la arena, sentada sobre su mochila.

—Aparecerán —afirmé aparentando una seguridad que no sentía ni de lejos—. No creo que vengan muchas avionetas por aquí, y estoy seguro de que les picará la curiosidad.

El profesor, algo más repuesto de su particular viaje, se pasó un pañuelo por la frente enjugándose el sudor.

—Pues parece que se lo toman con calma. Hace un buen rato que llegamos y aún no ha aparecido nadie.

Estiré el brazo hacia el sol y coloqué la mano debajo del mismo, contando que cabían cuatro dedos entre éste y el horizonte.

—Calculo que nos queda una hora de luz —dije multiplicando cada dedo por quince minutos—. Suficiente aún para que nos descubran y vengan a rescatarnos antes de que anochezca.

—Eso espero... —apuntó entonces la mexicana señalando un grupo de troncos flotando en el margen del río— porque creo que hay otros que sí empiezan a sentir curiosidad hacia nosotros.

Me fijé en el lugar al que miraba, y con un escalofrío comprobé que aquellas formas alargadas que se dejaban mecer por la corriente no eran precisamente troncos.

Y justo en ese preciso instante de alarmada comprensión, repentinamente, el profesor gritó a mi espalda.

—Pero ¿qué narices...? —me giré hacia él con el corazón en un puño.

El viejo amigo de mi padre parecía haber perdido la cordura y daba saltos sobre la arena con el brazo en alto.

—¡Híjole! —exclamó seguidamente Cassandra—. ¡Ahí está!

Entonces yo también lo vi.

En la orilla a la que debíamos llegar, de pie y totalmente desnudo a excepción de un mínimo taparrabos, sujetando un desproporcionado arco en la mano derecha y con la piel cubierta de intrincadas pinturas, un indígena nos estudiaba hieráticamente en la distancia sin responder a los aspavientos y gritos del profesor Castillo, como si la cosa no fuera con él.

Inmediatamente Cassandra y yo le hicimos coro al profesor, y al momento estábamos los tres saltando y dando voces a pleno pulmón, como los náufragos que en realidad éramos.

—¡Eh! —lo llamaba Cassie agitando la mano—. ¡Hola!

—¡Aquí! —exclamaba yo.

—¡Amigo, necesitamos que vaya a buscar ayuda y nos recojan enseguida, antes de que se haga de noche! —le explicó Eduardo haciendo bocina con las manos

La mexicana y yo nos lo quedamos mirando con una sonrisa.

—Pero ¿qué hace, profe? Si ni siquiera hablará nuestro idioma.

—Bueno, yo...

—¡Eh, mirad! —nos interrumpió Cassie señalando al indígena—. ¡Se marcha!

Sin dar señal alguna de reconocimiento ni hacer un simple gesto de despedida, el desconocido se dio la vuelta y se internó en la selva tranquilamente, siguiendo en apariencia con su paseo vespertino.

—No puede ser —mascullé, contrariado.

—¿Nos habrá visto? —preguntó el profesor pasándose la mano por el cuello con preocupación.

—¿Cómo no iba a vernos? —replicó Cassandra—. Tendría que haber estado ciego y sordo.

—¿Entonces?

—Seguramente habrá ido a buscar ayuda al poblado —sugerí.

Cassandra se dejó caer sobre su mochila.

—O quizá —opinó, pesimista—, puede que las visitas no sean tan bien recibidas como esperábamos.

Cuando ya sólo mis dedos índice y anular separaban la anaranjada esfera del sol de la copa de los árboles, y la espesura que colmaba las orillas se tornaba más oscura y amenazadora, decidí que teníamos que hacer algo.

—Tenemos que salir de aquí —propuse poniéndome en pie

Cassie se encogió de hombros, volviendo las palmas de las manos hacia arriba.

—Eso ya lo sabemos. La pregunta es cómo.

—Como sea —repliqué—. Si tenemos que nadar, nadaremos.

—Y ¿qué pasa con los caimanes? —preguntó el profesor—. ¿No es más seguro esperar aquí?

—No lo creo. Que yo sepa los caimanes prefieren cazar de noche, y si nos quedamos en esta ridícula isla acabaremos siendo su cena.

La mexicana meneó la cabeza.

—Pues no creo que en el agua tengamos más posibilidades —y señalando alrededor, añadió—: Esos cabrones están justo ahí, cortándonos el paso. En cuanto nos metamos en el agua, vendrán a por nosotros.

—Puede, pero tengo una idea para distraerlos y ganar algo de tiempo.

—¿Piensas cantarles? —apuntó el profesor—. Con suerte podrías asustarlos.

—Hablo en serio, se me ha ocurrido algo que quizá funcione —dije tratando de convencerles—. Pero tendréis que ayudarme, sólo nos quedan unos minutos de luz.

Mientras el profesor y Cassandra montaban la estructura de la tienda de campaña que habíamos comprado en Santarém, yo desplegaba en el suelo una de las mosquiteras, abriéndola en toda su extensión.

—Ya está —dijo Cassie a mi espalda—. ¿Y ahora qué?

—Traedla —les indiqué—. Pongámosla sobre la mosquitera.

Así lo hicieron, y rápidamente ató la fina red a las varillas de plástico reforzado, hasta que quedó firmemente sujeta a la misma con un puñado de bridas.

—Sigo sin entenderlo —dijo el profesor Castillo, desconcertado—. ¿Para qué quieres una tienda de campaña cubierta de una mosquitera? ¿Crees que eso va a detener a los caimanes?

—No es un refugio para que nos metamos dentro, profe —y dándole la vuelta, poniendo el techo hacia abajo, aclaré—: Lo que acabamos de hacer es una red de pesca.

Cassie me miró, preocupada.

—¿Estamos rodeados de caimanes... y quieres ponerte a pescar?

—Exacto —afirmé—. Pero no es lo que tú te piensas.

—Explícate —apremió el profesor.

Tomé la improvisada red, y tras acercarme a la orilla la introduje en el río.

—La idea —expuse metiéndome en el agua hasta las rodillas y sujetando la red por una esquina—, es que capturemos unos pocos peces y los usemos como cebo de distracción para los caimanes. Si conseguimos atraerlos hacia un lado del islote, podríamos salir nadando por el otro.

—¿Hablas en serio? ¡Lo que vas a hacer es atraer a todos los caimanes en un kilómetro a la redonda! —repuso Cassandra.

—A mí también me parece una idea terriblemente mala —coincidió el profesor con la arqueóloga—. Se me antojan mil cosas que podrían salir mal.

—¡Y a mí también! —repliqué—. Pero mientras a ninguno se le ocurra nada mejor, es el único plan que tenemos. Es esto, o quedarnos sentados a ver qué pasa ¿Qué decidís?

Mis dos amigos se miraron entre sí con la duda pintada en el rostro. Pero aunque chasquearon la lengua, miraron al cielo y menearon la cabeza desaprobadoramente, finalmente accedieron y se metieron en el agua conmigo, atentos a que ningún animal más grande que una trucha se acercara demasiado.

—Hemos de sujetarla procurando no moverla —les decía por encima del ruido de la corriente—. La corriente empuja los peces hacia nosotros. Sólo hay que estar alerta y levantar la red en cuanto notemos que ha caído uno.

—¿Y si no pican? —preguntó el profesor, que no dejaba de mirar alrededor nerviosamente.

—Picarán, no se preocupe. Tan sólo vigile que no nos den un susto por la espalda.

—Descuida, por la cuenta que me trae...

El agua traslúcida y oscura como un té bien cargado, nos corría entre las piernas con notable fuerza y, aunque tan sólo nos llegaba a las pantorrillas, había que tener cuidado de no

resbalar en el jabonoso lodo del fondo. Sin nada a lo que sujetarnos, podríamos acabar siendo arrastrados río abajo hasta la catarata, a menos de quinientos metros de donde nos encontrábamos.

Tres minutos más tarde, Cassie empezó a impacientarse.

—Esto es una auténtica pendejada —gruñó—. Los peces han de estar riéndose de nosotros.

—Un poco de paciencia...

—Deberíamos pensar en otra cosa.

—Paciencia... picarán.

—Pero ¿tú te crees que los pescados son idio...?

Y la frase se quedó a medias, pues en ese instante la red sufrió un fuerte tirón que nos tomó a los tres por sorpresa.

—¡Hay uno dentro! —aclamó el profesor, entusiasmado—. ¡Ha caído uno!

—¡Tirad! —les grité—. ¡Tirad fuerte!

El profesor también vino a sujetar la estructura por uno de sus lados, y entre todos levantamos la red fuera del agua con gran esfuerzo.

—Híjole, ¡cómo pesa! —exclamó Cassandra.

Y no era de extrañar, porque del fondo de la red colgaba un enorme siluro que debía pesar al menos quince kilos.

El animal se retorció espasmódicamente amenazando con romper la frágil mosquitera, así que mientras empezamos a caminar de vuelta al banco de arena entre gritos de alegría, hundimos parcialmente la estructura en el agua para aliviar el peso que soportaba.

—¡Qué suerte hemos tenido! —se felicitaba el profesor.

—¡Ya tenemos nuestro cebo! —reí, eufórico.

Pero apenas dicho esto, por el rabillo del ojo intuí una sombra un par de metros a mi derecha, y mientras me giraba con extrañeza aún con la sonrisa en los labios, una explosión de agua y espuma estalló exactamente en el centro de la malla que llevábamos colgando.

De entre la confusión, y mientras los tres seguíamos sujetando la improvisada trampa de pesca sin saber lo que acababa de ocurrir, una descomunal y repulsiva cabeza apareció de la nada. Abriendo una monstruosa mandíbula de afilados dientes amarillentos, se abalanzó sobre el siluro, y sin darnos tiempo ni a parpadear arrancó la red de nuestras manos con una fuerza brutal y se la llevó corriente abajo, dando un poderoso coletazo final y hundiéndose con ella.

Ni qué decir tiene que dos segundos más tarde los tres estábamos de regreso en el banco de arena, resoplando con el corazón en la boca mientras nos reponíamos del tremendo sobresalto.

—Que hijo de perra... —maldijo el profesor recuperando el resuello—. Ni siquiera... ni siquiera lo he visto llegar.

Cassandra, derrumbada en la arena y respirando a bocanadas, levantó la cabeza para mirarme.

—Ya te dije que era una mala idea... de las peores que has tenido.

—Mirad el lado bueno —contesté con las manos apoyadas en las rodillas—. Quizá le hemos quitado el hambre a ese caimán, y ahora habrá uno menos por el que preocuparse.

Quince minutos más tarde, de pie en el centro de la minúscula isla, contemplaba impotente como el sol acababa de ocultarse por encima de la selva y las sombras se adueñaban del río.

—Si al menos tuviéramos madera —lamenté en voz alta mirando las copas de los árboles—, podríamos hacer una hoguera para mantener alejados a los caimanes.

—Podríamos quemar la ropa y parte del equipo —sugirió el profesor, dando una palmada a la bolsa sobre la que estaba sentado—. Muchas de nuestras cosas arderían bien.

—Demasiado bien —objetó Cassie—. En poco rato ya lo habríamos quemado todo y estaríamos en las mismas.

Mientras hablaban, abrí la caja metálica donde guardábamos todo el equipo susceptible de estropearse con la humedad, saqué tres luces frontales y le entregué una a cada uno.

—Ahora que está claro que meternos en el agua es un suicidio —insistió el profesor—, no nos queda otra que resistir aquí, así que sea como sea hemos de hacer un fuego.

—Estoy de acuerdo —apunté colocándome el frontal en la frente—. Pero en lugar de hacer una fogata de campamento con nuestras ropas, podríamos construir unas antorchas y encender una detrás de la otra, así durarían más. ¿Qué os parece?

—Me parece que no hay para dónde... —asintió Cassandra de mala gana, y abriendo su mochila extrajo una de las varillas de aluminio que le daban rigidez, enrolló en el extremo una de sus camisetas de algodón, y la roció con un chorro de alcohol del botiquín.

El profesor y yo la imitamos paso por paso, y al cabo de un momento ya estábamos los tres con las rudimentarias antorchas en la mano, esperando el momento adecuado para encenderlas.

La noche se hizo entonces casi absoluta, pues unas repentinas nubes cubrieron la reconfortante luz de una luna en cuarto menguante, que apenas había tenido oportunidad de hacer acto de presencia.

—La gran chucha —susurró Cassie, estremecida—. Que oscuro se ha puesto de repente.

De un momento para otro, toda la luz que teníamos era sólo la que nos proporcionaban nuestros frontales, los cuales manteníamos al mínimo para conservar batería y no deslumbrarnos entre nosotros. Pero entonces, inquieto por no ver más allá de un par de metros, ajusté el foco al máximo para hacer un barrido alrededor del banco de arena.

Apunté con la luz al río, y mi primera reacción fue de extrañeza al no descifrar lo que estaba viendo.

Una miríada de brillantes esferas ambarinas parecía flotar a ras de agua a todo nuestro alrededor.

Agucé la vista fijándome en las más cercanas, tratando de adivinar su origen, pero no entendí de qué se trataba hasta que un par de ellas se apagaron por un instante y volvieron a encenderse.

Un parpadeo.

Aquella multitud de pequeños globos amarillos no eran otra cosa que ojos.

Decenas de ojos en el agua. Observándonos, estudiándonos, acercándose sigilosamente al amparo de la noche.

—¡Rápido! —grité—. ¡Encended las antorchas!

Cassandra y el profesor Castillo, que habían visto lo mismo que yo, aún tardaron un instante en reaccionar.

—¡Son los caimanes! —advirtió entonces el profesor, aterrado—. ¡Están ahí mismo!

—¡Nos rodean! —La mexicana señalaba la oscuridad con una mezcla de horror y sorpresa—. ¡Esos cabrones nos están rodeando!

Mientras tanto yo ya había sacado el mechero del bolsillo y lo trataba de encender bajo la pelota de camisetas de mi antorcha.

Rápidamente el alcohol prendió, y una tímida llama azul brotó en el extremo de la varilla de aluminio, alumbrando para mi decepción poco más de lo que lo haría una simple vela.

—Mierda —mascullé.

Pretender ahuyentar con aquel ridículo fuego a unos caimanes hambrientos, era como enfrentarse a una manada de leones blandiendo una chincheta.

—Esto no va a funcionar —susurró Cassandra, desolada, mirando su propia antorcha con la misma frustración en la cara.

—Hay que intentarlo —les espoleé—, tenemos que aguantar como sea.

Y repentinamente, un enorme caimán apareció de la nada abalanzándose sobre la arena, a sólo un par de metros de donde estábamos.

Proferí una maldición y salté hacia atrás tropezando con Cassandra, que estaba a mi espalda, e inmediatamente otro caimán y luego otro más salieron del agua avanzando hacia nosotros con sus terroríficas fauces abiertas.

Desesperados, agitamos las antorchas frente a los enormes reptiles, mientras les gritábamos insultos y obscenidades con los que parecían no darse por aludidos.

Entonces Cassie, dando un temerario paso al frente, acercó su antorcha a pocos centímetros del ojo del caimán más cercano y, para sorpresa de todos —e incluso de ella misma—, el animal se dio la vuelta con un brusco movimiento y retornó a la seguridad del agua tan rápido como había aparecido.

—¡Eso es! —exclamó la arqueóloga girándose hacia nosotros—. ¡A los ojos! ¡Acercadles la llama a los ojos!

Sin dudar, el profesor y yo la imitamos, y hostigando a los otros dos caimanes conseguimos hacerles recular.

—¡Lo hemos logrado! —aulló el profesor, entusiasmado por su hazaña—. ¡Los hemos ahuyentado!

Estábamos exultantes, incrédulos por haber recuperado nuestra pequeña patria dando gritos de alegría.

—¡Humanos, uno! —exclamó el profesor levantando el índice—. ¡Reptiles, cero!

—¡Ándele! ¡Venid ahora, cabrones! —se encaró a las tinieblas la mexicana, amenazando envalentonada con el puño—. ¿Qué pasó, lagartijas? ¿Es que le tenéis miedo al fuego?

Y en ese preciso instante, como justo castigo de la madre naturaleza por nuestra bravuconería, un relámpago restalló en la oscuridad seguido al momento por unos gruesos goterones que, en cuestión de segundos, se transformaron en un intenso aguacero tropical.

—Oh, venga ya —protesté, desolado, observando como el fuego de mi antorcha se extinguía bajo la lluvia—. Tiene que ser una broma.

En un santiamén nos vimos de nuevo sumidos en una profunda oscuridad, pero esta vez acrecentada por la cortina de lluvia, que nos devolvía el reflejo de nuestras linternas frontales en forma de fugaces reflejos en las gotas de agua. Ahora no podíamos vislumbrar más allá de cuatro o cinco metros a la redonda —más o menos los límites de nuestro islote—, aunque sabíamos que los caimanes seguían allí, y que sólo era cuestión de tiempo que volvieran a la carga.

Empapados, desarmados y casi a ciegas, nuestra situación comenzaba a ser bastante preocupante.

—Si alguien tiene alguna sugerencia —propuse escudriñando entre las sombras con la tea apagada aún en la mano—, este sería un buen momento para compartirla.

—¡Ahí están! —me interrumpió Cassandra gritando—. ¡Ya vuelven!

Me giré con el corazón en la boca hacia donde miraba la mexicana, y efectivamente, de las tinieblas surgía una enorme bestia arrastrándose sobre la arena, seguida de otras más que emergían de las oscuras aguas como una legión de hambrientos monstruos del averno.

El mayor de ellos, un leviatán de más de cinco metros que avanzaba en cabeza, se acercaba lentamente observándonos con sus amarillentos ojos sin vida, sin ninguna prisa, sabiendo que no teníamos escapatoria.

Los tres empezamos a retroceder en aterrorizado silencio, apiñándonos en el centro del islote mientras éramos rodeados lenta pero implacablemente.

—Ulises, yo... —susurró Cassandra a mi espalda con voz temblorosa.

Me volví hacia ella y vi, o quise ver, algo en sus ojos que no veía desde hacía mucho tiempo.

—Lo sé —respondí simplemente.

Entonces, el caimán más cercano se encaramó sobre una de las mochilas que estaban en el suelo y abrió sus enormes fauces, dispuesto a lanzarse sobre mí.

Preso de la desesperación, recordé algo que había visto en el cine y me quité el cinturón y volví a introducirlo en la hebilla, improvisando algo parecido a un nudo corredizo.

—Pero ¿qué haces? —me preguntó el profesor, perplejo.

—Si le soy sincero —contesté sin volverme—, no estoy muy seguro.

Seguidamente, desenvainé un pequeño cuchillo de submarinismo que siempre llevo amarrado al tobillo, y armado con el mismo y el lazo del cinturón en la otra mano, esperé a que el caimán atacara con la absurda esperanza de esquivarlo y, tras inmovilizarle las mandíbulas con el cinturón, tratar de herirlo en los ojos; la única parte de su anatomía que no parecía estar acorazada. Visto con la perspectiva del tiempo y la distancia, una tontería como un piano.

El gigantesco reptil avanzó pesadamente, hasta el punto de haberlo podido tocar si hubiera estirado la mano. Se incorporó sobre sus patas delanteras y elevó la cabeza, dispuesto a lanzar su ataque definitivo.

Con la copiosa lluvia resbalándome por el rostro, flexioné las piernas y me preparé para saltar.

El caimán levantó aún más su cabeza girándola al instante para no perderme de vista, y con una rapidez inesperada para un ser de su tamaño, se lanzó hacia adelante impulsado por casi una tonelada de puro músculo.

Yo salté haciéndome a un lado, esquivándolo por milímetros.

Y entonces oí un siseo.

El caimán pareció quedar suspendido en el aire por un instante, congelado, para caer luego a mis pies como un gigante derribado.

Aprovechando el momento me dispuse a lanzarme sobre su ahora expuesta cabeza, agarrando con fuerza el cuchillo, pero entonces algo extraño llamó mi atención.

Una larga y delgada vara de madera con plumas blancas en su extremo, sobresalía del duro cráneo del caimán que había quedado inerte en el fango.

Miraba al reptil sin entender aún por qué yo estaba vivo y él parecía estar definitivamente muerto, cuando un nuevo siseo rasgó el aire y otro caimán, que había aparecido encaramándose sobre el primero, cayó igualmente fulminado con una larguísima flecha que le entró por la nuca y le salió por la quijada.

—Han venido... —musitó una incrédula Cassandra contemplando unas siluetas que, de pie y armadas con grandes arcos, se aproximaban a nosotros deslizándose sobre las aguas—. Son los menkragnoti...

Eran tres estrechas piraguas, en las que seis hombres remaban a favor de la corriente a proa y popa mientras en cada una de ellas, un arquero, de pie en el centro de la misma y usando un arco de casi dos metros, disparaba rápidamente y con una puntería infalible a todos los caimanes que asomaban la cabeza fuera del agua. Así, en cuestión de pocos instantes, alrededor de una docena de aquellos gigantescos reptiles pasaron a estar muertos sobre la arena, con sus duros cráneos limpiamente atravesados por flechas indígenas.

Aún no nos habíamos repuesto de la sorpresa inicial cuando las tres piraguas tocaron tierra. Mientras los arqueros se colocaban a nuestro alrededor creando un perímetro defensivo sin dejar de apuntar a los caimanes, ya en franca retirada, otros soltaron sus remos, nos agarraron del brazo y sin mediar palabra nos llevaron a empellones a sus canoas, separándonos y ubicándonos a cada uno en una de ellas.

—¡Un momento! —protestó el profesor—. ¡Dejadme coger aunque sea el maletín del teléfono!

Los indígenas, haciendo caso omiso de unas quejas que de cualquier modo tampoco parecían entender, le obligaron a sentarse en la canoa y a estarse quietecito.

—No se preocupe —le tranquilicé en voz alta mientras era empujado hacia otra de las piraguas—. Ya vendremos a buscar el equipo más adelante, de momento los caimanes se encargarán de que nadie venga a llevárselo.

A pocos metros, vi que Cassandra era embarcada en otra canoa y rápidamente se perdía en la oscuridad, seguida muy de cerca por el cayuco en el que iba el profesor Castillo.

Por mi parte, apenas me había acomodado en el fondo de una de las piraguas —de unos diez metros de largo y hecha a partir de un solo tronco—, cuando el arquero subió de un salto y tras señalarme con gestos que apagara mi linterna, sin perder un momento encaramos la corriente y nos sumergimos en la noche, impulsados por la fuerza de los remeros.

Navegábamos envueltos en el rumor de la lluvia que repiqueteaba la superficie del río, acompasado por el cadencioso golpeo de los remos contra el agua.

Aunque nos rodeaba de la más espesa oscuridad, los indígenas parecían saber exactamente el lugar al que se dirigían, bogando con fuerza y dejando atrás el ensangrentado banco de arena, camino de una orilla que de momento me resultaba imposible adivinar dónde se encontraba.

Con las manos todavía temblando me sujetaba a los bordes de la canoa que, a causa de la lluvia, acumulaba ya sus buenos tres dedos de agua. Pero después de salvar la vida por los pelos, y aún haciéndome cruces por la milagrosa aparición de los menkragnoti, la verdad, mojarme el trasero me importaba más bien poco.

Lo cierto es que no me podía creer la suerte que habíamos tenido, y aunque por un instante estuve a punto de reprocharles que no hubieran venido un poco antes y así ahorrarnos el mal trago, no me sentía con ánimo más que para darles las gracias y un abrazo a cada uno en cuanto tocáramos tierra.

Intuí que avanzábamos río arriba por los pantocazos que de vez en cuando daba la canoa, y por ello, en el momento en que la navegación pasó a ser suave y los remeros aflojaron el ritmo, supuse que habíamos salido del cauce principal del Xingú y nos habíamos internado por algún canal lateral a resguardo de la corriente. Al mismo tiempo, la lluvia también bajó su intensidad como si hubiéramos llegado a algún lugar a cubierto, o como descubrí al cabo de un momento, nos encontráramos bajo un espeso dosel vegetal que hacía las veces de paraguas.

Finalmente la piragua pareció encallar en un fondo de arena, y de inmediato el arquero que se sentaba frente a mí saltó al agua, y ayudado por sus compañeros, que hicieron lo propio, sacaron la canoa del riachuelo arrastrándola hasta una pequeña ensenada conmigo aún sentado en su interior y sin saber muy bien qué hacer.

Fue entonces cuando la silueta de uno de los indígenas se acercó hasta mí y me tomó del brazo, invitándome a bajar a tierra.

—Gracias —dije efusivamente a la oscuridad, confiando en no estar hablando con un arbusto—. Muchas gracias, amigos. Nos habéis salvado la vida. *Moito obrigado*.

Los indígenas no parecieron darse por enterados o no entendieron una palabra, o ambas cosas a la vez, porque no dijeron ni pio.

Quienes sí lo hicieron fueron el profesor y Cassie, que ya estaban allí cuando yo llegué.

—No te molestes —dijo la voz de Eduardo a poca distancia—, nuestros amigos no son muy parlanchines.

—He ido a abrazar a uno —indicó a su vez la voz de Cassie—, y el muy grosero me ha apartado de un empujón.

Yo miraba en derredor, sin ver más que unas sombras que parecían estar sacando las canoas del agua. Entonces alguien me apremió por la espalda, y comprendí que querían que nos pusiéramos en marcha.

Caminábamos en fila india bajo la dispersa lluvia a través de un estrecho sendero, en el que espinas y ramas invisibles me arañaban constantemente la cara y los brazos. Mis dos amigos marchaban justo detrás de mí, despotricando por la temeridad de andar de noche por la jungla y sin linternas, mientras yo no dejaba de preguntarme cómo era posible que los menkragnoti que avanzaban en cabeza, vieran siquiera dónde ponían sus pies descalzos, o se orientaran sin tener estrellas en el cielo ni marcas en el suelo que utilizar como referencia. Lo único que se me ocurría, es que estuvieran dotados de una visión nocturna más desarrollada que la nuestra, pero aun así... no sé, incluso a un gato le habría costado avanzar con esa innata desenvoltura.

Durante la caminata, que me pareció eterna pese a que no debió durar más de veinte minutos, traté de encender un par de veces mi frontal, pero rápidamente nuestros escoltas me obligaron a apagarlo indicándome por señas que les deslumbraba. Afortunadamente, mis pupilas se fueron habituando a aquella oscuridad total y acabé por intuir, más que ver, el rastro de una senda a mis pies y alguna que otra rama que logré esquivar a tiempo.

De igual modo, el oído también fue adaptándose gradualmente al silencio de la selva. Un silencio que en realidad no lo era en absoluto, pues en cuanto fui capaz de discriminar el ruido de mis propios pasos y la lluvia arremetiendo contra el techo de la jungla, el mundo se llenó de extraños sonidos que iban desde lo sublime a lo escalofriante.

Las ranas arbóreas emitían sus extravagantes cloqueos por encima de nuestras cabezas, alternándose con una decena de cantos de pájaros diferentes; desde los agudos berrinches de los papagayos a los arrullos de aves nocturnas en busca de pareja, a su vez quebrados por el chillido de un mono o el rugido lejano de algún felino delimitando su territorio.

Y tan absorto estaba en apreciar todos los sonidos que me rodeaban, que la repentina exclamación de Cassandra me tomó por sorpresa.

—¡Ahí delante veo un resplandor! —anunció, entusiasmada—. ¡Nos llevan a su poblado!

Sin transición alguna surgimos de la espesa maleza para desembocar en una gran explanada circular, iluminada por una miríada de hogueras y una tímida luna que de cuando en cuando comenzaba a asomarse entre las nubes cada vez más dispersas. Una plaza de tierra del tamaño de dos o tres campos de fútbol, cuyo perímetro estaba delimitado por unas cabañas techadas con hojas de palma, encaradas hacia el centro de la misma, donde se levantaba una estructura que destacaba poderosamente, situada justo en medio de aquel gran espacio diáfano.

Una imponente construcción que ocupaba exactamente el centro de la plaza de tierra; una copia sobredimensionada de las cabañas que la rodeaban, con una forma idéntica, pero un tamaño que se me antojó absurdo para un edificio tan rudimentario, pues debía medir al menos cuarenta metros de largo y veinte de ancho, y con un techo piramidal que arrancaba del nivel de suelo y se elevaba más allá de los quince metros de altura. Me hizo pensar en una gigantesca tienda de campaña canadiense, erigida a base de simples troncos y hojas de palma.

En cuanto entramos en la plaza, un numeroso grupo de niños seguidos de sus madres, así como decenas de curiosos, se aproximaron a nosotros entre expresiones de asombro. Muy al contrario que nuestros salvadores, que de momento no habían dicho esta boca es mía.

Los hombres vestían tan sólo un taparrabos por toda indumentaria, pero en cambio, se adornaban de penachos de plumas de diferentes colores amarrados a la nuca, coloridas pulseras, collares colgados de brazos y cuello, pendientes redondos hechos con algún hueso animal, e iban totalmente pintados con dibujos de intrincados diseños que los cubrían de pies a cabeza. Curiosamente, en contraposición las mujeres únicamente lucían —aparte del taparrabos—, un par de discretos colgantes y casi nada de plumas o pinturas corporales. Aunque aún vestían menos los niños y niñas de aquel poblado, que por llevar, sólo llevaban puesto encima el pelo de la cabeza.

Sin embargo había un elemento común a todos ellos, sin excepción: una franja de pintura roja les cruzaba la frente de oreja a oreja. No costaba mucho imaginar que debía de ser la marca distintiva de aquella tribu para diferenciarse de sus vecinos.

Siguiendo a nuestra escolta, nos adentrábamos en la explanada camino de la gran cabaña central —comúnmente llamada *maloka*, según nos apuntó el profesor— cuando un niño pequeño se acercó a la mexicana con la intención de tocar la punta de su pelo rubio, y para nuestra sorpresa, uno de los guerreros se acercó y sin mediar palabra le largó una bofetada que lo tiró al suelo.

—*¡Kú alawe manín!* —gritó entonces al público que nos rodeaba en tono de advertencia—. *¡Kú alawe!*

En respuesta todo el mundo dio un paso atrás, las mujeres tomaron a sus hijos en brazos, y bajo la ondulante luz de las hogueras vimos como las miradas se tornaron de interesadas a inexplicablemente recelosas.

Las docenas de fogatas diseminadas de la plaza bailaban en la noche fantasmagóricamente, como si todo fuera parte de un exótico sueño que desaparecería con la claridad del amanecer, mientras el poblado asistía a nuestro improvisado desfile formando un

pasillo de cuchicheos y miradas cautas, pero ya a una distancia mayor, impuesta por las serias advertencias y empujones de los guerreros.

Al llegar frente a la entrada de la maloka, custodiada por dos guerreros emplumados portando una lanza en una mano y una antorcha en la otra, un murmullo expectante recorrió a la multitud de curiosos, y los guardias cruzaron las lanzas impidiéndonos la entrada.

De repente, el guirigay que nos había acompañado desde que entramos en el poblado cesó por completo, y fue sustituido por un pesado silencio sólo roto por el crepitar de las antorchas. Me volví discretamente hacia el profesor y Cassie, con una mirada interrogante, y ambos se encogieron de hombros en una clara muestra de que tampoco tenían idea de lo que estaba pasando.

De hecho, los indígenas no sólo se habían callado, sino que todos se habían quedado completamente quietos, y hasta un pequeño perro que momentos antes andaba dando saltos y ladridos, parecía que lo habían disecado. Mentalmente me estaba dando un minuto más antes de empezar a pedir explicaciones, cuando desde la negrura de la entrada, como si se tratara de una descomunal garganta, brotó una voz agrietada murmurando palabras incomprensibles.

Como obedeciendo una orden, los guardias se echaron a un lado y los guerreros nos empujaron al interior sin demasiados miramientos, llevándonos hasta el extremo opuesto de la maloka, hasta que la misma voz volvió a hablar en tono grave y nos instaron a detenernos.

En el interior de aquella gran estructura no había ni una pequeña llama que alumbrara el lugar, así que estaba aún más oscuro que el exterior.

—¿Hola? —saludé al vacío—. ¿Hay alguien ahí?

—Ulises... —me reprendió Cassandra desde las sombras—. Ten paciencia.

—Tengo mucha paciencia, Cassie. Pero ya empieza a cansarme tanto silencio y tanta ceremonia misteriosa.

Y ya estaba echando mano al frontal para encenderlo, cuando una pequeña chispa resplandeció a pocos metros. En cuestión de segundos la chispa se convirtió en llama, la llama en hoguera, y tras la hoguera apareció la figura de un anciano sembrado de arrugas, que aparentaba tener cien años y que sentado en el suelo nos miraba con severidad.

—*We aleké la ba maloka...* —dijo señalándonos con un dedo huesudo y aquella voz ajada que habíamos oído antes—. *Anú la mere cala, mi aroa kané já... ¡Vaná!*

Por supuesto no entendí una palabra de todo aquello, y por el mutismo de mis compañeros estaba claro que ellos tampoco.

Pero entonces, inesperadamente, un nuevo personaje entró en escena en ese instante. Se trataba de un hombre joven, algo más alto y de piel más clara que el resto de los indígenas, aunque lo que más llamaba la atención en él eran unos inusuales ojos azules que destacaban extraordinariamente en su rostro cobrizo. Vestía un viejo pantalón corto de deporte en lugar de taparrabos, y a excepción de la inevitable franja roja en la frente, no llevaba el cuerpo decorado ni portaba plumas en la cabeza como el resto de hombres del poblado.

—Yo llamar Iak, y él ser nosso chamán; gran jefe Mengké de los menkragnotis —dijo el recién llegado en un español entrecortado—. Nosotros darles bienvenida.

—Gracias —se apresuró a corresponder el profesor—. Nosotros también estamos...

El traductor le interrumpió con un gesto, no había acabado de hablar.

—Pero no poder estar aquí —y apuntando con la mano al exterior, añadió—: Mengké decir que marchar de nossa aldea. Ahora.

He de confesar que eso no me lo esperaba.

Tampoco el profesor, o Cassie, que tras la sorpresa inicial fue la primera en reaccionar.

—¿Irnos? ¿Por qué? —preguntó, desconcertada.

El intérprete se inclinó hacia el anciano con reverencia y le transmitió la pregunta.

Éste respondió una retahíla de palabras incomprensibles, acompañadas de unos reveladores gestos. Nos señaló uno por uno, luego se señaló a sí mismo, se puso la mano en el pecho, y sacando la lengua inclinó la cabeza a un lado.

—Vocês malditos —aclaró Iak—. Si hombre branco quedarse en aldea, nosotros morir.

Perplejo, me volví hacia mis compañeros.

—¿Ha dicho lo que creo que acaba de decir?

—Según el anciano —confirmó el profesor, tan incrédulo como yo—, estamos malditos... y si nos quedamos en la aldea, los mataremos a todos.

—¡Menuda tontería! —repliqué mirando al traductor—. Dígale al chamán que no estamos malditos, y que no vamos a matar a nadie, y que...

—*¡Anú aroa mañá!* —me interrumpió el anciano con impaciencia—. *¡Ta uaré me ilae la aleké anú!*

—Mengké decir que todos blancos traer enfermedad. Si quedarse, nosotros también enfermar y morir.

—Ya lo entiendo —apuntó Cassandra—. Lo que quieren decir, y no les falta razón, es que todos los blancos somos portadores de enfermedades que para ellos pueden resultar mortales, y que si nos quedamos aquí corren el riesgo de contagiarse.

—Un momento —objetó el profesor—. ¿Está hablando de las enfermedades de la época de la conquista? ¡Pero de eso hace ya siglos!

—No sé qué decirle, profesor. Todas estas tribus que viven apartadas del hombre blanco aún no están inmunizadas contra algunas de las epidemias que campan por el mundo. Un simple virus —sentenció—, podría acabar con la mitad de la población de esta aldea.

—¿Y si prometemos no estornudar encima de nadie? —mascullé medio en broma, medio en serio.

Eduardo Castillo, mientras tanto, había dado un paso adelante y se dirigía al chamán con solemnidad.

—Les estamos sinceramente agradecidos por habernos salvado en el río, y le aseguro que no deseamos causarles ningún daño. —Esperó a que se tradujeran sus palabras para proseguir—. Pero aunque queramos, no podemos irnos.

El anciano escuchó sus palabras y respondió a través del traductor.

—Mengké decir que no preocupar. Esta noche poder dormir aquí, y mañana nuestros guerreros llevar en canoa río abajo, hasta siguiente poblado.

—*Moito obrigado* —agradeció el profesor con una inclinación de cabeza—. Pero hemos venido por una razón muy importante y no podemos marcharnos todavía.

Sacó la fotografía de su cartera y se la mostró al anciano.

—Esta es mi hija Valeria —dijo aproximándose, hasta que el traductor tomó la instantánea y se la pasó al chamán—. Sabemos que estuvo aquí hace unas semanas, pero luego desapareció, y hemos venido a buscarla.

El anciano estudió la imagen durante unos segundos, y sin mostrar la menor señal de reconocimiento, negando con la cabeza, se la devolvió a Iak y éste a su vez al profesor.

—Mengké dice que nunca haber visto a esta mujer —dijo al tiempo que le devolvía la foto.

Durante un momento, el profesor se quedó mirando la fotografía sin comprender, como temiendo que no les hubiera mostrado la correcta.

—Pero... tienen que haberla conocido —barbulló, desconcertado—. Ella estuvo aquí, eso es seguro.

El indígena del pantalón de deporte pareció vacilar por un instante, miró al chamán — que negó imperceptiblemente con la cabeza—, y se dirigió de nuevo al profesor.

—Você se equivoca —repuso con un tono que no invitaba a la discusión—. Ninguna mujer branca estar en esta aldea. Jamás.

—Pero...

—¡Kauulé! —exclamó concluyente el chamán, poniéndose en pie con la ayuda de su bastón.

—Jamás —repitió el traductor.

Acto seguido, un par de guerreros se interpusieron entre el brujo y nosotros, y sin rastro de amabilidad nos señalaron la salida.

—Tranquilo, profe —susurré a mi viejo amigo tratando de consolarlo—. A estos no les vamos a sacar nada más, y no creo que nos convenga cabrearlos.

—Pero no es posible —insistía el profesor de historia, con la foto aún en la mano—. Las coordenadas sin duda son las correctas.

—Quizá haya habido algún malentendido. —Cassandra lo tomó del otro brazo con dulzura—. Lo mejor será que les hagamos caso y nos vayamos a dormir. Mañana será otro día.

—Pero es que...

—Cassie tiene razón —argüí tirándole del brazo—. Por la mañana veremos las cosas de otra manera, y volveremos a intentarlo. Ahora hemos de irnos.

—Valeria estuvo aquí —se repitió a sí mismo mientras los guerreros nos acompañaban fuera de la maloka—. *Tuvo* que estar aquí.

Salimos de nuevo al exterior. La pequeña multitud aún permanecía expectante, aunque guardando las distancias en un incómodo silencio.

—No le dé más vueltas —dije viendo como nos escoltaban en dirección a una pequeña palapa algo apartada del resto—. No le quepa duda, que ha de haber alguna explicación lógica a todo esto, ya verá que sí.

—Claro —matizó Cassie consolando al profesor, que rápidamente estaba pasando de la confusión al abatimiento—. Seguro que nos hemos pasado algo por alto, porque lo que parece evidente —se volvió hacia la gran cabaña donde el chamán se había asomado a la entrada y nos observaba mientras nos alejábamos—, es que esta gente no tendría motivos para engañarnos, ¿no os parece?

El lugar donde nos llevaron a dormir no era más que una cabaña sin paredes, lo que en Sudamérica se conoce como palapa, donde habían colgado tres viejas hamacas de los postes que sostenían el techo de palma sobre nuestras cabezas. Ningún objeto de uso cotidiano indicaba que allí viviera nadie, y supusimos que se trataba de una especie de casa de invitados. Un espacio donde las visitas inesperadas podían tender sus hamacas y pasar la noche.

Exceptuando el tenue resplandor de una luna velada por nubes altas y las hogueras del poblado, la oscuridad era casi absoluta, pero aun así, podíamos ver la silueta de dos guerreros que se habían apostado en el exterior haciendo guardia.

—¿Estarán protegiéndonos o vigilándonos? —preguntó Cassandra señalándolos con la cabeza.

La actitud de los guardianes, sentados en un par de troncos y hablando entre sí despreocupadamente, distaba mucho de ser marcial, pero intuía que no se les escapaba nada de lo que sucedía a su alrededor.

—Puedes estar segura de lo segundo —sugerí mirando al profesor, que ya se había tumbado en una hamaca sin decir palabra, y así seguía.

—Pues yo no se lo reprocho —opinó la mexicana, de la que sólo adivinaba el pálido reflejo de la pequeña fogata que habíamos hecho, en su melena rubia—. Lo increíble es que se hayan jugado la vida para rescatarnos de los caimanes, aun sabiendo que somos un riesgo para ellos. Ha sido algo muy noble.

—Sí, muy noble... pero luego no han dudado en darnos la patada.

—¿La patada?

—Por si no te has dado cuenta, nos han echado del pueblo.

—No seas injusto —me recriminó—. Nuestra mera presencia es un peligro para la aldea, y si la hija del profesor no ha estado aquí, es lógico que no acepten nuestra presencia.

—Ya... claro.

—¿Qué insinúas?

—Pues que tengo la desagradable impresión de que lo único que les preocupa es quitarnos de en medio lo más rápidamente posible... y yo no estoy tan seguro de que nos estén diciendo toda la verdad.

Cassandra bufó en la oscuridad.

—No mames, Ulises. No te empeñes en complicarlo imaginándote cosas.

—¿Eso crees? ¿Qué imagino cosas?

—Creo que ha sido un día muy largo y que estás... que estamos demasiado cansados para pensar con claridad. Verás como mañana por la mañana todo te parece diferente, y te darás cuenta de lo equivocado que estás.

—En realidad —intervino el profesor desde su hamaca, meditabundo—. Puede que todo se deba a un error, y que al fin y al cabo, mi hija nunca haya estado aquí.

—¿Ah, sí? —inquirí, escéptico—. Y ¿cómo es eso?

—Veréis... —Se levantó, tomó un palito del suelo y dibujó una línea serpenteante sobre la tierra rojiza—. Como recordareis, os dije que Valeria no había llegado aquí como nosotros, sino que lo había hecho remontando en piragua por el Xingú. —Hizo una marca en un extremo de la línea serpenteante.

—Sí, algo de eso dijo —corroboró la mexicana.

—Eso significa —prosiguió, agachándose—, que debió navegar durante días o semanas, encontrándose sin duda con otras tribus, puede que tanto o más interesantes que ésta.

—¿Adónde quiere ir a parar? —le pregunté sin paliativos.

El profesor Castillo se incorporó, y su voz transmitía algo muy parecido a la esperanza.

—Simplemente, a que quizá Valeria no llegó a pisar esta aldea.

Cassandra miró al profesor con escepticismo, al tiempo que se rascaba la cabeza.

—¿Usted cree que decidió quedarse con alguna otra tribu? ¿En otro poblado?

—Exacto.

—¿No está pasando algo por alto? —pregunté—. ¿Qué me dice de las coordenadas que envió antes de desaparecer? Señalan exactamente este sitio, y no otro.

—Eso también podría tener una explicación —Se quitó las gafas y se puso a limpiar los cristales con una punta de su camisa—. Quizá las coordenadas de este poblado no indiquen el punto en que estaba, sino al que se dirigía. Así que un simple error al transmitir o transcribir el mensaje, puede haber supuesto que estemos en el lugar equivocado.

La arqueóloga sacudió la cabeza, como aclarándose las ideas.

—Un momento —dijo arqueando las cejas—. ¿Está insinuando que alguien confundió «estoy» con «estaré», y que eso ha supuesto que estemos en el culo del mundo con unos indígenas que no nos quieren ni ver, y nos hayamos salvado de milagro de ser devorados por los caimanes?

El profesor asintió con timidez, mirándonos por encima de sus gafas de carey.

—Más o menos... sí, esa es la idea. Lo explicaré todo.

—La gran chucha que me... —blasfemó Cassandra dándose la vuelta para que no la escucháramos.

—No me lo puedo creer... —resoplé dejándome caer de espaldas sobre la hamaca, sin saber si reír o llorar—. No me lo puedo creer....

A medianoche, cuando ya estábamos todos dormidos de puro agotamiento y los dos guardianes ya habían abandonado su puesto, convencidos de que no íbamos a ir a ninguna parte, una silueta se deslizó con sigilo en nuestra palapa. Al notar como alguien me sacudía levemente el hombro, abrí los ojos para encontrarme frente a unas pupilas azules que me miraban con fijeza.

Era el indígena que nos había hecho de traductor unas horas antes, y alumbrado por los rescoldos de la hoguera, pude ver cómo se llevaba el índice a los labios, y me pedía por señas que despertara a Cassie y al profesor.

—¿Qué quieres, Iak? —le espeté, huraño, con la boca pastosa—. ¿Has venido a meternos prisa para que nos vayamos?

El indio bajó la cabeza con turbación.

—Yo traerles algo —dijo en voz baja

—¿Un regalo de despedida? —pregunté sin disimular mi mal humor.

—No, no... —repuso ajeno a la puya—. Ser un... un... —pareció buscar la palabra adecuada por un momento, y al no encontrarla, puso sobre su regazo una bolsa tejida con hojas que llevaba del hombro.

Entonces introdujo la mano en la bolsa y sacó de su interior un herrumbroso estuche de latón del tamaño de una caja de zapatos, en cuya tapa se adivinaba el relieve de lo que parecía ser un repujado escudo.

Iak me acercó el estuche con gran reverencia sin dejar de mirar alrededor, al parecer preocupado porque alguien pudiera verlo.

—Esto pertenecer a mi padre —dijo solemnemente—. Y antes pertenecer al padre de mi padre, y por él, dar nombre Iak a mí.

Desencajó la tapa de la caja con dificultad, por lo que me figuré que no debía abrirla muy a menudo.

—Yo ser culpable de que hombres blancos ir a tierra de morcegos —musitó—. Ancianos prohibirme, pero yo querer saber de mi abuelo. —Iak me miró con desconsuelo, diría que buscando comprensión o incluso redención—. Yo no obedecer, y mostrar esto a mujer de fotografía... Dos días después, ella marchar.

—Repite eso —le insté acercando mucho mi cara a la suya—. ¿Me estás diciendo que ese viejo nos ha mentado? ¿Qué la mujer blanca, realmente sí que estuvo aquí?

El indígena asintió con gesto contrito.

—Mengké decir mentira para bien de todos —le excusó, sin embargo—. Él no gustar mentira.

Seguidamente rebuscó en el interior, y a la luz de mi linterna pude entrever en aquella caja unos cuantos objetos como sacados de un anticuario: entre ellos un reloj de bolsillo, viejas fotos en sepia casi desvanecidas, una sencilla brújula engarzada a una fina cadena de plata y lo que parecían los restos de un sextante oxidado. Pero lo que Iak sacó de su interior, sin embargo, fue un libro que debía haber estado originalmente empastado en piel, pero que ahora aparecía cuarteado y mohoso con el quebradizo aspecto de un pastel de hojaldre.

Entonces alargó la mano y se ofreció a que lo examinara.

Mudo de sorpresa, me quedé mirando a Iak con un centenar de dudas que plantearle. Bajé la vista hacia el libro que ahora sostenía entre mis manos y lo abrí, y a pesar de lo amarilleado del papel y los hongos de humedad que lo ennegrecían, pude leer el encabezamiento de la primera página.

Al hacerlo, el corazón me dio un vuelco, intuyendo que allí podían estar las respuestas a muchas de nuestras preguntas, e incluso a las que aún no habíamos formulado.

—Cassie. Profesor —les llamé en susurros, haciendo un esfuerzo por dominar la excitación—. Tenéis que venir a ver esto.

Haciendo corrillo, nuestras tres cabezas se inclinaban sobre el libro que ahora sostenía Cassandra sobre las rodillas, y que a la postre, tampoco había resultado ser un libro.

La escritura, abigarrada sobre unas hojas que un día fueron blancas con el trazo firme de una pluma, delataba que aquello era en realidad un diario. Un diario escrito en inglés, y cuyo encabezamiento —el mismo que había leído yo hacía un minuto— tradujo Cassie a la vez que lo leía.

—«Este es el diario de Jack Fawcett, y de la fatídica expedición que nos llevó a mi padre, el coronel Percy Harrison Fawcett, a mi fiel amigo Raleigh Rimell (descansen ambos en paz) y a mí mismo, a descubrir la Ciudad Perdida de Z.»

La mexicana alzó la vista como un resorte, encontrándonos al profesor y a mí con la boca abierta y sin poder levantar la vista de aquella primera página apolillada de melancolía.

—¿Qué es la Ciudad Perdida de Z? —inquirió, desconcertada.

—No lo sé —masculló el profesor—. Nunca había oído hablar de ella.

—Quizá más adelante lo explique —sugerí.

—¿Y dices que perteneció a tu abuelo? —quiso saber el profesor dirigiéndose a Iak, que sentado frente a nosotros nos observaba con atención.

El indígena asintió.

—Ningún menkragnoti entender símbolos de hombre blanco, pero mi abuelo entregar a mi padre, y mi padre entregar a mí, para cuidar y dar, antes de yo morir, a mi propio hijo.

—¡Claro! —irrumpió Cassandra dándose una palmada en la frente—. De ahí su nombre. En realidad no es Iak, sino Jack. Como su abuelo Jack Fawcett, el autor del diario.

—Eso explicaría también sus ojos azules —apuntó el profesor Castillo.

—¿Usted también cree que es auténtico? —le pregunté.

Mi viejo amigo estaba tan concentrado en sus pensamientos, que mi pregunta le tomó por sorpresa.

—¿Auténtico, dices? —contestó mirándome por encima de sus gafas—. Por supuesto que creo que es auténtico. Pero lo realmente importante —dijo poniendo el índice sobre la cubierta—, es que aquí dentro está la clave para saber qué ha sido de mi hija. Si damos crédito a lo que afirma Iak, Valeria estuvo en este mismo pueblo, leyó éste mismo diario y se marchó dos días más tarde. Ergo, si averiguamos lo mismo que ella averiguó en estas páginas —concluyó con creciente entusiasmo—, quizá podremos deducir adónde se dirigía, por qué lo hizo, y luego seguir sus pasos hasta encontrarla.

La primera parte del diario —al menos la parte legible—, versaba sobre la infancia y adolescencia del propio Jack, y daba algunos apuntes de la trayectoria de su padre.

Al parecer, el coronel Percy Harrison Fawcett había sido un auténtico aventurero, un explorador con todas las letras, quizá el último del siglo XX. Miembro fundador de la Royal Geographic Society y amigo de personajes como Sir Arthur Conan Doyle —quién según Jack, había tomado experiencias de su padre para el argumento de su famosa novela *El mundo perdido*—, este inglés nacido en Devon en 1867 realizó nada menos que siete

expediciones a la selva amazónica entre 1906 y 1924, financiado por los gobiernos de Perú, Bolivia y Brasil para establecer unos límites claros en las fronteras selváticas de estos tres países, llevándole a explorar buena parte de la Amazonia y adentrarse en lugares a los que nadie había llegado antes y —según palabras textuales de Jack—, difícilmente nadie volvería a llegar.

En el transcurso de estas expediciones, *Padre* —como le llamaba Jack en su diario— había entablado contacto con decenas de tribus indias que jamás habían visto u oído hablar del hombre blanco. La mayoría de estas tribus desconocidas habían resultado ser amistosas, hospitalarias y socialmente avanzadas, aunque otras no parecían haber superado aún la edad de piedra, y degeneradas por prácticas como la antropofagia a duras penas se podía calificar a sus miembros como seres humanos.

Pero lo que verdaderamente marcó la vida de Percy Fawcett, y en consecuencia la de su hijo Jack y su amigo Raleigh, fueron las leyendas que circulaban en el Amazonas sobre una fabulosa ciudad perdida, que el coronel había decidido bautizar con el enigmático nombre de «Z».

A cada viaje, Percy Fawcett acumulaba más y más relatos que trataban sobre la historia y el destino de aquel quimérico enclave, y, proporcionalmente, crecía su obsesión por encontrar la prueba que confirmase su existencia. Una prueba que encontró finalmente en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, al leer un manuscrito firmado por el canónigo J. de la C. Barbosa, en el que relata el increíble viaje de un tal Francisco Raposo al Mato Grosso. En el manuscrito se detalla que Francisco Raposo, guiando un grupo de dieciocho colonos a través de la selva en busca de tierras fértiles en las que establecerse, cruzó montañas, pantanos y ríos hasta llegar a las orillas del Xingú, y una vez allí, huyendo de indios hostiles, tropezaron con los vestigios de una gran ciudad abandonada muchos siglos atrás.

Esto era todo lo que Percy Fawcett necesitaba para convencerse —si no lo estaba ya—, así que siguiendo las vagas pistas del manuscrito decidió partir de inmediato en busca de Z, llevando a Raleigh y a su hijo Jack —jóvenes, fuertes y rebosantes de entusiasmo— como única compañía. Vendió la exclusiva de su futuro descubrimiento a una editorial norteamericana, y con ese dinero y algo más que logró recaudar de algunas sociedades geográficas, organizó la expedición rápidamente, y a principios de 1925 abandonaban la brasileña ciudad de Cuiabá, cerca de la frontera boliviana, acompañados de seis porteadores, ocho mulas y dos perros llamados Pastor y Chulim.

A partir de ese punto, las páginas que detallaban las primeras semanas de viaje se encontraban tan deterioradas que resultaba imposible descifrarlas, de modo que la primera entrada al diario legible estaba fechada el 29 de mayo de 1925, y decía así:

Hoy dejamos atrás el campamento que Padre llama Caballo Muerto, porque en una expedición anterior perdió aquí un caballo al ser mordido por una serpiente venenosa. Los dos días de descanso nos han sentado maravillosamente, pues la marcha desde Cuiabá ha sido larga y penosa —¿quién en la domeñada Inglaterra, podría imaginar que recorrer poco más de doscientas millas a través de la jungla, puede llevar casi dos meses!—. Raleigh se encuentra algo mejor de su pierna, aunque las picaduras de garrapata siguen infectadas y aún cojea, pero es fuerte y no me cabe duda de que sanará. Padre, sin embargo, parece sano como un roble, y aunque tiene más del doble de mi edad y ha adelgazado ostensiblemente

desde que partimos, no ha rebajado un ápice el ritmo de la marcha y puedo ver como la llama de la obstinación brilla permanentemente en sus ojos.

Hemos despedido a los porteadores con cartas para la familia, quedándonos con seis mulas y los perros, pues Padre no desea que nadie más sepa adónde nos dirigimos. (fragmento ilegible) ... jefe del poblado Kayapo nos ha advertido reiteradamente sobre los morcegos, una tribu misteriosa que afirma que mora en el lugar al que nos dirigimos, y a la que todos los demás pueblos de la región temen como al mismísimo diablo. Padre, sin embargo, insiste en que se trata sólo de un mito, el equivalente al «hombre del saco» occidental, y que en sus veinte años de experiencia recorriendo esta parte del mundo, jamás se ha encontrado con ninguna tribu con la que, con respeto y humildad, no se pudiera tratar amistosamente por muy belicosa que fuera en principio. Lo cierto es que los relatos sobre la inhumana maldad de los morcegos parecen a todas luces exagerados, fruto de leyendas y cuentos para no dormir, así que sin duda Padre está tiene razón, y el encuentro con esa desconocida tribu no ha de ser más problemático que con los temidos jíbaros, o los esquivos yanomamis.

Sea como sea, pronto pisaremos donde ningún hombre blanco ha hollado jamás, y descubriremos lugares ignotos para el resto de la humanidad. A partir de este momento, comienza el verdadero viaje.

Que Dios nos asista.

Pero justo entonces, cuando nos encontrábamos embelesados ante aquel increíble relato que Cassandra traducía para todos en voz alta a la luz de la hoguera, surgiendo de la oscuridad como un espectro, apareció el anciano hechicero Mengké apoyado en su bastón, acompañado de seis ceñudos guerreros armados con lanzas.

Apuntando con su cayado al indígena de ojos azules, el chamán le increpó en su indescifrable lengua y arrancó el diario de las manos de Cassie, ojeándolo malhumorado mientras meneaba la cabeza.

Por último nos miró largamente a los tres, y con un gesto que no admitía discusión nos ordenó que lo siguiéramos.

Custodiado a ambos lados por los guerreros menkragnotis, tuve un mal presentimiento. Imagino que muy similar al que tienen las ovejas camino de las reuniones de pastores.

—Me parece que no le ha hecho mucha gracia —susurré mientras caminaba—, que Iak nos enseñe el diario de su abuelo.

Me volví hacia el profesor y, para mi sorpresa, en lugar de mostrar preocupación por lo delicado del momento o lo afilado de las lanzas, lo que se leía en su rostro era un cabreo soberano.

—Este malnacido nos han engañado desde el principio... —barruntó entre dientes.

—Tranquilo, profesor —dijo Cassandra tomándole del brazo para tranquilizarle—. Si nos ha mentado será por algo, y será mejor ir de buenas si queremos averiguar lo que en realidad ha pasado con su hija.

El profesor respiró hondo mientras seguía, como nosotros, los pasos del chamán de nuevo en dirección a la maloka, haciendo un esfuerzo por controlar su creciente enfado.

En cuanto entramos por segunda vez esa noche en la gran cabaña comunal, nos dimos cuenta de que algo había cambiado. A pesar de la actitud intimidatoria de los guerreros, a la luz de la hoguera que ardía en el centro de la gran estancia, creí distinguir en los ojos del anciano hechicero el rastro de algo que bien podría interpretarse como disculpa, o incluso culpabilidad.

Con un gesto nos invitó a sentarnos sobre unas esteras de palma, y seguidamente soltó un breve discurso en voz muy baja.

—Nosotros sentir mucho —tradujo Iak al cabo, casi en el mismo tono—. Pero no tener otro remedio, que no decir verdad.

—Está bien, está bien... —le interrumpió con impaciencia el profesor—. Lo que quiero saber es qué ha pasado con mi hija, y por qué nos han mentado.

El traductor remitió las palabras de mi amigo al anciano, que parecía haber perdido algo de su altivez.

—Hombre blanco maldito para menkragnoti —sentenció en boca de Iak, como si se tratara de algo tan obvio que no requiriera mayor explicación—. Si nosotros decir verdad, ustedes desaparecer como mujer que buscan. Luego venir más hombres blancos a buscar ustedes, y luego más... hasta fin de los menkragnoti.

—Eso no tiene sentido —le espetó el profesor—. Y además, no entiendo... ¿Dice que nosotros vamos a desaparecer igual que mi hija? ¿Por qué? —inquirió con ansiedad—. ¿Dónde está ella?

De nuevo hubo un intercambio de palabras entre los indígenas, y como respuesta Iak simplemente se encogió de hombros.

—No sabemos.

—¡Cómo que no lo saben! —estalló el profesor perdiendo la calma—. ¿Es que me toma por tonto? ¡Dígame dónde está mi hija!

—Decir verdad —afirmó el intérprete, contrito—. Ella estar con nosotros, pero luego marchar junto con otros que acompañaban.

—Eso ya lo sabemos —replicó con impaciencia—. Pero ¿adónde se marchó?

Iak tradujo al profesor, y el chamán nos miró con la desolación pintada en el rostro. Señalando algún lugar más allá de las paredes de la maloka, dijo, temeroso:

—*Menka tamú taj...*

Iak se quedó contemplando al anciano Mengké, y tras vacilar por unos instantes se giró hacia nosotros con el rostro demudado, reacio a repetir aquellas palabras.

Los tres mirábamos al traductor, esperando la respuesta con preocupación.

Con la cabeza gacha, el indígena parecía de nuevo rebuscar la palabra adecuada en su limitado vocabulario.

—A Infierno —dijo al fin, con un hilo de voz—. Mujer branca no escuchar advertencias de Mengké... y ahora ella estar en Infierno.

Un pesado silencio cayó como una losa, sobre todos los que estábamos bajo el techo de la maloka. Pero quien realmente me preocupaba era el profesor, que se había quedado lívido al oír aquello.

—¿Dicen... —preguntó luchando para conseguir que el sonido saliera de su boca— que mi hija, está...?

Iak lo miró sin comprender.

—Ella ir a Infierno —repitió subrayando las palabras.

A pesar de la dramática afirmación, yo no estaba seguro de interpretarla correctamente y tenía la corazonada de estar perdiéndome algo en la traducción.

—Pero... ¿cómo? —le interrogué, temeroso de escuchar la respuesta—. ¿Quiere decir que murió?

Me interrumpí al notar una mano posándose en mi hombro. Era Cassie, que me señalaba al profesor con la cabeza. Éste se había cubierto la cara con las manos y parecía sollozar en silencio.

—Ulises... —susurró la mexicana.

Con voz afligida, Mengké dijo unas pocas palabras a Iak, que tradujo quedamente.

—Mengké dice que sentir mucho, pero aunque advertir a mujer branca, ella querer ir a Infierno.

—¿Perdón? —pregunté sintiéndome cada vez más confuso con todo aquello.

—Mengké decir a mujer branca que no ir a Infierno —repitió el traductor—. Pero ella escapar de noche con los otros, y ahora no saber si estar viva.

Sacudí la cabeza, intuyendo el origen del error.

—Un momento... —dije alzando la mano—. ¿Infierno es... un lugar?

El traductor me miró como si le hubiera preguntado de dónde vienen los niños.

—Nosotros llamar *Menka tamú*, pero no conocer palabra igual en su idioma —repuso, y señalando en la misma dirección en que lo había hecho el chamán sutilmente cuando se refería a ello, añadió—: Nosotros llamar así a lugar donde nadie ir y nadie volver. Donde sólo vivir demonios.

El profesor Castillo había recuperado el color en la cara, y aunque aún tenía los ojos rojos y el rostro desencajado, parecía recuperado del golpe que le había supuesto creer por un momento que había perdido a Valeria para siempre.

De algún modo, a partir de ese instante la relación con los menkragnoti dio un nuevo giro, y pasamos de ser visitantes incómodos, a algo así como parientes en la desgracia. Mengké incluso nos invitó a sentarnos en un banco reservado para los miembros del consejo, y los guerreros salieron de la maloka a una orden del chamán, con lo que ya no sentíamos su inquietante presencia en el cogote.

—¿Por qué llaman Infierno a ese lugar? —preguntó Cassandra.

Iak pasó la pregunta al chamán, y seguidamente nos tradujo su respuesta.

—Yo aprender esa palabra en su lengua. Hombre blanco llamar Infierno a lugar de dolor y muerte, ¿no? *Menka tamú* ser lugar de sufrimiento donde nada vivir, sólo demonios morcegos.

—Demonios morcegos —repitió Cassie, pensativa—. ¿No es esa la tribu que menciona Jack Fawcett en su diario?

—Antes quizá ser tribu, pero ya no ser —traducía Iak la respuesta de la boca del chamán—. Antes quizá ser hombres, pero ahora...

—¿Los morcegos son enemigos de los menkragnoti? —aventuré imaginando que iban por ahí los tiros.

Iak meneó la cabeza.

—Los morcegos ser enemigos de todos los hombres —puntualizó—. Enemigos de los espíritus del bosque, de los dioses y de la luz del sol. Ser malditos por comer carne impura. Ser la muerte —concluyó, sombrío—, y *Menka tamú* ser su hogar.

—¿Carne impura?

—¿En su tribu, la carne de hombre no ser impura? —replicó Iak mirándome extrañado.

—¿Quiere decir que son... caníbales? —inquirió Cassandra con aprensión.

El profesor Castillo empezó a sudar, apretándose una mano contra la otra sin poder ocultar su creciente inquietud.

—¿Y dicen ustedes —dijo ronco de ansiedad— que mi hija ha ido a ese... *Menka tamú*?

—Nosotros no poder evitar —lamentó Iak, cabizbajo—. Ella no decir.

—Pero... ¿por qué? —preguntó lamentándose—. ¿Por qué querría mi hija ir a ese lugar?

—Recuerde que es antropóloga —apuntó Cassandra leyéndome el pensamiento—. La posibilidad de descubrir a una tribu desconocida aún no contactada, y mencionada además en el diario de Fawcett, debió de ser una tentación demasiado fuerte para ella.

—Sí, pero Valeria había venido a estudiar a los menkragnoti —objetó el profesor—. No se cambia el objetivo de una expedición así como así.

—Pues yo diría —alegué mirándolo de reojo—, que eso fue exactamente lo que hizo.

Los gritos de los animales nocturnos, al otro lado de la fina pared de hojas que nos separaba de la selva, sumados a la penumbra que nos rodeaba apenas diluida por la luz de la tímida hoguera, multiplicaban la sensación de irrealidad que estábamos viviendo.

—En el diario de tu abuelo —intervino inesperadamente Cassie con voz pensativa, dirigiéndose a Iak—, se menciona también una ciudad perdida en ruinas, a la que él llamaba «Z». ¿Saben ustedes algo de eso?

El aludido tradujo directamente a Mengké, como si la pregunta no hubiera sido formulada a él, y esperó a la respuesta del anciano para contestar.

—No conocemos —afirmó, y prosiguió traduciendo las palabras que salían de la boca del chamán—. Pero leyendas hablar de lugar donde vivir hombres antiguos, antes que menkragnotis llegar a estas tierras, aunque nadie saber dónde estar exactamente. Leyenda decir que ser gran ciudad de piedra negra como noche más oscura, y por esos nosotros llamar Ciudad Negra. Pero nadie haber visto jamás —añadió señalándose los ojos con el índice y el anular—, porque sólo ser leyenda.

Las últimas palabras de Iak habían quedado flotando en el aire como una nube de humo que, sólo por referirnos a ella, pudiera desaparecer.

—¿Esa leyenda de la Ciudad Negra... —preguntó el profesor lentamente al indígena de ojos azules— se la explicaron también a mi hija?

—Como yo contar a ustedes.

—Entonces —intervino Cassie tratando de desenredar aquel embrollo mientras dirigía su mirada al techo de hojas de palma—, si lo he entendido bien, le contaron esta leyenda a Valeria... a la mujer blanca —aclaró bajando la vista hacia Iak—, y tras mostrarle el diario, ella se fue con todo su equipo a buscar las ruinas de esa ciudad perdida, que según el diario está en algún lugar del territorio morcego.

—Encontrando la Ciudad Negra —resumió el profesor—, encontraría la ciudad de Z de Fawcett...

—Y encontrando Z... —puntalicé— creyó que encontraría a los morcegos.

El enigma de la desaparición de Valeria comenzaba a cobrar sentido, una vez que juntando las piezas de la antigua leyenda menkragnoti y el diario de Percy Fawcett, ambos parecían referirse a un mismo lugar con diferente nombre. El lugar donde la audaz antropóloga pensaba encontrar a la misteriosa tribu de los morcegos.

Sólo había un importante detalle, cuya ausencia impedía completar el cuadro.

—¿Dónde está la Ciudad Negra? —espeté sin preámbulos.

Iak miró por un segundo al chamán antes de contestar.

—No saber... —replicó oscilando la cabeza de lado a lado—. Nosotros contar leyenda de los hombres antiguos, aunque advertir de no ir allí. Y luego mostrar a mujer blanca libro de mis antepasados, pero no decir cómo llegar a Ciudad Negra... —objetó encogiéndose de hombros— porque nadie saber dónde estar.

A pesar de la aparente sinceridad de Iak, en aquella madeja siempre acababa quedando un cabo suelto.

—Un momento —insistí, confuso—. Ustedes han afirmado hace un momento, que esa ciudad de los hombres antiguos se encuentra en territorio morcego, ¿no?

Iak me miró como a un niño que persistiera con una pregunta tonta.

—Territorio morcego ser muy grande. Sin saber adónde ir, poder estar años caminando por selva sin encontrar nada, ser inútil buscar Ciudad Negra o tribu de morcegos sin saber. Y además —puntualizó con expresión preocupada—, si ellos encontrar a hombres blancos en sus tierras... —dejó la frase en el aire para que nosotros mismos imagináramos las consecuencias.

Entonces, el profesor retirado de Historia Medieval y padre de Valeria, se quitó las gafas, enjugándose la frente con la sucia manga de su camisa.

—De modo que mi hija —concluyó volviéndose a colocar las gafas con mano temblorosa—, ha ido a buscar a esa tribu de caníbales morcegos a la que todos temen. Sin saber exactamente dónde se encuentra, y adentrándose en un territorio inexplorado que ustedes, que viven en la selva, conocen como el Infierno. —Respiró profundamente, exhalando el aire con infinito cansancio—. Les quiero hacer una pregunta, y les ruego por Dios que sean sinceros en su respuesta. ¿Creen que volveré... a ver a mi hija con vida?

Iak tradujo la pregunta a Mengké en un apenado susurro. Luego el chamán bajó la mirada, y apretando los labios negó pesadamente.

De vuelta en nuestra palapa Cassie y yo nos sentamos en los mismos tocones en que lo habíamos hecho menos de dos horas antes. Pero nosotros en cambio, ya no éramos los mismos.

El profesor permanecía sumido en un mortificado silencio, algo apartado de nosotros en la oscuridad, con la cabeza gacha y la vista clavada en la punta de sus botas, como si ahí se encontrara la respuesta a su desesperanza.

Cassandra, también en silencio pero sentada a mi lado, jugaba pensativa con la esfera de su reloj sumergible con la mirada perdida. Mientras, yo no dejaba de darle vueltas a lo que acababan de explicarnos en la maloka, y no podía quitarme de la cabeza la idea de que aún faltaba una última pieza en aquel inaudito rompecabezas.

—¿No te parece que todo esto —consideré casi hablando conmigo mismo—, es demasiado... inverosímil?

Cassandra se volvió hacia mí, arqueando una ceja.

—Ulises... —resopló señalando a su alrededor—. Estamos con una tribu en la selva del Amazonas, buscando a una hija desconocida del profesor, que a su vez, ha ido a buscar una tribu misteriosa que parece vivir en una ciudad perdida, de la que yo, que soy arqueóloga, nunca en mi vida he oído hablar. Y eso sin contar —añadió con una sonrisa torcida—, con que hace unas horas, nos salvamos por los pelos de morir devorados por una jauría de caimanes, poco después de precipitarnos por una catarata en un hidroavión. ¿Qué parte de esta pinche historia —preguntó alzando las cejas— es la que te parece inverosímil?

—Sí, ya lo sé —admití obviando el sarcasmo—. Pero es que no me parece creíble que, basándose sólo en conjeturas y coincidencias, un grupo de científicos se adentre en la selva

por las buenas, sin saber muy bien adónde ir. No sé... —chasquéé la lengua— me parece que esas cosas sólo suceden en las películas.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—Yo tampoco estoy seguro. Es sólo que, diría que todavía hay cosas que no nos han contado.

—¿Como qué?

—Ni idea —admití, observando como la silueta de Iak atravesaba la plaza de vuelta a su cabaña—. Pero de un modo u otro, tenemos que averiguarlo.

El profesor Castillo, mientras tanto, había levantado por fin la vista del suelo para volverse hacia Cassandra, a quien estudiaba con repentino interés.

—Perdona, querida —dijo acercándose con una forzada calma en la voz—. Pero ¿te importaría aclararme esa parte, en que nos hemos precipitado por una catarata en un hidroavión?

A primera hora de la mañana siguiente decidimos ir a recuperar todo el equipo que habíamos dejado en el islote del río. Tras convencer a Mengké de que ese era el medio más rápido para que nos fuéramos por donde habíamos venido —y mentirle como bellacos, asegurándole que intimidados por su relato no teníamos intención alguna de ir tras los pasos Valeria—, el jefe de los menkragnoti nos dio todas las facilidades para hacerlo, asignándonos una docena de hombres que nos acompañarían y ayudarían, primero a alcanzar el banco de arena con sus canoas, y luego a transportarlo todo hasta el poblado.

Recorríamos el mismo sendero por el que habíamos caminado esa misma noche, guiados de nuevo por unos guerreros menkragnotis que, en el más absoluto silencio, parecían levitar a unos centímetros sobre la tierra en lugar de caminar sobre ella. Mientras nosotros no hacíamos más que pisar ramas y tropezar con todo lo tropezable, ellos no hacían el menor ruido y se deslizaban tan grácilmente entre la vegetación como lo haría un pez por el agua.

Comprendí entonces, al verlos moverse de ese modo, que aquellos hombres estaban tan adaptados a ese entorno como pudieran estarlo los jaguares, los pájaros o los monos que constantemente saltaban de árbol en árbol sobre nuestras cabezas. O mejor dicho, no se trataba de adaptación, sino de integración. Quizá aquellos indígenas eran la única representación de la especie humana que se había convertido en parte del hábitat en que vivían en lugar de pretender cambiarlo y adaptarlo a sus necesidades, como hemos hecho el resto de civilizaciones durante miles de años.

A nuestros ojos occidentales podían parecer ignorantes y primitivos, pero habían logrado una armonía con la Tierra que nosotros jamás podríamos alcanzar, por muchas flores que nos pusiéramos en el pelo y mucho eslogan ecologista que nos empeñásemos en repetir.

Caminando a la cola de la sigilosa fila de los menkragnotis, marchaba el profesor Castillo concentrado en no pisar nada que reptara. Lo seguía Cassandra, quien con el paso ágil de alguien habituado al trabajo de campo, parecía estar disfrutando de la caminata. Y en último lugar iba yo, con la mirada perdida en el vaivén de la pequeña coleta de la mexicana que, como el reloj de un hipnotizador, me hizo retroceder en el tiempo hasta llevarme al desierto de Mali. En aquel lejano rincón del Sahara, no hacía tanto tiempo, había nacido una hermosa historia de amor que, sin saber cómo, había empezado a descomponerse desde el momento en que decidimos vivir juntos en Barcelona, y enfrentarnos a una rutina para la que ninguno de los dos estábamos...

—¿Qué onda? —dijo un voz frente a mí.

Parpadeé un par de veces, confuso al encontrarme de vuelta en el mundo real. Las pupilas de Cassie me escudriñaban con curiosidad.

—¿Todo bien? —preguntó la arqueóloga, que se había girado pero seguía andando de espaldas—. Llevas todo el camino sin abrir la boca. ¿Pasa algo?

—No, en absoluto —contesté meneando la cabeza—. Sólo estaba distraído, pensando en mis cosas.

—En tus cosas —repitió, y entrecerrando los ojos se dio la vuelta y siguió caminando, volviéndose una vez para repetir de nuevo con una indescifrable sonrisa de Gioconda—: En tus cosas...

Pocos minutos más tarde el espeso bosque comenzó a clarear, y supuse que por fin estábamos acercándonos al río.

El rugido del agua se fue haciendo cada vez más ensordecedor, mucho más de lo que lo recordaba la noche anterior, aunque también resultaba lógico —pensé— después de habituarme las últimas doce horas a la relativa quietud de la selva.

Para cuando me aproximé a la orilla los menkragnotis habían llegado ya y, extrañado, advertí cómo se asomaban al río, señalando el cauce y dando voces.

Entonces vi como el profesor, apoyado en un tronco, meneaba la cabeza con gesto desolado, y Cassie se llevaba las manos a la frente con incredulidad.

—No, no, no... —repetía la mexicana—. Nos llevó la chingada...

Desconcertado, llegué junto a ellos en dos zancadas, para comprobar que, por desgracia, sus reacciones no eran en absoluto exageradas.

Los caimanes, se diría que tras un arrebato de justa venganza por sus congéneres caídos, se habían tomado la revancha de la noche anterior.

Como una horda de Atilas acorazados, habían decidido cobrarse la sangre fría derramada de sus hermanos, tomándola con nuestras bolsas y equipo.

No sólo lo habían destrozado todo metódica y sistemáticamente, sino además habían esparcido su contenido por el banco de arena —aunque ahí ya no quedaba gran cosa—, las márgenes del río y las rocas que sobresalían del agua en medio del cauce. Incluso algunas prendas habían terminado de algún modo enganchadas en los propios caimanes que ocupaban ahora su pequeño islote, y que al lanzarse contra nuestro equipaje debían haberse enredado en ellas. Así, mientras un ejemplar pequeño llevaba alrededor del cuello una de mis camisetas con la cara de Sabina y su bombín, otro, que era al que señalaban los menkragnotis con más insistencia matándose de la risa, lucía en la cabeza cual estrambótico sombrero, un sujetador deportivo blanco de la talla 95.

No sé qué nos sentó peor, si la pérdida de todo el equipo o el cachondeo que se traían los menkragnotis con el tema. Que mucho rictus impasible y mucho aire circunspecto, pero a la hora de mofarse de la desgracia ajena perdían del todo la compostura.

—No veo el maletín —dijo entonces Cassandra con preocupación, mirando a un lado y otro, abstrayéndose del alboroto.

—¿El maletín negro? —pregunté, sobresaltado.

—Ya no está. Ha desaparecido —confirmó volviéndose hacia mí con el ceño fruncido.

Haciendo visera con la mano me asomé todo lo que pude a la orilla, y aguzando la vista constaté que tenía razón. Sobre la amarillenta arena del pequeño islote, una decena de caimanes se calentaban al sol con las mandíbulas abiertas rodeados por los despojos de nuestro equipaje... pero no había ni rastro de la caja de aluminio donde protegíamos el equipo más delicado y, lo que era peor, mucho peor, también había desaparecido el pequeño maletín de plástico negro donde habíamos traído el GPS y el teléfono satelital.

Los dos únicos instrumentos que nos habrían permitido seguir buscando a Valeria, debían de estar a esas alturas flotando río abajo camino del Atlántico.

—Esto se ha acabado... —musitó el profesor, derrumbándose con la voz rota—. Se ha acabado. Ahora ya no tenemos ni una sola oportunidad.

Abatidos, y sin siquiera ánimos para llegar hasta el banco de arena para recuperar alguna prenda que no hubieran destrozado los caimanes, nos limitamos a recorrer parte de la orilla y recoger lo poco que la corriente había dejado enganchado en ramas y raíces.

Ayudados por los menkragnotis —que aun sin entender del todo la razón de nuestra profunda decepción, habían dejado de reírse al ver nuestras caras—, en cosa de una hora recuperamos un par de pantalones, varias camisas, algunas piezas de ropa interior y una pequeña mochila roja. Y con ese patético bagaje emprendimos el regreso a la aldea en silencio, con la cabeza gacha y el convencimiento de que nuestra improvisada operación de rescate había llegado a su fin.

En realidad, incluso nosotros mismos encontraríamos graves problemas para regresar a la civilización. Ya no teníamos manera de contactar con el hidroavión de AZS para que viniera a buscarnos, y la cabina de teléfono más cercana, estaba a varios cientos de kilómetros y siete cataratas de distancia río abajo.

De regreso al poblado Iak vino corriendo a decirnos que, tras mucho rogar, Mengké había accedido a devolverle el diario de su abuelo. De modo que, tratando de no pensar en la fatalidad que parecía empeñada en perseguirnos, y con la esperanza de averiguar algo más de lo poco que sabíamos, rápidamente nos dispusimos a leer el resto de páginas que aún resultaban legibles.

Para cuando terminamos de hacerlo, aquellos fragmentos —que por desgracia no representaban más que un mínimo del total del diario— habían arrojado suficiente luz como para hacernos una idea de lo que había supuesto aquella fabulosa expedición de hacía casi un siglo. Aunque por desgracia la segunda mitad del diario había sido devorada por la humedad y los hongos, y nada pudimos averiguar sobre los últimos días de Percy y Jack Fawcett, o las circunstancias que llevaron a este último a terminar en aquella remota aldea a la orilla del río Xingú.

—Lo único que sabemos con certeza —murmuraba Cassie levantando la vista del texto tras pasar varias horas estudiándolo—, es que el diario es auténtico y que Jack Fawcett es el abuelo de Iak. Todo lo demás —chasqueó la lengua—, yo lo pondría en cuarentena.

—¿Y eso por qué? —preguntó el profesor señalando el libro que ella aún mantenía sobre las rodillas—. A mí me parece bastante convincente.

—Lo es. Pero lo que cuenta es tan... —tardó unos segundos en encontrar el adjetivo adecuado— descabellado, que me cuesta aceptarlo como cierto.

—¿Te refieres a lo de la Ciudad Negra?

—Escuche esto —dijo volviendo la vista al diario—: «... el sendero de piedra desembocó en una calzada mucho más amplia, y, al poco, los restos de una arcada de dimensiones ciclópeas nos dieron la bienvenida a lo que en su tiempo debió ser una gran plaza rodeada de magníficos edificios de piedra y mampostería. Padre dejó su mochila en el suelo, e hincándose de rodillas con los brazos abiertos rió a carcajadas, de pura felicidad. Raleigh, olvidándose de su maltrecha pierna empezó a saltar de alegría como un volatinero, y yo elevé al cielo una plegaria de agradecimiento por habernos concedido la gracia de sobrevivir hasta este día de Navidad de 1925, en el que hemos encontrado al fin la Ciudad Perdida de Z, tal como la bautizó mi padre hace ya una década, cuando no era más que una remota suposición, que...»

La mexicana levantó la vista y se volvió hacia el profesor, encogiéndose de hombros.

—Y hasta aquí puedo leer. Las siguientes páginas se las ha comido el moho.

—Bueno, no sé —me encogí de hombros—. Admito que es un poco raro, pero...

—¿Raro? —replicó con una mueca—. Raro sería verte a ti lavando los platos. Esto es...

—Meneó la cabeza sin llegar a decir nada—. Profesor —dijo volviéndose de nuevo hacia él—, jamás se ha encontrado nada más grande que una aldea de adobe a este lado de la cordillera de los Andes, y usted lo sabe; así que una ciudad como la que describe Jack Fawcett en este diario, oculta en mitad de la Amazonía, resulta... caramba ¡Resulta imposible!

—Yo diría que *imposible*, es una palabra demasiado categórica, señorita Brooks.

—Llámelo como quiera, pero el hecho es que no puede ser —insistió—. Aunque la arqueología no es su campo, usted es profesor de Historia y sabe tan bien como yo que las civilizaciones no son islas, sino consecuencias de su entorno. Las ciudades no surgen de la nada como por arte de magia; ha de existir una base cultural, económica y social sobre la que fundamentar su crecimiento. En el Amazonas, de momento, no se ha descubierto ninguna, así que no parece probable que exista una sola, perdida en medio de la jungla.

—Quizá esta sea la excepción que confirma la regla.

Cassie lo miró con una mezcla de impaciencia y compasión.

—Entiendo que usted quiera creer que ese lugar exista, pero me temo que su hija ha ido en busca de una alucinación. Valeria puede ser una reputada antropóloga, pero yo soy arqueóloga... y créame cuando le digo que no es posible.

—Pero bueno —intervine tras haber escuchado la discusión en silencio—. ¿Y eso qué más da? A nosotros no nos importa que la ciudad sea o no una fantasía del abuelo de Iak, lo importante es que Valeria sí lo creyó y fue a buscarla, convencida que es allí donde vive esa tribu de los morcegos. Nosotros hemos de hacer lo mismo, siguiendo sus pasos.

—Pero Ulises... —dijo Cassandra cerrando el libro como una profesora ante la enésima pregunta de su alumno más lento—. Si la Ciudad de Z no existe, Valeria y su equipo pueden estar dando vueltas perdidos por la selva hasta el fin de los tiempos. Nos llevan semanas de ventaja, y sólo Dios sabe dónde pueden andar ahora. Y además, recuerda que hemos perdido los mapas y el GPS.

—¿Y si realmente sí que existe esa tal Z? —insistió el profesor—. ¡Allí podría estar mi hija!

—Profesor, ya le he dicho que eso es...

—De cualquier modo, iré —afirmó desoyendo las palabras de la arqueóloga—. Si hay una posibilidad de encontrar a Valeria, por pequeña que sea, he de intentarlo.

—Yo también voy —me apunté sin pensarlo—. No voy a dejar que se divierta usted solo. Cassandra nos miraba a ambos con incredulidad.

—Pero ¿es que nadie me está escuchado? —preguntó, exasperada—. Os digo que no es posible que ese lugar exista, y yendo a ciegas no vais a encontrar nada. Ni a Valeria, ni a los morcegos, ni esa pinche ciudad.

—Ya te hemos oído, Cassie —la interrumpí posándole distraídamente la mano en la rodilla—. Pero aunque tengas razón, el profesor va a ir tras su hija, y yo no voy a dejarlo solo. Tú mientras tanto, si quieres, podrías quedarte aquí y tratar de contactar con alguien para que...

Me interrumpí a media frase, al ver como progresivamente se le iba frunciendo el ceño a la mexicana.

—¿Estás sugiriendo, Ulises Vidal... —empezó a decir poniéndose en pie y citando mi nombre y apellido, sin duda la peor combinación posible— que mientras *tú* te internas en la selva con el profesor buscando una ciudad perdida, *yo* me quede esperando en casita... preparando el almuerzo, quizá, patroncito?

—Bueno, yo... —balbucí, amedrentado—. Tú misma has dicho que era imposible que...

—¡Y qué más da lo que haya dicho! No he llegado hasta aquí para nada... y qué diablos. ¡Yo soy la maldita arqueóloga! Tendría mucho más sentido que te quedaras tú aquí, y yo fuera con el profesor.

El aludido alzó las manos pidiendo calma.

—Está bien, está bien... no os vayáis a pelear por eso ahora, iremos los tres. Usaremos lo que podamos del diario para seguir los pasos de Valeria, la encontraremos, y regresaremos con ella sanos y salvos. Ya veréis como juntos lo conseguimos —concluyó pasándonos el brazo por los hombros en una especie de abrazo—. Ya lo veréis.

Y a la vez que decía esto, yo pensaba en que mi viejo amigo tenía una larga y fundada fama de no acertar jamás en sus predicciones.

Mientras el profesor Castillo releía ensimismado el maltrecho diario, y estudiaba los otros objetos guardados en la caja en busca de detalles que se nos hubieran pasado por alto, Cassie y yo, sentados como él frente a la choza de Iak, sobre una gastada estera de palma, le relatábamos al menkragnoti lo que habíamos averiguado sobre su abuelo, y la razón que le había llevado a aquellas tierras.

—Era un gran hombre —afirmó Cassandra al terminar de explicarle lo que sabíamos—. Deberías estar muy orgulloso.

El indígena rió quedamente, sin ganas.

—¿Orgulloso? —repitió con tristeza—. ¿Cómo poder estar orgulloso? Yo ser sangre impura y no auténtico menkragnoti, y a ellos no gustar mi presencia —y señalando alrededor, añadió—: por eso vivir aquí solo. Menkragnotis, encontrar abuelo perdido en selva, herido y cerca de morir de hambre, y ellos decidir quedárselo como... —miró al cielo buscando allí la palabra propicia— mascota —dijo al fin, torciendo el gesto—. Y aunque con los años ganar esposa, él ser prisionero de la tribu hasta día de su muerte, poco antes de nacer mi padre, que también llevar sangre impura. Iak nunca podrá pertenecer a consejo de ancianos, y si mujer desear darme hijos algún día, será por lástima, pues hijos míos serán también hijos de hombres blancos de sangre impura.

—Pero eso es muy injusto —denunció Cassandra—. Tú no eres responsable de los pecados de los hombres blancos.

—Ser ley menkragnoti —afirmó con estoicismo.

—Pero entonces... ¿por qué sigues aquí —se me ocurrió preguntarle— si tanto te desprecian?

—¿Y adónde ir? Para menkragnoti ser un sangre impura, pero para hombre blanco... para ellos, ser menos que animal. Yo pasar años trabajando con hombres blancos en mina cerca de Marabá, y ser peores años de mi vida. Ser sangre impura entre menkragnoti ser malo —concluyó lánguidamente—, pero ser indio entre blancos, ser mucho peor.

La profunda amargura que se desprendía de las palabras de Iak, hacía imposible cualquier palabra de consuelo o consejo que ofrecerle. Así eran las cosas por desgracia, y no quedaba otra que guardar un comprensivo silencio por su infortunio.

—¿Fue entonces cuando aprendiste a hablar español? —le preguntó Cassie tratando de cambiar de tema.

—Sí. Ser lo único que aprender en tres años, de otros trabajadores que venir de tribu llamada Bolivia. Aunque yo querer también aprender a leer, pero... —Se encogió de hombros—. De todas formas, allí darme cuenta que jamás poder vivir como hombre blanco, y que mejor era regresar y vivir con mi tribu... aunque ellos no querer a mí.

—Bueno —apunté, conciliador—, al menos no parece que tus jefes se hayan enfadado mucho contigo por mostrarnos el cuaderno de tu abuelo.

El nieto del Jack Fawcett se giró a medias y me dedicó una mirada de disgusto.

—Ellos expulsarme de aldea durante una luna completa.

—¿Qué te han expulsado de la aldea? —se escandalizó Cassandra llevándose la mano al pecho, ofendida—. Pero eso es absurdo. ¡Tú no has hecho nada!

—Yo desobedecer al consejo enseñando caja de mi abuelo, como hacer con mujer blanca, y ese ser precio a pagar.

—No lo entiendo —insistió—. Pero ¿qué hay de malo en que nos ayudes?

—Ellos decir que si ir en busca de la mujer vosotros también desaparecer, y luego venir más hombres a buscaros. Y luego más, y luego más...

—Pero precisamente, si nos ayudas —rebatía la mexicana—, será más fácil que demos con esa Ciudad Negra, y allí encontremos a la hija del profesor y al resto de su equipo.

Iak meneó la cabeza con aire funesto.

—Eso ser lo que más temer consejo y chamán, que encontrar Ciudad Negra. Ellos decir que entonces, sin duda, vosotros nunca regresar.

Frente tan tajante afirmación, los tres nos sumimos en un incómodo silencio.

—Bueno —dije al cabo, encogiéndome de hombros—, de cualquier modo veo difícil que podamos encontrar esa Ciudad Negra, ciudad perdida de Z o como la quieran llamar. Sólo tenemos una remota idea de hacia dónde dirigirnos, hemos perdido nuestro equipo, y el diario de Fawcett tampoco ha sido de gran ayuda. Así que por desgracia —concluí cruzándome de brazos—, estamos casi igual que al principio.

Entonces un sonoro carraspeo me hizo volverme hacia el profesor, sentado y con la caja de latón de Jack Fawcett abierta sobre el regazo.

—En realidad —dijo mirándonos ladinamente por encima de sus gafas de carey—, eso no es del todo exacto, querido amigo —ensanchó una sonrisa triunfal—, porque creo que ya sé dónde está esa misteriosa ciudad de Z.

Cassandra y yo nos habíamos quedado mudos al oír al profesor decir aquello. En lo que a mí respectaba, estaba convencido de que el pobre hombre había sufrido una fuerte insolación.

—¿Qué quiere decir con que sabe dónde está? —inquirí, escéptico—. Los tres hemos leído el diario, y no hemos encontrado nada de utilidad en él.

—Eso es verdad —contestó—, pero yo no he dicho nada del diario.

—¿Entonces? —preguntó Cassie.

En lugar de responder, el profesor Castillo abrió la mano mostrando una fina cadena de plata ennegrecida por el tiempo de cuyo extremo colgaba un viejo reloj de bolsillo. El mismo que había visto cuando Iak sacó el diario de su abuelo y al que no había prestado la más mínima atención.

Le dio la vuelta, raspó con la uña la fina capa de óxido verde que cubría el reverso de cobre y nos lo acercó a la cara, mostrándonos unas mayúsculas elegantemente grabadas en el metal: «P.H.F.».

—«P.H.F.» son las iniciales de Percy Harrison Fawcett —advirtió Cassandra señalando el reloj—. Es el reloj del bisabuelo de Iak.

—Efectivamente —afirmó el profesor, encantado de haberse conocido.

—Eso está muy bien —dije yo—. Pero no veo qué tiene que ver con la situación de Z.

—Espera y verás.

Como un mago abriendo la tapa de la caja misteriosa, hizo lo propio con la del anticuado reloj, dejando a la vista la esfera de cristal resquebrajada y unas agujas clavadas en las doce y veinte, de algún día del siglo pasado. Y tras unos segundos perdidos tratando de desentrañar una clave encerrada en aquella hora señalada, mi vista fue a parar a la cara interior de la tapa, donde parecían haber garabateado unos símbolos con la punta de un cuchillo.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó Cassie, como casi siempre más rápida que yo.

El profesor sonrió, y pasando un dedo por la superficie anunció:

—Son números, querida —repuso, ufano—. Y teniendo en cuenta que el último símbolo es una clarísima «Z», mucho me equivocaría si no se trata de las coordenadas geográficas del lugar que estamos buscando.

En la penumbra de la pequeña cabaña de Iak, y con el menkragnoti haciendo funciones de contraespionaje en el exterior, desgranábamos las inscripciones del reloj mientras el profesor las escribía en el reverso del diario, con una estilográfica que había salvado del naufragio.

—Muy bien —dije al terminar la transcripción—. Si no nos hemos equivocado al leerlo hay dos series de números, una encima de la otra, a saber: 75838 y 524834. Que traducido a grados y minutos, quedaría como: 7° 58' 38" Sur con 52° 48' 34" Oeste.

—Un momento... ¿cómo has hecho eso? —preguntó Cassandra, intrigada.

—Muy simple. Las dos últimas cifras siempre son los segundos de grado, las dos siguientes los minutos de grado, y los números que sobran, son los grados de latitud o

longitud. Teniendo en cuenta que estamos al sur del ecuador y en el hemisferio oeste —sonreí, satisfecho—, la conclusión es obvia.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil? —parpadeó, incrédula—. ¿Esas son las coordenadas de Z?

—Pues yo diría que sí.

—¡Magnífico! —prorrumpió el profesor con entusiasmo—. ¡Ahora ya no queda más que ir allí! ¡Tenemos que partir enseguida!

—Un momento —terció Cassandra—. No quisiera ser aguafiestas, pero... ¿no se olvida de algo? Todos nuestros mapas se los merendaron los caimanes, y el Sistema de Posicionamiento Global sólo Dios sabe dónde estará a estas horas. Y sin mapa ni GPS —dijo mostrando las manos vacías—, no nos sirven de nada estas coordenadas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el profesor, contrariado—. El señor Fawcett registró esas coordenadas hace casi un siglo, cuando no había GPS ni mapas de la región.

—Pero recuerde que él era un experimentado cartógrafo, y llevaba consigo los instrumentos necesarios para tomar la posición. Así que, a menos que uno de los dos se haya traído un sextante de casa...

—¡Maldita sea! —blasfemó el profesor dando una patada al suelo con rabia—. Creí que ya lo teníamos.

—Un momento, profe... —musité, pensativo, mirando el techo—. No se desespere todavía, que a lo mejor aún podemos hacer algo al respecto.

Estaba tratando de hacer memoria de mis olvidadas clases de náutica, y recordaba que había un método para hallar rumbos, conocidas las coordenadas de partida y de llegada. El problema es que el día en que se impartió esa clase coincidió con la final de la Champions League, y bueno...

—Vamos a ver —dije al cabo de un rato—. ¿Se acuerda usted por casualidad de las últimas coordenadas enviadas por Valeria, que más o menos deben corresponderse con las que nosotros ocupamos ahora?

—Sí, claro. De tanto mirarlas terminé por memorizarlas. Son 8° 26' 34" Sur y 52° 39' 09" Oeste.

—Estupendo. ¿Me presta su bolígrafo un momento?

Apunté las nuevas coordenadas junto a las primeras, y tras unas sencillas restas deduje que estábamos unos veintinueve minutos de grado más al sur, y nueve minutos y medio de grado más al este que las coordenadas inscritas en el reloj. Sabía que un minuto de arco de latitud —o lo que es lo mismo, la sesentaava parte de un grado— equivale exactamente a una milla náutica, más o menos unos mil ochocientos metros, y como estábamos a muy poca distancia del ecuador, a los grados de longitud —que son más pequeños a medida que nos alejamos hacia los polos— se les podía aplicar la misma medida sin equivocarme demasiado. Por lo tanto ya tenía dos lados de un triángulo rectángulo; uno de veintinueve millas hacia el norte, y otro de nueve millas y media hacia el oeste, con lo cual ya sólo me quedaba aplicar el teorema de Pitágoras, con el cual si sumaba el cuadrado de un lado al cuadrado del otro, resultaba el cuadrado del tercero.

Tenía el suelo de la cabaña garabateado con números y operaciones trazados con un palo, y al levantar la vista un momento me encontré con la mirada de Cassie, que me observaba como si me hubiera salido un tercer ojo en la frente.

—Pero ¿desde cuándo sabes tú algo de números? —preguntó, intrigada—. Si ni siquiera te acordabas de tu pin del cajero.

—Cuando te fuiste... quiero decir, cuando nos separamos, me saqué el título de patrón de barco, y no me quedó más remedio que aprender cuatro cosas sobre rumbos y coordenadas.

—Qué bueno. Me alegro de que no perdieras el tiempo —dijo como un halago, pero con un tono que me sonó a velado reproche.

—Ve al grano, Ulises —me instó entonces el profesor—. ¿Has sacado alguna conclusión de todo este barullo de números?

—Paciencia, profe.

Volví a tomar el pequeño palo y realicé unas cuantas operaciones más. Por último hice una raíz cuadrada que me costó Dios y ayuda, y sobre la arena quedó escrito un número: el 30,51.

—Ahí lo tiene —señalé al suelo, orgulloso—. Esa es la distancia que, según Fawcett, nos separa de la Ciudad Negra.

—¿Sólo treinta kilómetros?

—En realidad son millas. En kilómetros, son unos cincuenta y seis o cincuenta y siete, prácticamente al norte de nuestra posición.

—¡Da igual! ¡Es cerquísima!

—Bueno, profesor —le recordó Cassandra—. Tenga en cuenta que las distancias no son las mismas en campo abierto que en la selva, donde puede tardarse un día entero en hacer quinientos metros.

—Pero tenemos el río, ¿no? Y más o menos, fluye de sur a norte.

—Eso es verdad —admití—. Si tenemos suerte, podríamos adelantar mucho yendo en piragua.

—Eso está muy bien —admitió Cassandra con un puntito de sorna—, pero todavía no sabemos en qué pinche dirección exacta debemos recorrer esos cincuenta y tantos kilómetros.

—Tampoco es problema —aseguré muy crecido tras mi reciente éxito con la trigonometría—. Profesor, ¿me presta su estilográfica otra vez, por favor?

—Claro, claro —dijo alargándomela con lo que era casi una reverencia.

Aunque se le congeló la sonrisa en la cara cuando vio que empezaba a desmontarla y a sacar las pequeñas piezas del mecanismo mientras las dejaba despreocupadamente en el suelo.

—Pero ¿qué narices...?

—Un momento, profe —dije guiñándole un ojo—. Tenga un poco de fe.

—Eso mismo me dijo a mí hace cosa de un año... —masculló la mexicana entre dientes, pero lo suficientemente alto como para que pudiera escucharla.

Traté de ignorar el comentario, y seguí en mi tarea hasta que saqué la pieza que estaba buscando: el pequeño muelle que hacía de resorte. Lo estiré hasta que perdió su forma y seguidamente me acerqué a Cassandra y tomé un mechón de su cabello.

—Pero ¿qué chingadas estás haciendo, güey? —Se revolvió—. ¿Qué quieres hacer con mi pelo?

—Por favor, Cassie. Necesito que te estés quieta y callada durante un momento, es algo que tengo que hacer.

—Pero... —empezó a protestar de nuevo.

—Es importante.

A regañadientes, la acapulqueña se quedó quieta y yo aproveché para frotar el alambre contra su pelo rubio, que a pesar de los días que llevábamos sin darnos una ducha decente me parecía igual de suave que siempre.

—Ya está —dije al cabo de un minuto—. Me parece que ya está listo.

Cassandra se volvió hacia mí, algo extrañada.

—Creo entender lo de frotar el alambre con el pelo, para magnetizarlo con electricidad estática —dijo entrecerrando los ojos—. Pero ¿qué tenía que ver eso con que estuviera callada?

—Oh, nada en realidad —repuse dándome la vuelta.

Consciente de la mirada asesina de la mexicana clavada en mi espalda, tomé uno de los cuencos con agua que nos habían dejado, y posándolo sobre una pequeña hoja para que flotara dejé que el alambre se moviera libremente hasta que quedó totalmente quieto.

—Yo sigo sin comprender —masculló el profesor.

—Pues es muy fácil —expliqué—. Al frotar el alambre con el pelo lo he cargado eléctricamente y ahora es sensible al campo magnético, así que la dirección que en este momento nos está señalando es aproximadamente el norte, lo que significa que la Ciudad Negra está... —cerré un ojo como para hacer puntería y apunté con el dedo hacia un lugar en el horizonte un poco a la izquierda de donde marcaba el alambre— más o menos en aquella dirección.

El profesor y Cassandra se quedaron mirándome, entre asombrados y escépticos.

—¿Estás seguro? —inquirió la mexicana.

—Bueno, todo lo seguro que se puede estar con un trozo de alambre y un cuenco de agua.

—¿Y no hubiera sido mejor utilizar una brújula para hacer esto —preguntó el profesor entrelazando los dedos—, en lugar de destrozar mi bonita estilográfica y usar a la señorita Brooks como un imán?

—¿Una brújula? Claro, pero que yo sepa no...

Y antes de que terminara la frase, el profesor extraía un pequeño compás magnético, engarzado en una cadena para el cuello de la caja de Jack Fawcett, y manteniéndolo en su mano lo balanceaba ante mí.

—También estaba entre las pertenencias del abuelo de Iak —dijo alzando una ceja—. Podrías haber preguntado antes.

No nos costó demasiado convencer a Mengké y al consejo de ancianos —que no veían el momento de que nos largáramos de su aldea—, para que nos proporcionaran dos viejas piraguas con las que descender por el Xingú en dirección a Sao Félix, a unos trescientos kilómetros río abajo, hacia el norte. Evidentemente, no les dijimos que nuestra velada intención era quedarnos a medio camino para buscar la Ciudad Negra; en ese caso, quizá no nos habrían ofrecido los ocho hombres que ahora portaban las piraguas sobre los hombros delante de nosotros, para depositarlas en el río más allá de la *Cachoeira do Ubá*, la enorme catarata por la que precisamente habíamos estado a punto de despeñarnos con el hidroavión.

Más difícil había resultado persuadir a Iak —a quien pasar cerca de territorio morcego no le hacía maldita la gracia— para que nos acompañara. Aunque a regañadientes, tomó sus escasos bártulos y aceptó emplear su temporal destierro, para convertirse en nuestro guía en la parte del trayecto que haríamos por el río. Quizá una forma de agradecimiento hacia nosotros, o de expiar su responsabilidad por haber mostrado el diario de su abuelo a Valeria.

Poco después de abandonar el poblado ante la distante expectación —y por qué no decirlo, alivio—, de Mengké y el resto de consejeros de la tribu, ya marchábamos por un sendero rodeados de gigantescos árboles con raíces como contrafuertes de iglesias. Árboles cuyas copas se perdían en una maraña verde tan densa, que apenas dejaban pasar una décima parte de la luz del día.

Los doce avanzábamos a paso lento entre la espesura. Delante los guerreros, ataviados con sus plumas amarillas en la cabeza, acarreado las pesadas canoas; después nuestro amigo Iak, con su descolorido pantalón de deporte, una bolsa de tela a la espalda y un arco con una docena de largas flechas en la mano derecha; y por último el profesor Castillo, Cassandra y yo mismo cerrando el grupo. A mi espalda, cargaba la mochila roja con las pocas pertenencias que habíamos salvado de la furia de los caimanes, el viejo reloj de Fawcett con las coordenadas de Z y las tres hamacas en que habíamos dormido y que los menkragnotis nos habían regalado generosamente, aunque todo hacía pensar que, ante el miedo a contagiarse de alguna enfermedad las hubieran quemado de todos modos.

Por suerte, los tres habíamos llevado puesta desde el principio la ropa de *trekking* y las botas de agua —el calzado más adecuado para la selva—. Si ya los mosquitos eran una pesadilla revoloteando ante nuestra cara sin ningún recato, y siempre teníamos unas cuantas decenas posados en nuestras camisas de manga larga tratando de acribillarnos a través del tejido —aunque a los menkragnotis, incomprensiblemente, parecían ignorarles—, no quiero ni imaginar lo que habría sido de nosotros de haber desembarcado del hidroavión ataviados con pantalones cortos y sandalias de playa.

—Estaba pensando... —cavilé en voz alta.

—¿Pensando? —Cassandra se volvió repentinamente—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres sentarte un rato para recuperarte?

Hice oídos sordos y seguí a lo mío.

—Decía —proseguí sabiendo ya que a excepción de Iak ninguno de los indígenas que nos precedían entendían una palabra de castellano—, que teniendo en cuenta la posición en la que suponemos se encuentra Z, quizá la sobrevolamos cuando veníamos para acá, ¿no os parece?

—Es cierto —contestó el profesor girándose a medias—. ¿Ninguno de vosotros vio nada?

—Yo también me quedé dormido, como usted —confesé.

—Pues yo iba despierta y mirando por la ventanilla —afirmó Cassandra—, y os aseguro que no vi nada que me llamara la atención.

—Qué raro, ¿no? Algo debería haberse visto desde el aire.

—No te equivoques, Ulises. Si es que existe esa tal Z, probablemente estemos hablando de un pequeño centro religioso, con unas pocas construcciones en piedra derruidas e invadidas por la vegetación. Una jungla como ésta —añadió haciendo un círculo en el aire con el dedo índice—, podría tragarse una ciudad como Nueva York en sólo quince o veinte años.

—¿No estás exagerando un poco? —inquirió el profesor.

—¿Exagerar? En el sur de México y norte de Guatemala, un territorio infinitamente más pequeño que la Amazonia, no pasa un año que no se descubra una nueva ciudad maya oculta entre la vegetación. Sin ir más lejos, la ciudad de Machu Picchu, que hoy en día es uno de los sitios arqueológicos más famosos del mundo, no fue descubierta hasta hace sólo cien años, a pesar de encontrarse en mitad del Perú, y en una provincia no especialmente selvática o inaccesible —y echándose el pelo hacia atrás, remató—: Así que imagínese lo que podría esconderse aquí, en una región prácticamente inexplorada, bajo árboles del tamaño de edificios.

Llevábamos más de una hora caminando cuando el sendero desembocó en la orilla del río y los porteadores bajaron las canoas, depositándolas sobre una delgada franja de arena amarilla justo al lado del agua, donde ésta lamía con suavidad la pequeña playa a la que habíamos ido a parar.

Frente a nosotros el Xingú fluía ancho, tranquilo y sin remolinos, con la línea de árboles de la otra orilla perfectamente visible a menos de doscientos metros.

Aunque mucho más cerca, a nuestra derecha, nubes de agua pulverizada velaban casi la mitad de los veinte metros de altura de la *Cachoeira do Ubá*, que iba a estrellarse contra las rocas de su base produciendo un atronador rugido comparable al motor de un avión a reacción. Por fortuna, la dirección que debíamos de tomar era la opuesta. Un apacible curso de agua, según Iak, libre de rápidos y cascadas traicioneras durante los siguientes cien kilómetros.

El único inconveniente era que los cursos de agua apacibles eran el hábitat favorito de los caimanes y las pirañas. Pero nuestro amigo menkragnoti nos aseguró que los primeros no solían atacar a las piraguas y jamás antes del mediodía, y las segundas sólo lo hacían si olían sangre. O si estaban hambrientas. O si se sentían amenazadas. O si te caías al agua. O si les daba la gana.

—Pero más peligrosos ser puraqués, que ustedes llamar anguila eléctrica —nos advirtió con semblante serio—. Poder matar hombre a varios metros aunque sólo tener un dedo en el agua, y algunas seguir atacando hasta que presa dejar de moverse. Muy peligrosas —insistió gravemente—. Muy peligrosas.

Nos miramos entre nosotros, pensando los tres si aquel descenso en piragua era tan buena idea como nos había parecido a la tranquila sombra de la palapa. Pero antes de que tuviéramos tiempo de replantearos nada, los ocho menkragnotis se dieron la vuelta sin despedirse y nos dejaron en compañía del exiliado mestizo de ojos azules, a la orilla de uno de los ríos más inexplorados del mundo, con un par de ajadas canoas, cuatro remos y un nudo en el estómago para cada uno.

Mientras remaba pausadamente, dejándome llevar por la suave corriente en la piragua que compartía con el profesor Castillo —quien sentado a proa, clavaba el remo en el agua con cierto recelo, temiendo que en cualquier momento unas fauces dentadas aparecieran para atraparlo—, podía sentir mi corazón latiendo con fuerza, enajenado ante la omnipresencia de aquella lujuriosa selva que rebosaba como caótica espuma verde los límites de la tierra firme, desbordándose sobre las orillas del río.

El susurrante silencio de la jungla, tan sólo era roto por el rítmico golpeo de nuestros remos contra el agua y el ocasional graznido de algún ave echándose a volar sobresaltada por nuestra presencia. En aquel momento, recreándome en cómo una solitaria nube cruzaba el cielo azul cobalto para reflejarse fielmente en el agua tintada de taninos del Xingú, pensé que aquello era lo más cerca que iba a estar nunca del verdadero paraíso.

El hombre blanco no había puesto aún sus manos sobre aquellos bosques henchidos de vida, y los jaguares, las serpientes, los peces y las aves, vivían aún en el mismo hábitat en que lo habían hecho desde hacía mil, diez mil o cien mil años. Todo allí era puro, virgen, real... Las preocupaciones y miserias sobre las que edificamos nuestras vidas carecen de todo sentido cuando se está rodeado de la naturaleza en su expresión más cierta, y si somos afortunados, un breve rastro de lucidez puede hacernos levantar la vista de nuestro propio ombligo, y descubrir que el planeta Tierra en el que nacemos y morimos pero tan mal vivimos, es exactamente así. Tal como fue, y tal como seguirá siendo mucho después de que nosotros nos hayamos extinguido.

—Es increíblemente hermoso... —musitó Cassandra desde la otra piragua.

Me giré hacia ella y la vi igualmente hermosa, con su pelo dorado reflejando la luz del sol y los ojos muy abiertos, observándolo todo a su alrededor, embelesada.

—Tienes mucha razón, querida —contestó el profesor—. La verdad es que es una lástima.

—¿Una lástima? —pregunté.

Girándose a medias en la canoa, me miró extrañado.

—¿Es que ya no te acuerdas de la presa que han construido río abajo?

—Es verdad. Lo había olvidado por completo.

—Pues tenlo muy presente, porque en poco tiempo toda esta región quedará inundada bajo el agua.

—La gran chingada —se lamentó la mexicana con amargura—. Cuando eso pase, toda esta selva desaparecerá. Con sus árboles, sus animales, sus...

Y entonces se dio cuenta de que Iak se había dado la vuelta y la miraba fijamente.

—¿De qué estar hablando ustedes? —preguntó, extrañado.

No nos lo acabábamos de creer, pero descansando en un recodo del río abarloando ambas canoas, Iak nos aseguraba una y otra vez que nadie en su aldea tenía conocimiento de la

existencia de la presa, ni de que la mayoría de su territorio sería convertido en breve en un pantano.

—Venir hace tiempo hombres de ciudad —nos explicaba—, que ofrecer regalos a cambio de que menkragnotis marchar de nuestras tierras. Pero nadie aceptar, ¿para qué querer nosotros lavadoras o televisores?

—¿Y qué pasó? —le pregunté desde mi piragua.

—Nada. Ellos enfadarse y marcharse, y no volver más.

—Serían los de la constructora... —aventuró el profesor.

—Pero no puede ser que a los muy cabrones —protestó Cassandra realmente enfadada—, no sólo les traiga sin cuidado dejar a los indios sin tierra, sino que ni siquiera les avisen para evacuar. ¡Son unos verdaderos hijos de puta!

La mexicana estaba roja de indignación.

—¿Cuánto tiempo cree que les queda, profesor? —pregunté mordiéndome los labios de rabia.

—Es difícil decirlo... —Dejó el remo sobre el regazo, se ajustó las gafas y meditó un momento—. Pero aunque un embalse tan gigantesco no es como una bañera y tarda mucho tiempo en llenarse, teniendo en cuenta que la aldea menkragnoti está a muy poca altura sobre el Xingú podría ser cosa de un mes, y si llueve mucho en la cabecera del río quizá semanas, o incluso menos... Pero ya os digo, es difícil decirlo.

—Semanas... —repitió Iak, que volvió la vista al cielo como comprobando las posibilidades de que se pusiera a llover en ese mismo momento. Entonces miró atrás, hacia el horizonte que dejábamos a nuestra espalda, y paleando para dar la vuelta a la piragua, dijo—: Yo tener que regresar.

—¡No! —exclamó el profesor estirando la mano para agarrar la borda de la otra canoa—. ¡Nos tienes que ayudar a seguir río abajo!

El indígena meneó la cabeza con rotundidad.

—Yo sentir mucho. Pero tener que regresar a aldea y avisar a mi gente. Ellos no gustar Iak, pero yo ser un menkragnoti y luchar por mi pueblo.

Nuestra modesta expedición de rescate estaba a punto de finalizar apenas dado el primer paso.

—Te equivocas, Iak —argumenté improvisando sobre la marcha—. Si das ahora la vuelta, tú y los tuyos lo perderéis todo. La única forma de salvar a tu pueblo es que vengas con nosotros y nos guíes.

Iak se detuvo, sin comprender lo que quería decirle. Bueno, a decir verdad ni Iak ni nadie, pues los tres me miraban ciertamente intrigados.

—Me parece bien, pero... —cuchicheó Cassie en voz baja mirando de reojo al profesor—. ¿En qué le va ayudar a su pueblo que encontremos a Valeria?

—¿Es que no lo veis? —pregunté abriendo los brazos—. Nada podrán hacer los menkragnotis contra el poder de una constructora y los intereses políticos que habrá detrás. ¿Qué van a hacer? ¿Lanzarle flechas a la presa? En realidad sólo tienen una posibilidad, y es que nosotros cuatro encontremos las ruinas de esa ciudad misteriosa.

—No comprendo —confesó el profesor.

—A ver, ¿qué cree que sucedería si en mitad del Amazonas encontráramos los restos de una civilización desconocida?

El profesor necesitó sólo un momento para elaborar la respuesta.

—Pues que probablemente esto se llenaría de arqueólogos de todo el mundo, se iniciarían multitud de investigaciones y nos harían un buen reportaje en el *National Geographic*.

—Lo que significaría —dedujo Cassandra con entusiasmo—, que lo declararían patrimonio de la humanidad... ¡Y se verían obligados a detener la inundación!

—Exacto.

—¡Híjole! ¡Tienes razón! —exclamó la mexicana a punto de abalanzarse sobre mí para darme un abrazo, pero deteniéndose en el último momento, no sé si por temor a caerse de su canoa o alguna otra razón menos prosaica.

Iak, sin embargo, permanecía impertérrito aún con la piragua girada en la dirección contraria a la que queríamos avanzar.

—¿Decir tú que si encontrar ciudad de los hombres antiguos... yo salvar a mi pueblo?

—Puedes estar seguro —afirmé convenciéndolo a él y convenciéndome a mí mismo—. No sólo los salvarás, sino que, si son justos, puede que incluso te conviertan en miembro del consejo de los menkragnoti.

Cassandra y el profesor Castillo apoyaron mis palabras asintiendo ostensiblemente.

Como respuesta, el indígena de ojos azules dio la vuelta de nuevo a la canoa y comenzó a remar a grandes paladas río abajo. En una carrera contra el tiempo, su pasado y su oscuro destino.

Siguiendo el fuerte ritmo que había impuesto Iak y empujados por la corriente, en unas horas recorrimos lo que calculé habrían sido cuarenta y cinco o cincuenta kilómetros, hasta que llegamos a un punto donde el indígena nos indicó que nos dirigiéramos a la margen izquierda del río, a uno de los escasos arenales que lo jalonaban de vez en cuando.

La mala noticia era que acabábamos de caer en la cuenta de que, con la excitación de la partida, nos habíamos olvidado las linternas frontales en el poblado menkragnoti. Aunque nos consolamos pensando que sin pilas de recambio, tan sólo nos habrían durado unas cuantas horas más.

Encallamos las canoas en la arena a una señal de Iak, y una vez estuvimos todos en tierra señaló unos cientos de metros hacia adelante, donde el agua dejaba de ser el remanso de suave corriente que había sido hasta ese momento, y se convertía en una superficie hirviendo de espuma con rompientes de más de un metro.

—*Corredeira Tareraimbú* empezar ahí —dijo con un elocuente gesto, haciendo olas con la mano—, y ser muy peligrosa. Tener que cargar canoas por sendero hasta después de corredeira. Luego continuar otra vez por río.

Un breve vistazo a los rápidos que Iak nos señalaba, fue suficiente para ponernos a todos de acuerdo.

—Ahora que le estaba cogiendo el gusto a eso de remar... —se lamentó el profesor.

—Tranquilo, profe —le consolé pasándole un brazo sobre los hombros—. Cuando regresemos a Barcelona, prometo llevarle al parque para que reme un ratito mientras le echa de comer a los patos.

—Tu madre —replicó quitándose mi brazo de encima.

—Bueno —reí—. Si quiere la llamo, pero no sé si ella querrá apuntarse.

El profesor cambió la expresión abruptamente, pasando de la sonrisa a un semblante algo más serio.

—Y ya que hablamos de tu madre... —dijo no muy seguro de abordar el tema—. ¿Sigues odiándome por... lo de tu padre?

Para ser sincero la pregunta me sorprendió un poco, pues no pensaba que ese fuera un asunto que aún preocupara al viejo profesor.

Muchos años atrás, sucedió una tragedia de la que el profesor había sido indirectamente responsable. Ocurrió que un día, cuando aún ejercía como profesor de Historia en la Universidad Autónoma de Barcelona, le pidió a su mejor amigo y colaborador, que por aquel entonces era precisamente mi padre, que por favor fuera en su lugar a una pequeña iglesia en el Pirineo a estudiar y tomar fotografías de un retablo del siglo XIV.

Desgraciadamente, aquella carretera de montaña había sufrido una nevada pocos días antes, y aquella noche el asfalto se encontraba cubierto por una fina capa de nieve congelada extremadamente resbaladiza. En una curva, en el camino de vuelta, mi padre perdió el control de su coche y se precipitó por un acantilado; no sobrevivió a la caída.

En mi caso, lo asumí como una fatalidad del destino y poco a poco el profesor se convirtió en una especie de padrino adoptivo. Pero mi madre, buscando desesperadamente alguien a quién culpar por la muerte de su esposo, dirigió su ira hacia el que ahora era mi mejor amigo, y aún no había sido capaz de perdonarle.

—Pues la verdad, no lo sé —admití volviendo a la realidad—. Todavía sigue responsabilizándolo por lo que pasó aquel día. —Rasqué mi incipiente barba, incómodo por hablar de aquello—. Pero yo diría que con los años ha ido entrando en razón, y aquel odio inicial se ha quedado en simple resentimiento.

—Resentimiento... —repetió.

—Sí, y puede darse por contento —argüí dándole una amistosa palmada en la espalda—. Conmigo todavía está cabreada por una vez que recorté monigotes en las cortinas cuando tenía cuatro años.

Una vez dejamos las piraguas encalladas sobre la arena y Iak pescó unas pirañas para almorzar —que a mí me tocó descabezar, destripar y cocinar—, nos pusimos de nuevo en marcha con fuerzas renovadas.

Al cabo de varios kilómetros de cargar con las piraguas por un sendero que rodeaba los rápidos, justo en el lugar donde terminaban y entre dos estilizados bloques de piedra granítica redondeados por la erosión, Iak indicó que nos detuviéramos, señalando el estrecho espacio que quedaba entre los mismos.

—Leyenda que Mengké contar de hombres antiguos, decir que camino a *Menka tamú*, comenzaba entre Colmillos de Tareraimbú. —Apuntó a los dos bloques verticales de granito y afirmó sin preámbulos—: Estos son Colmillos de Tareraimbú.

—¿En serio? —preguntó el profesor—. No mencionó nada al respecto cuando nos habló de la Ciudad Negra.

—Mengké no quiere que tú saber eso —apuntó Iak—. Él no contar todo.

—Pero ¿estás seguro? —insistió dudando de la veracidad del relato en ese punto—. ¿No podría ser algo que Mengké añadiera a la leyenda por su cuenta?

Iak se cruzó de brazos, frunció los labios y se encogió de hombros. No contestó a la pregunta, pero su respuesta estaba clara.

—A mí me vale —opinó Cassie, tras pensarlo por un momento—. Estoy harta de cargar con la pinche piragua, y además, estas dos rocas con forma de colmillos bien parecen la entrada a algún sitio.

—Eso es cierto —admitió el profesor, tras estudiarlas de arriba abajo—. Pero también podrían no significar absolutamente nada.

—Bueno —intervine—. Por si os sirve de algo la información, calculo que ya hemos recorrido unos cincuenta kilómetros en dirección norte, y creo que ahora deberíamos ir hacia el oeste. Así que... —concluí, inclinando la cabeza hacia las dos rocas.

—Está bien, este podría ser un camino tan bueno como cualquier otro —resopló al fin el profesor—. Puestos a perdernos, hagámoslo con criterio.

Y con paso decidido, sin darnos —y sin darse— tiempo a pensarlo, se internó por el angosto hueco entre los Colmillos de Tareraimbú, seguido de cerca por Iak.

Cassie y yo intercambiamos una breve mirada, sabedores de que al internarnos en la jungla dejábamos atrás el río, nuestro único medio de salir de allí. Pero para eso habíamos venido a fin de cuentas, así que sin necesidad de decirnos nada, respiramos hondo y seguimos los pasos de Iak, que ya había desaparecido entre las rocas.

El inicio de la marcha, siguiendo la dirección que nos indicaba la brújula de Jack Fawcett que yo llevaba colgada del cuello, resultó extremadamente difícil en comparación con el sendero seguido hasta ese momento en paralelo al río, que aunque enfangado y sembrado de obstáculos, era un sendero al fin y al cabo.

Ahora marchábamos infinitamente más despacio, con Iak a la cabeza apartando y cortando lianas con el machete, braceando entre arbustos tan espesos como setos, y vigilando constantemente dónde poníamos pies y manos. Entre tal maraña vegetal, el riesgo de tropezarnos con una serpiente venenosa a la que no hiciera gracia nuestra presencia, se convertía estadísticamente sólo en una cuestión de tiempo.

Avanzábamos ligeros de equipaje, pero aun así empapados en sudor, y el penoso ritmo al que nos movíamos penetrando a través de la espesura empezaba a afectar a nuestro ánimo. Tras sólo un par de horas de marcha, el entusiasmo inicial había sido sustituido primero por un espeso silencio, y finalmente por un concierto de bufidos y resuellos que, por propia experiencia, sabía eran sólo la antesala de las primeras quejas y reniegos.

—Creo que deberíamos descansar un momento —dije tocándole el hombro a Iak, que marchaba justo delante empapado en sudor.

Éste miró a mi espalda, y al ver la expresión sofocada del profesor asintió con la mirada. Enseguida desbrozamos un pequeño espacio a nuestro alrededor del tamaño de un pequeño iglú, donde nos acurrucamos los cuatro en el suelo, más cansados de lo que ninguno quería admitir.

Rodeados por un espeso muro de vegetación que la luz del sol apenas lograba atravesar, habitábamos una deprimente penumbra en la que apenas lográbamos vernos las caras los unos a los otros. Entonces Iak sacó de su morral unas tiras de carne ahumada y nos entregó una porción a cada uno; estaba correosa como suela de zapato y despedía un ligero olor a podredumbre, pero sin preguntar por su procedencia me limité a comerla con un hambre que hasta ese momento no me había dado cuenta que tenía.

—¿Cuánto decías que había hasta las coordenadas de Z? —preguntó el profesor mientras trataba de arrancar con los dientes un trozo que poder masticar.

—Se trata sólo de un cálculo aproximado —contesté tratando de esquivar la pregunta—. No creo que debiéramos tomárnoslo muy...

—¿Cuánto? —insistió.

—Desde el río, unos ocho o nueve kilómetros... puede que diez.

—Y en dos agotadoras horas de marcha —dijo mirando hacia el mínimo sendero que habíamos dejado atrás—, habremos caminado menos de quinientos metros.

—Yo más bien diría unos trescientos —apuntó Cassie con desánimo.

—Bueno, tampoco va a ser todo el camino así —repliqué, preocupado por el cariz que estaba tomando la conversación.

—Eso no lo sabes —objetó el profesor.

—No, no lo sé. Pero regodearnos en la dificultad no nos sirve de nada —dije señalando la espesura—, así que si ese es el único camino, lo seguimos y punto. Quejarnos de ello no va a hacerlo más fácil, y si tenemos que fabricar nuestro propio sendero, lo haremos.

El profesor Castillo miró en derredor, como constatando una vez más dónde nos habíamos metido.

—Ya... pero eso es precisamente lo que me preocupa. Es evidente que nadie ha pasado por aquí desde hace mucho, lo que significa que Valeria tampoco lo ha hecho.

—No, profe —le contradije—. La expedición de su hija ha podido ir por otra ruta. De hecho, si aún conservaban su GPS podrían... no, mejor dicho, deberían haber ido en línea recta hacia su objetivo y no dando un rodeo como nosotros.

El hombre pareció masticar mis palabras, aunque haciendo un visible esfuerzo por digerirlas.

—Profesor —le dije mirándolo con dureza—. Su hija Valeria está en aquella dirección — señalé hacia el oeste—, y vamos a encontrarla aunque tengamos que atravesar a machetazos toda la jodida selva amazónica, así que deje de preocuparse y buscar peros, porque si no ponemos todos lo mejor de nuestra parte, créame que no lo vamos a conseguir.

Detrás del sucio cristal de sus gafas, los ojos azules de mi viejo amigo refulgieron en las sombras.

—Tienes razón —dijo asintiendo para sí y poniéndose en pie de un salto—, me estoy comportando como un idiota.

Entonces tomó el machete de Iak, y sin mediar palabra empezó a largar mandobles contra la maleza, como si aquella fuera la culpable de sus desgracias.

Los demás, aún sentados en el suelo, contemplábamos estupefactos su inesperado cambio de actitud con las tiras de carne todavía colgando de la boca.

—¡Vamos! —nos apremió con impaciencia—. ¿A qué estáis esperando? ¡A mi hija se va por aquí!

Unas horas más tarde, sustituyendo a Cassie al frente, quien a su vez había dado descanso al profesor Castillo, arremetía con saña contra unos arbustos erizados de larguísimas espinas leñosas, que explicó Iak, solían usarse como dardos de cerbatana en sus cacerías. Según decía, eran capaces de perforar la gruesa capa de grasa que cubre a los cerdos salvajes y, como pude comprobar en mis propias carnes, también la tela de algodón y la epidermis, hasta horadar el músculo que había debajo.

Por suerte, ya habíamos dejado atrás la impenetrable y claustrofóbica vegetación que rodeaba los márgenes del río y nos había obligado a caminar casi a oscuras en pleno día, aunque el escenario en ese momento, para ser justos, tampoco era para tirar cohetes. A pesar de que avanzábamos a un ritmo mayor, la inacabable maraña de lianas de todos los grosores que colgaban de los altísimos árboles, me hacían sentir como una mosca en una descomunal telaraña, impidiéndome incluso mover el machete con libertad para abrirme camino.

Fue entonces cuando un espejismo surgido de la nada, apareció justo frente a mí en forma de pequeño árbol —para los estándares amazónicos, claro— de corteza grisácea y pequeñas flores rojas, aislado de los demás y libre de vegetación en dos o tres metros a la redonda. Una invitación al descanso, como lo hubiera sido un sofá y una cerveza fría.

Sin pensármelo dos veces me acerqué al mismo, solté el machete y, tras asegurarme que el suelo aparecía libre de serpientes, escorpiones y demás, me dejé caer sobre la mullida hojarasca a la espera de los compañeros que venían detrás.

El primero que lo hizo fue el menkragnoti, al que recibí con una enorme sonrisa mostrándole feliz mi descubrimiento.

—Mira lo que he encontrado —dije apoyándome en el tronco y palmeando el suelo a mi lado—. Ven a descansar, enseguida viene el camarero a tomarnos nota.

El indígena de ojos azules, sin embargo, abrió los ojos como platos y gritando algo en su lengua se abalanzó sobre mí, agarrándome del brazo y apartándome del árbol antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando.

—Pero ¿qué coño haces? —le increpé incorporándome—. ¿Es que te has vuelto loco? ¡Ahí no hay serpientes ni nada, ya lo he comprobado!

—No serpientes, no arañas, no nada.

—¡Sí, eso es lo que he dicho!

—Ese palosanto —señaló al árbol—, todo muerto alrededor. Si tú sentar junto árbol, tú también morir.

—Pero ¿de qué estás hablando? —pregunté a punto de echarme a reír—. ¿El árbol me va a matar?

Iak chasqueó la lengua con impaciencia, y con el machete en la mano, se acercó a un arbolillo cercano y lo cercenó de un tajo cerca de su base, haciendo de él una larga lanza. Seguidamente lo agarró por un extremo y lo aproximó con precaución al palosanto, hasta rozar la corteza con suavidad un par de veces.

El profesor Castillo y Cassie llegaron justo en ese instante y me dirigieron una mirada interrogativa al ver a aquel hombre hecho y derecho acercarse a un árbol como si lo hiciera a un tigre de bengala.

Yo me estaba encogiendo de hombros como respuesta cuando la mexicana alzó las cejas con incredulidad.

—¿Qué carajo...?

Como un súbito aguacero, miles de pequeñas hormigas amarillentas se dejaron caer desde las ramas superiores del árbol, lloviendo literalmente sobre el espacio vacío de vegetación y extendiéndose como una bullente marabunta ambarina a los pies del palosanto.

Entonces Iak se volvió hacia mí, tremendamente enfadado.

—Si tu sentar junto palosanto —repitió regañándome como una madre a un hijo travieso—, hormigas tangarana caer sobre ti, luego morder con su veneno, y entonces tú... —torció la cabeza y sacó la lengua.

Y dándose la vuelta lo dejó ahí, sin necesidad de terminar la frase para hacerse entender.

A excepción de una indolente anaconda de casi ocho metros, que cruzó ante nuestros ojos tranquilamente, como dando un paseo; o de cómo Iak nos mostró el modo de obtener agua de las lianas y los troncos de bambú —golpeando cada segmento hasta descubrir uno que no sonara a hueco—, nada reseñable ocurrió hasta la caída de la tarde.

Ante la inevitable aparición de los mosquitos, Iak —a quien en realidad parecía no afectarle—, nos sugirió embadurnarnos de lodo todas las partes de piel expuestas, aunque yo

propuse también cubrir de barro camisetas y pantalones, pues esos malditos bichos ya me habían logrado picar esa misma mañana atravesando el tejido. De modo que todos acabamos cubiertos de barro de la cabeza a los pies, dejando sólo un par de ranuras para los ojos y otra para la boca —imprescindible para maldecir a las miríadas de insectos que nos atormentaban—, con la ropa desgarrada por los arbustos espinosos, y los andares propios de quienes llevan todo el día luchando contra la jungla a brazo partido. Cualquiera que nos hubiera visto de tal guisa, juraría haberse cruzado con una pandilla de zombis mugrientos después de una noche de juerga.

Cuando empezó a oscurecer, limpiamos una zona para acampar, barrimos con palos el suelo para asustar a cualquier serpiente que anduviera por allí y, mientras el resto colgábamos nuestras hamacas, como hiciera horas antes junto al río el indígena de ojos azules sacó del zurrón una especie de arco en miniatura, junto con un palo de poco más de un palmo con una afilada y chamuscada punta. A continuación, reunió algo de madera seca que había sacado del interior de un árbol caído, enredó la cuerda del arco alrededor del palo y comenzó a deslizarlo a un lado y otro con rapidez, haciendo que éste girara como una taladradora hasta que un hilo de humo blanco nació de la madera. En pocos segundos, el humo dio paso a una brasa roja y brillante y, ante la felicidad de todos, tras un par de fuertes soplos, en una refulgente hoguera que nos iluminó no sólo las caras, sino el ánimo del que a esas horas andábamos bastante escasos.

Por mi parte, quedé tan fascinado ante el proceso de hacer fuego del mismo modo en que llevaba haciéndose durante miles de años, que olvidé que en un bolsillo lateral de mi pantalón, llevaba un sencillo pero práctico encendedor.

Seguíamos sin tener carne fresca, pues a Iak le había resultado imposible cazar nada en aquella anarquía forestal, pero entre la fruta que habíamos ido recogiendo del suelo —guayabas, mangos y una especie de uva pero que en absoluto sabía a uva, con una enorme semilla en el medio— y los restos de su carne ahumada, tuvimos para una cena medio decente alrededor de la fogata.

Era como una acampada de *boy scouts* recién llegados de las trincheras de Verdún.

A nuestras espaldas, más allá del exiguo círculo de luz de la hoguera, los arbustos y las ramas no dejaban de moverse. Las ranas arbóreas croaban como si les fuera la vida en ello, y miles de pájaros, primates, insectos y reptiles gritaban, chasqueaban o rugían desde más allá de la oscuridad, recordándonos a cada momento que nos habíamos adentrado sin invitación en sus dominios.

—Si no estuviera tan cansada... —dijo Cassie devorando un mango que sujetaba entre ambas manos— quizá hasta tendría algo de miedo al oír como hay alguna cosa reptando cerca de mi espalda.

—Tú, mujer valiente —afirmó Iak con solemnidad, señalándola.

—De eso no te quepa duda... —ratificó el profesor con una sonrisa fatigada.

La mexicana, sin embargo, no los miraba a ellos, sino a mí, que permanecía sentado en silencio al otro lado de la hoguera. Sentía sus pupilas clavadas en mis pupilas, como queriendo decirme algo con la mirada que sus labios no se decidían a expresar.

Finalmente, fui yo el que me dirigí a ella.

—¿En qué piensas? —le pregunté en voz baja.

La arqueóloga dio un nuevo mordisco a la fruta antes de contestar.

—Pensaba... —susurró— en lo increíble que me parece lo que estoy viendo.

—A mí también me parece increíble —contesté—. Que nos encontremos otra vez en la selva, tu y yo, rodeados de todo el...

—No, Ulises —me interrumpió con cara de niña traviesa—. Lo que me parece increíble, es que no te hayas dado cuenta de que tienes una tarántula del tamaño de un mono subiéndote por el brazo.

Quizá fuera el cansancio acumulado, o el sedante olor a humo del termitero que habíamos arrojado al fuego para ahuyentar los mosquitos, pero a pesar del susto de la tarántula —que Iak apartó de un simple manotazo—, el hecho es que esa noche dormí como un tronco.

Apenas abrí los ojos me incorporé en la hamaca, y viendo que los demás aún no se habían despertado me dejé caer al suelo de un salto, restregándome los ojos y con la idea de buscar algo de fruta en los alrededores para el desayuno. Fue al apartarme las manos de la cara, que me llevé un susto de muerte al descubrir que no estábamos solos en el campamento.

A menos de un metro de mis pies descalzos, una descomunal serpiente se enroscaba sobre las extintas brasas de la noche anterior. A juzgar por su tamaño y el diámetro de su cuerpo, ancho como mi pierna, lo primero que pensé es que se trataba de una anaconda, pero un inhabitual color amarillento y los triángulos negros de su lomo me hicieron sospechar que no era eso lo que tenía delante.

El reptil alzó la cabeza al percatarse de mi presencia, y fue entonces cuando me fijé en sus pupilas: unas pupilas ahusadas, como de gato. La señal inconfundible de que me hallaba frente a una serpiente venenosa.

Mejor dicho: una gigantesca serpiente venenosa.

Inoportunamente, al otro lado del campamento a Cassandra también le dio por levantarse de la hamaca justo en ese instante, desperezándose ruidosamente con los ojos entrecerrados. Aun así, tardó menos de dos segundos en darse cuenta de que algo sucedía, y rápidamente siguió mi mirada hasta descubrir al ofidio semienterrado entre la ceniza, con su amenazadora cabeza triangular erguida apuntando hacia mí.

Lo malo es que ese fue el mismo espacio de tiempo que la serpiente necesitó para ver a Cassie, y volviéndose hacia ella, hizo lo que suelen hacer todas las serpientes cuando se creen acorraladas.

Atacar.

Como un resorte, desenroscó sus tres metros de músculo lanzándose con las mandíbulas abiertas contra la mexicana, que sólo tuvo tiempo de emitir un ahogado grito de sorpresa dando un paso atrás.

Sin detenerme a pensarlo hice lo único que se me ocurrió en ese momento, abalanzarme sobre las brasas y agarrar a la serpiente por la cola. Una acción muy poco sensata pero que dio resultado, pues de inmediato el animal se revolvió sobre sí mismo, olvidándose de Cassandra para enfrentarse con su amenaza más inmediata. Es decir, un servidor.

Sin soltarlo aún, logré tirar del ofidio hacia atrás pensando que era la mejor manera de tenerlo controlado, pero con tan mala fortuna que al tirar tropecé con mi propia mochila y caí boca arriba, dejando escapar a la serpiente, ahora sí realmente cabreada conmigo.

El agresivo animal zigzagueó rápidamente y, horrorizado, contemplé como se acercaba hasta situarse entre mis piernas, elevando su horrible cabeza a más de un metro de altura y estirando su escamoso cuerpo mientras me miraba con sus maléficos ojillos.

Entonces, tomándose su tiempo al ver que yo no tenía escapatoria, abrió las fauces exhibiendo sus afilados colmillos rezumantes de veneno, y echó la cabeza hacia atrás tomando impulso para lanzarse contra mi cara.

No tenía escapatoria.

Instintivamente crucé los brazos frente a mí para protegerme y apreté los dientes, esperando el inevitable mordisco que allí mismo me iba a dejar listo de papeles.

Pero para mi sorpresa, en lugar de unos colmillos clavándose, lo que sentí fue un peso muerto cayendo sobre mi entrepierna.

Entonces aparté los brazos de la cara, para descubrir cómo se convulsionaba, manando sangre a chorros, el cuerpo cercenado de la serpiente, al que le había desaparecido la cabeza.

Aturdido e incapaz aún de entender lo que había sucedido, miré a mi derecha y allí estaba Cassie, de pie, con una inquietante sonrisa en los labios y el machete en su mano chorreando sangre por la hoja.

—Llevaba mucho tiempo —dijo apartándose el pelo revuelto de la cara—, queriendo hacer algo así.

Esa mañana, por supuesto, desayunamos serpiente a la parrilla sucucucú apagafuegos, según nos indicó Iak. Una de las serpientes venenosas más temidas del Amazonas, por su agresividad y la fea costumbre de dormir oculta entre las brasas. Pero tal era el tamaño de la condenada, que sobró más de la mitad, así que tras una malintencionada sugerencia de la mexicana, al ponernos de nuevo en marcha, terminé cargando con más de un metro de serpiente sobre los hombros, como si se tratara de una pesada y estrambótica bufanda. Nuestra provisión de carne fresca.

La selva parecía ser menos impenetrable que el día anterior, y así el ritmo resultó más vivo. Quizá por ello, porque algo de luz nos alcanzaba desde el techo de la jungla, o simplemente porque teníamos el estómago lleno, los cuatro nos sentíamos más animados, y a momentos el profesor nos regalaba disertaciones de cualquiera de los muy aburridos temas sobre los que le encantaba conferenciar.

Más tarde Cassandra nos puso al tanto de los inesperados descubrimientos realizados en las excavaciones arqueológicas que estaba llevando a cabo frente a las costas de Barbate, en el estrecho de Gibraltar, y finalmente Iak nos mostró algunas plantas desconocidas para nosotros y sus increíbles efectos medicinales; como la jaracá, imprescindible para las picaduras de serpiente; la inmortal de pantano para las hemorragias; o la pequeña parapara, una flor blanca de aspecto inocente, pero que seca y molida, al simple contacto con la piel, según el menkragnoti producía un desagradable hormigueo, seguido de una parálisis temporal en todo el cuerpo.

En lo que a mí respecta, traté de animar el paseo entonando una canción de Jorge Drexler, pero a mitad de la segunda estrofa un trueno restalló sobre nuestras cabezas y, con buen criterio, me obligaron a callar de inmediato.

Con el fin sobre todo de distraerme, cada poco echaba un vistazo a la brújula, para comprobar que seguíamos el rumbo correcto hacia el oeste. Iak, por su parte, trataba de cazar sin mucho éxito —con un curioso método que consistía en tumbarse en el suelo, tensando el enorme arco con piernas y brazos para darle la mayor potencia posible—, alguno de los

monos que, cada vez más escasos, saltaban de árbol en árbol sobre nosotros. El bisnieto de Percy Fawcett meneaba la cabeza con decepción y sonreía incómodo cada vez que erraba el tiro. Al parecer, cazar no era lo suyo.

En un momento de aburrimiento, me acordé de algo que había sucedido un par de días atrás.

—Cassie —le dije adelantando al profesor en la marcha y colocándome tras ella—. ¿Qué ibas a decirme el otro día?

Ella se giró a medias arqueando una ceja.

—¿El otro día? ¿Puedes ser más explícito?

—Sí, mujer. Cuando estábamos rodeados por los caimanes en el río, creyendo que íbamos a morir y todo eso... —Sonreí levemente—. Parecía importante.

La mexicana estiró la mandíbula y miró hacia arriba, como haciendo memoria.

—Pues no, güey. —Negó con la cabeza—. No tengo idea de lo que me hablas.

—Ya... y supongo que tampoco te acuerdas de lo que querías decirme cuando nos íbamos a estrellar en la avioneta, ¿no?

—Tampoco.

—Claro, claro... ¿Sabes que mientes de pena?

En lugar de contestarme, la mexicana se limitó a voltearse esbozando una enigmática sonrisa.

Pocos pasos después, oí como el profesor Castillo rezongaba detrás de mí, y al girarme lo vi rascarse la espalda con saña maldiciendo a la fauna local.

—No sé qué demonios me ha picado —gruñó—, pero tengo un bulto que me escuece a rabiarse.

—Vamos, profe —le dije quitándole importancia—. No se preocupe y deje de rascarse. Seguro que no es nada.

—Pues para no ser nada te juro que me está volviendo loco, y hasta diría que algo se mueve ahí dentro.

—Venga ya, no sea paranoico.

—¿Paranoico? —exclamó, indignado—. ¡Mira!

Tras acercarse, se dio la vuelta levantándose la camisa por detrás.

Ciertamente, le había salido un extraño bulto bajo el omóplato derecho del tamaño de una canica grande, enrojecido y con una pequeña mancha de sangre justo en medio.

Aunque lo que realmente hizo que se me revolvieran las tripas, fue ver como en realidad, sí que había algo retorciéndose en su interior.

Con el profesor sentado en un tronco desnudo de cintura para arriba, yo paseaba la hoja de mi cuchillo de buceo sobre una pequeña hoguera para desinfectarlo, mientras la mexicana y Iak se sentaban uno a cada lado del profesor, tanto para darle ánimos, como para sujetarlo fuerte cuando llegara el momento de hacer la incisión.

Cuando decidí que la afilada hoja del cuchillo ya estaba libre de gérmenes, me acerqué a mi viejo amigo por la espalda y le puse la mano en el hombro.

Giró la cabeza hacia mí, con todo menos confianza en los ojos.

—Pero ¿tú has hecho alguna vez esto? —preguntó con ansiedad.

—¿De verdad quiere que le conteste?

—Maldita sea, Ulises... —protestó—. Este es uno de esos momentos en los que hay que mentir descaradamente.

—No se preocupe —le dije por décima vez en diez minutos—. Todo va salir bien, sé lo que me hago.

Cassandra me miró en silencio, interrogándome con los ojos.

Yo le contesté de la misma manera, también en silencio, pero con una mueca de incertidumbre y desmintiéndome a mí mismo, encogiéndome de hombros.

El profesor, ajeno a mi muda confesión de incompetencia, mordió un palo que le pasó el menkragnoti y se preparó para la pequeña operación, para la que por supuesto no teníamos ningún tipo de anestésicos, ni siquiera la típica botella de whisky de las películas con la que emborrachar al paciente.

—Está bien, profe —dije tratando de parecer calmado—. Allá vamos. Contaré hasta tres y luego haré el corte, ¿de acuerdo?

Eduardo Castillo, con el palo en la boca, asintió de mala gana.

—¿Preparado? Uno...

Y le hice el tajo por sorpresa, haciendo que escupiera el palo y soltara un grito que debió oírse en muchos kilómetros a la redonda.

Si no fuera porque Iak y Cassie lo tenían fuertemente sujeto, se habría dado la vuelta para soltarme a la cara la retahíla de improperios irreproducibles que empezó a dedicarme, rojo de ira y dolor.

—Ya está, profe —le dije, limpiando la herida con agua—. Así era mejor.

—¡Y una mierda mejor! —protestó, furibundo—. ¡Eso no se hace, me cago en...!

Ignorándolo, acerqué la vista al corte de unos cinco centímetros de longitud aunque no demasiado profundo, y de repente surgió del mismo algo que jamás imaginé que existiera más que en las películas de ciencia ficción.

Una especie de larva de medio centímetro de ancho, con una picuda boca negra y unas minúsculas patas como garfios, asomó por la herida como un pequeño y repulsivo «alien», desafiándome por haberlo sacado a la luz.

—Dios santo, pero ¿qué es eso? —preguntó Cassandra a mi lado, horrorizada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —se alarmó el profesor, olvidándose del dolor por un momento y tratando de girarse.

La respuesta vino desde mi derecha, en boca de Iak.

—Es un sotuto —dijo tranquilamente—. Mosca debió picar hace días y dejar larva, y larva crecer mucho.

—¿Y cómo la sacamos? —pregunté viendo como el asqueroso gusano se retraía hacia dentro—. Habrá que hacer un corte más profundo.

—¡De eso ni hablar! —exclamó el profesor espantado ante la perspectiva.

—No hacer falta —aclaró el indígena con una sonrisa de suficiencia—. A sotutos gustar música.

Pensé que Iak hablaba en broma, pero comprendí que no era así cuando tomó un palito del suelo, con mi cuchillo le sacó punta hasta dejarlo afilado como una aguja, y luego se acercó al profesor, quien se esforzaba inútilmente por ver lo que sucedía a su espalda.

Entonces, el descendiente de Percy Fawcett hizo lo último que hubiéramos esperado. Se puso a silbar.

Cassandra y yo nos miramos con escepticismo, viendo como el indígena le silbaba al gusano de la espalda del profesor, como un cuidador lo haría a su jilguero.

Pero ambos nos quedamos de piedra, al ser testigos de algo completamente insólito.

La horrible larva asomó la cabeza por la herida y sacó el cuerpo de la misma como una serpiente hipnotizada por la flauta de un faquir. No podía creer lo que estaba viendo, aquella era la típica anécdota que nadie iba a creer por mucho que lo jurara, pero estaba pasando.

Y en ese preciso instante, cuando casi medio cuerpo del animal estaba asomándose fuera, Iak efectuó un rápido movimiento con la mano derecha y ensartó la larva limpiamente, extrayéndola de un tirón y provocando un nuevo grito de dolor en el profesor, y un suspiro de alivio en el resto.

Seguidamente, el indígena hizo un emplasto con fibra de una liana a la que llamaba escalera de mono, y el néctar rojo de un árbol al que llamó savia de dragón. Lo apelmazó a conciencia, le escupió un par de veces, lo cubrió de barro y lo pegó en la herida del profesor prometiéndole que le calmaría el dolor y evitaría la infección. Y claro, tras lo que acabábamos de presenciar no tuvimos otra opción que creerle.

Ese día caminamos durante horas, atravesando unas veces zonas de vegetación tan sólida como paredes de ladrillos, y en otras ocasiones terrenos tan despejados de arbustos, lianas o palmas, que creía estar paseando por algún cuidado jardín, en el que sólo los gigantescos árboles de sesenta metros de altura me recordaban dónde estábamos en realidad.

—Es como la bóveda de una catedral... —declamó el profesor señalando al cielo, a quien el extracto de una liana que Iak le había dado de beber para calmar el dolor parecía haberle desatado la imaginación y la lengua—. Una catedral infinita...

—Sí —replicó Cassandra mientras se espantaba una nube de jejenes delante de la cara—. Una catedral con un serio problema de mosquitos.

—Los mosquitos son también hijos de Dios —nos recordó con una sonrisa idiota—. Esta es también su casa.

La arqueóloga puso los ojos en blanco y yo me volví hacia Iak, que ahora caminaba a la cola de nuestro pequeño grupo.

—Pero ¿se puede saber qué le has dado?

—Sólo medicina para dolor, parecida a ayahuasca —contestó como si se tratara de lo más normal del mundo.

—No me lo puedo creer. ¿Le has dado un alucinógeno?

—Pero muy poco, como para niño —alegó encogiéndose de hombros—. No pasar nada malo.

—Malo, no —intervino Cassie mirando como alzaba las manos al cielo—. Pero al parecer, ha despertado en él un fervor religioso que desconocíamos.

Y como para corroborar sus palabras, el ex profesor de Historia Medieval por la U.A.B., iconoclasta y ateo practicante, se arrodilló en el suelo y, poniendo los brazos en cruz, comenzó a rezar dando gracias al Señor por las maravillas de la creación entre una nube de mosquitos que rodeaba su cabeza como un halo de santidad.

Con la llegada del anochecer instalamos de nuevo nuestro precario campamento. Despejamos el húmedo suelo, colgamos las hamacas, Iak hizo fuego a su manera, y asamos la mitad sobrante de la sucurucú apagafuegos, pues tal como no había dejado de señalarnos el menkragnoti durante todo el camino, la caza había pasado de escasear, a desaparecer absolutamente.

Sentados alrededor de la hoguera, tan cansados que ninguno tenía fuerzas para hablar, se hizo evidente la menor presencia de fauna en aquella parte de la selva. Esta vez, apenas se escuchaba el lejano alboroto de unos monos saltando de rama en rama, o como una solitaria pareja de loros parlotaba como tertulianos en aquella noche dominada por un creciente silencio que, cuanto más evidente era, más siniestro nos parecía.

También Iak, a medida que nos adentrábamos en aquel bosque, se había ido poniendo más nervioso, y en ese momento de la noche bajo la oscilante luz de la fogata, sus ojos transmitían algo muy parecido al miedo.

Lo que no me atreví a preguntarle era miedo a quién, o a qué.

—¿Cuánto creéis que habremos andado ya? —se interesó Cassandra en voz baja, rompiendo el pesado silencio.

—Puede que entre ocho y doce kilómetros —aventuré con escasa convicción, sin levantar la vista del fuego.

—¿Sólo? —protestó el profesor, que ya parecía repuesto de sus alucinaciones—. ¡Pero si me siento como si hubiera hecho un maratón!

Levanté la vista para dedicarle una cansada sonrisa.

—Es normal... tenga en cuenta que usted ha hecho su propio vía crucis.

A Cassie se le escapó una risita, y el profesor me miró con extrañeza.

—¿Vía crucis? —inquirió mirándonos a uno y otro, sin comprender el chiste—. ¿De qué hablas?

—Nada, profe. Cosas más... —dije quitándole importancia con un gesto—. ¿Por qué preguntabas lo de la distancia, Cassie?

La mexicana me miró por un momento guardando silencio, como si dudara en exponer lo que le rondaba la cabeza.

—¿No calculaste —preguntó al fin, al ver que aquello no iba a pasar—, que desde el río tendríamos que andar nueve kilómetros para llegar a las coordenadas de Z?

—Aproximadamente —puntalicé levantando el índice.

—De acuerdo, aproximadamente... Pero el hecho es que de momento no hemos visto nada que apunte a que nos hallemos cerca de una ciudad perdida o nada parecido. No hay caminos, ni mojones ni señales de ningún tipo.

—Caramba, Cassie. Tú eres la arqueóloga, y sabes perfectamente que podríamos estar ahora mismo sentados sobre un yacimiento arqueológico y no darnos cuenta. Eso hasta yo lo sé.

—Cierto. Pero no tropezarnos con nada en absoluto, me tiene preocupada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el profesor Castillo con interés.

Meditabunda, Cassandra paseó la mirada sobre ambos.

—¿Y si nos hemos equivocado?

—¿En la distancia? Ya te he dicho que...

—No, Ulises —me cortó—. En la dirección.

—¿Te refieres a...? —inquirió el profesor dejando la pregunta a medias.

La arqueóloga submarina se frotó la nuca, incómoda.

—Nos estamos basando únicamente en suposiciones y cálculos orientativos —señaló con inquietud—. No tenemos ninguna garantía de que la historia que contó Mengké sea cierta... y mucho menos de que sea la ruta que lleve a Z. Quizá las misteriosas ruinas que describe Jack Fawcett en su diario, sean sólo la fantasía de un explorador de principios de siglo después de tomarse una botella de whisky, o puede que...

Cassandra calló al notar cómo le ponía la mano en la rodilla y le señalaba al profesor con la cabeza.

El rostro de éste, a pesar de la escasa luz y la capa de barro que le cubría la cara, se contrajo visiblemente tensando los músculos de la mandíbula.

—Tienes razón —farfulló, abatido—. Tienes toda la razón. Todo esto es absurdo... Esta expedición improvisada, convenceros para acompañarme, arriesgar vuestras vidas, buscar una tribu que quizá ni siquiera exista en mitad de la Amazonia... —masculló hundiendo la cabeza

entre las manos—. Me he vuelto loco, y os he arrastrado en mi locura. —Levantó la vista con los ojos humedecidos—. Os ruego me perdonéis, no sabéis cuánto lo siento.

—¡Deje de decir tonterías! —le increpé poniéndome en pie—. Aquí nadie tiene que pedir perdón a nadie. Cassandra y yo hemos venido por voluntad propia, y además, estoy convencido de que estamos en el camino correcto para encontrar esa jodida Ciudad Negra. Y si encontramos la ciudad, estoy seguro de que encontraremos a su hija. No le quepa la menor duda de ello.

El profesor se quitó las gafas y se secó las lágrimas con la manga de su maltrecha camisa.

—Gracias por los ánimos, Ulises —dijo al volver a ponerse las gafas—. Pero aún conservo la suficiente cordura como para darme cuenta de que esto ha sido una terrible equivocación. Además, hemos perdido no sólo nuestro equipo, sino también el GPS, y eso por no hablar del teléfono Iridium, nuestro único medio de contactar con el resto del mundo. —Levantó la vista y trató de imprimir convicción a sus palabras—. Así que lo más sensato es que mañana demos la vuelta y regresemos por donde hemos venido. Buscaremos la manera de volver a la civilización y esperaremos a que la otra expedición de rescate parta lo antes posible, y entonces...

—¿Bromea? —le interrumpí bruscamente sin poder creer lo que estaba escuchando—. ¿Después de llegar hasta aquí quiere dar la vuelta? ¿Así, sin más?

El profesor me miró sin contestarme.

—No me lo puedo creer... —dije llevándome las manos a la cabeza—. Ahora que estamos tan cerca, no podemos abandonar.

—¿Más cerca de dónde, Ulises? —repuso abriendo los brazos—. Si ni siquiera sabemos dónde estamos.

—Nosotros quizá no, pero él sí —y señalé al menkragnoti, que aún no había abierto la boca.

El indígena me miró con extrañeza por la alusión, parpadeando de sorpresa.

—Yo no saber —confesó, aturdido, al cabo de un momento—. Yo sólo seguir dirección que ustedes decirme... Iak nunca estar aquí antes.

—Pero estamos cerca del territorio morcego, ¿no? —le interpele—. Donde se supone que está la ciudad de los hombres antiguos.

Sin decir nada, el nieto de Jack Fawcett escarbó entre las cenizas de la hoguera con un palo y desvió la vista hacia la oscuridad que nos rodeaba. El único sonido era entonces el crepitar de las ramas en el fuego, y el lejano rugido de un mono aullador reverberando en la noche.

El creciente silencio en una jungla que se suponía superpoblada de miles de animales, resultaba algo más que inquietante.

No era un silencio en absoluto natural. Era un silencio contenido, tenso, expectante.

Sí, esa era la palabra justa. Expectante.

Como si hasta el último ser de aquella selva inmensa y oscura, supiera de algún modo que algo terrible estaba a punto de sucedernos.

Algo que nosotros desconocíamos.

Algo que quizá ya habían visto otras veces.

—Sólo *Menka tamú* ser tan silencioso —sentenció entonces Iak mirando en derredor, trasluciendo en el tono de voz un miedo hondo y primitivo—. Sólo gran miedo callar así a la selva.

La siguiente mañana resultó mucho menos sobresaltada que la anterior, a pesar de que, cuando Cassie iba a ponerse los calcetines nada más levantarse de su hamaca, reparó en un par de diminutas marcas en su tobillo izquierdo.

—Pinches mosquitos —gruñó, y se rascó las pequeñas costras, de las que, ante su sorpresa, brotaron dos delgados hilos de sangre—. La gran...

Nuestro amigo menkragnoti se acercó a la mexicana, y tras estudiar la herida por un momento, concluyó con certeza:

—No mosquito. Esta noche tú dar de comer a vampiro.

Todos reímos la ocurrencia del indígena.

—Qué curioso —apuntó el profesor, divertido—. Y yo que creía que el tipo con capa y colmillos que vi anoche era un funcionario de hacienda.

Iak se le quedó mirando, sin comprender la broma.

—¿Tú reír porque vampiro beber sangre de mujer?

A Cassie se le congeló la sonrisa cuando comprobó el semblante serio con que hablaba el menkragnoti.

—Pero... ¿lo dices en serio? —inquirió, incrédula.

—Vampiros venir de noche cuando tú dormida —escenificó imitando un murciélago con la mano—. Primero morder y luego beber tu sangre con lengua. Tú no dar cuenta, pero ellos alimentarse de ti.

El moreno de la piel de la arqueóloga, palideció como por ensalmo.

—Dios mío —masculló dejándose caer pesadamente en el borde de la hamaca—. Qué asco. Solo de pensar que un maldito bicho se ha estado alimentando de mí...

—Tú no preocupar —dijo Iak dándole una palmada en la rodilla para tranquilizarla—. Pero dormir siempre con botas, y yo darte hierbas para que ellos no acercar más, porque si no volver cada noche, y al final ellos beber toda tu sangre.

Una de las inesperadas ventajas de que en aquella parte de la selva aparentemente hubiera menos vida animal, es que los árboles de mango, guayaba, maracuyá y chirimoya que nos encontrábamos por el camino, estaban prácticamente intactos y cargados de fruta, tal que esperando a que alguien pasara por allí para recolectarlos. Cosa que hacíamos siempre que había oportunidad.

Otra de las circunstancias que nos llamó la atención de aquel territorio que ahora atravesábamos, era el progresivo cambio del terreno, que pasó de ser completamente llano, a una sucesión de colinas y pequeños cerros de diversos tamaños que, en cualquier caso, en ninguna ocasión nos vimos obligados a escalar, pues siempre encontrábamos una manera de rodearlos fácilmente.

Además, por alguna razón el suelo del bosque era cada vez más amigable, libre de arbustos y matorros, y poblado de grandes ceibas y árboles del caucho —de los que Iak nos

mostró como curiosidad, cómo se extraía su savia blanca y sus propiedades adhesivas—, que nos permitía caminar por fin sin tener que ir abriendo paso a machetazos.

Marchábamos pues, de forma más despreocupada y tan sólo atentos a no pisar ninguna serpiente oculta en la hojarasca. Al frente lo hacía el profesor junto a Iak, a quién bombardeaba a preguntas sobre los días que Valeria pasó en el poblado, y detrás Cassie y yo, paseando y sin decir gran cosa —por experiencia, el mejor remedio para no terminar discutiendo.

—¿Y si Eduardo tiene razón? —preguntó entonces la mexicana de buenas a primeras.

—¿Respecto a qué?

—Ya sabes —contestó sin dejar de mirar el suelo que pisaba—. Aquello de que estamos cometiendo una equivocación, internándonos en la selva sin siquiera saber adónde vamos.

—Vamos a Z —repuse de inmediato—. A la Ciudad Negra de los hombres antiguos, o como narices la quieran llamar... Vamos buscando a la hija del profe.

—Por favor, Ulises... —replicó alzando la vista y clavándome sus ojos verdes—. Sabes perfectamente que es casi imposible que encontremos esa pinche ciudad, que seguramente es un simple mito como El Dorado o Shangri-La. —Hizo una pausa y chasqueó la lengua—. Pero es que, aunque finalmente exista, tampoco sabemos con certeza si Valeria y su gente están allí. Quizá al final, sea a nosotros a los que tengan que venir a rescatar.

Por supuesto, sabía perfectamente que la rubia arqueóloga estaba en lo cierto. Pero si algo había aprendido en una vida encadenada de casualidades y certezas incumplidas, es que, como suele decirse, hasta el rabo todo es toro. En otras palabras, si ahora dábamos media vuelta, no podría dejar de pensar en que, quizá, la repuesta se habría encontrado sólo unos metros más allá.

—Puede que tengas razón —contesté—. Pero creo que aun así, deberíamos ir algo más lejos. Ya sabes... por si acaso.

Nos habíamos detenido en un claro para almorzar parte de la fruta que habíamos recogido por el camino, cuando un cercano trueno hizo temblar el suelo y, en cuestión de segundos, comenzó a diluviar como si el todopoderoso hubiera decidido inundar la Tierra de nuevo.

El rugido del aguacero estrellándose contra las copas de los árboles resultaba ensordecedor, y al poco, la violenta lluvia atravesó la cobertura vegetal, dejándonos en un momento como si nos hubiéramos duchado con la ropa puesta. Así que sin tiempo para construir un refugio ni tener donde guarecernos, decidimos dirigirnos a toda prisa hacia la colina más cercana, donde la selva era más tupida y tendríamos algo más de protección.

Iak corría delante abriendo camino, y detrás lo hacíamos los demás, cubriéndonos la cabeza con unas grandes hojas de banano que en realidad no servían de gran cosa. Comenzamos a subir por la falda de la colina agarrándonos a lo que podíamos para no resbalar, y cuando estábamos ya a media altura de la misma, bajo el relativo resguardo de una palmera, descubrimos a unos doce metros por encima de nuestras cabezas lo que parecía ser la entrada de una cueva. Por desgracia, una pared de piedra vertical cubierta de enredaderas, nos impedía llegar a ella.

—¡Usemos las lianas para subir! —grité por encima del estruendo de la lluvia.

El profesor me miró, como si le hubiera propuesto bailar en calzoncillos.

—¿Prefiere quedarse aquí mojándose? —le insté.

—¡Busquemos otro lugar! —replicó.

Sabía del miedo de mi amigo a las alturas, pero no estaba de humor para discutir.

—De acuerdo —le dije poniéndole la mano en el hombro—. Usted espere aquí, yo voy a pedirle un taxi.

Sin darle tiempo a responder, me encaramé a una liana que se perdía en las alturas y, afianzando los pies en la pared, comencé a trepar sabedor de que tanto el profesor Castillo como Cassie, tenían sobrada fuerza y destreza como para seguirme. Sobre Iak no tuve ni que preguntármelo, pues el indígena inmediatamente se agarró a un grueso bejuco y comenzó a trepar a mi lado, adelantándose rápidamente y llegando a la altura de la gruta antes que nadie.

Para cuando alcancé la cueva —de casi dos metros de diámetro y que parecía perderse en el interior de la loma—, descubrí que justo frente a la misma, una suerte de terraza servía como atalaya y privilegiado punto de observación de los alrededores. Claro que, con la que estaba cayendo decidí dejar la contemplación del paisaje para otro momento, y tras ayudar al profesor a subir el último metro —ofrecí igualmente mi mano a Cassie, pero ésta la apartó de un ofendido manotazo—, los tres nos refugiamos al resguardo de la amplia caverna.

Y digo los tres, porque Iak se había internado en la misma, supuse que comprobando que no hubiera animales peligrosos que hubieran tenido la misma idea que nosotros.

—¡Iak! —le llamó el profesor, extrañado al pasar los minutos sin que el menkragnoti regresara—. ¿Dónde estás?

Desde la penumbra de la entrada, justo en el límite donde llegaba la difusa luz del sol pero no la lluvia, mirábamos hacia el interior de la cueva como al fondo de un pozo, esperando ver aparecer la silueta de Iak en cualquier momento.

Pero el indígena no aparecía, ni contestaba a nuestros reclamos. Aunque el fragor de la lluvia a nuestra espalda no garantizaba que nuestros gritos llegasen mucho más allá de nuestras bocas.

—¿Le habrá pasado algo? —dijo al fin Cassandra.

—No os preocupéis —repuse—. Debe estar asegurándose de que no hay serpientes. —Dándole un pequeño codazo a Cassie, añadí—: O vampiros.

—No mames —replicó la mexicana—. Le puede haber pasado algo.

—¿Y si se ha tropezado con un jaguar? —sugirió el profesor con preocupación.

—Los jaguares no viven en cuevas, profe —resoplé con impaciencia—. Esos son los osos, y aquí no hay de eso.

—O puede que con esos morcegos, a los que tanto miedo parecen tener los menkragnoti —insinuó Cassandra, no menos preocupada.

—Ya basta. No nos volvamos locos —atajé—. Parecéis unos excursionistas en una película de miedo. Nos sentaremos a esperar tranquilamente a que vuelva, seguro que no le ha pasado nada. ¿O es que acaso creéis —dije forzando una sonrisa—, que de repente va a surgir un monstruo de la cueva y se nos va a comer a todos?

Y no había acabado de hacer la pregunta, que unos pasos apresurados acompañados de una respiración jadeante, resonaron desde la oscuridad, acercándose rápidamente hacia nosotros.

Los tres nos pusimos en pie de un salto, y de improviso surgió Iak desde las sombras corriendo y llevando en alto una tela amarillo chillón, que no pude identificar hasta verla de cerca. Sorprendentemente, se trataba de un moderno —y caro— chubasquero de nanofibra ultratranspirable, una prenda que sólo se puede conseguir en tiendas especializadas de equipamiento técnico para *trekking* o escalada.

Nos miramos entre nosotros con la misma idea en la cabeza, sin salir de nuestro estupor y atando cabos mentalmente sobre lo que aquel descubrimiento significaba. Ya esbozaba el profesor una sonrisa, presto a poner en palabras la definitiva pista que aquella prenda nos acababa de proporcionar, cuando Cassandra vio algo que le llamó la atención y, alargando la mano se hizo con el chubasquero, estirando luego ambos brazos y extendiéndolo ante sí.

—Híjole —masculló abriendo los ojos desmesuradamente.

—Pero ¿qué diantres...? —balbució el profesor.

La prenda que Cassie sostenía, aparecía limpiamente desgarrada por la espalda en unas líneas paralelas que la cruzaban de arriba abajo. Unos cortes perfectos, como hechos con una afilada cuchilla.

Solo que eran cuatro.

—¿Qué animal ha podido hacer esto? —pregunté a Iak con un estremecimiento.

—No saber —repuso con inquietud—. Yo nunca ver antes nada igual.

—Debe ser de jaguar —aventuró Cassie—. Aquí no hay otro animal que tenga garras como para dar un zarpazo como ése.

El indígena extendió los dedos sobre los cortes, que juntos eran más anchos que su propia mano.

—Mano de jaguar no tan grande.

—Ni modo —reiteró la mexicana—, pues será un jaguar enorme. Lo que está claro, es que esto no lo ha hecho un guacamayo.

—Lo cierto —apunté pasando el dedo por los bordes—, es que los cortes son demasiado limpios para ser de garras.

—No mames, güey —bufó Cassie—. ¿Desde cuándo eres experto en animales salvajes?

—Estuvimos casi un año viviendo juntos, ¿recuerdas?

Por la cara que puso la aludida supe que el comentario no le había hecho la menor gracia. De algún modo me lo iba a cobrar, menos tarde que temprano. Y con intereses.

La fuerza del aguacero, que minutos antes arreciaba en el exterior de la cueva estrellándose furiosamente contra la selva como un bombardeo, parecía estar disminuyendo por momentos, e incluso un tímido rayo de sol emergió por un breve instante entre las nubes, anunciando el fin de la tormenta.

—Lo importante —dije volviéndome hacia el profesor, y evitando de paso la mirada de Cassandra—, es que, a menos que se trate de una improbable coincidencia, este impermeable es la confirmación de que la expedición de su hija ha pasado por aquí.

El rostro del profesor Castillo reflejaba sin embargo una sombra de preocupación.

—Sí, es verdad —murmuró, sin dejar de mirar los cuatro desgarrones paralelos del chubasquero—. Pero... ¿qué les habrá pasado?

—Venga, profesor, no le dé más vueltas —terció Cassie—. Puede haber sucedido cualquier cosa, y además —añadió acercándole el impermeable—, si se fija verá que no hay manchas de sangre por ningún lado, de modo que seguramente nadie lo llevaba puesto cuando fue desgarrado.

—Es cierto —observó con patente alivio, y mirando a Iak, le preguntó—: ¿Dónde lo encontraste, amigo? ¿Había algo más allá a parte del impermeable?

El menkragnoti meneó la cabeza.

—Yo no ver nada. Yo encontrar eso ahí mismo —aclaró señalando la densa oscuridad en el interior de la gruta—, pero no ver nada más.

Para asegurarnos, nos adentramos en la cueva alumbrados por la mínima luz de mi mechero, en busca de indicios sobre quién —o cuándo— había estado allí. Pero al cabo de diez minutos de rebuscar en la penumbra sin hallar ningún otro rastro, llegamos a la conclusión de que aquella prenda debía haber sido llevada hasta ahí por algún animal. Posiblemente, concluimos, algún mono que se la hubiera encontrado en otro lugar.

—Lo extraño —dijo el profesor, pensativo, mientras nos dirigíamos de vuelta a la boca de la cueva—, es que por aquí no parece haber monos.

—Tiene razón —convine—. Cuanto más avanzamos, menos animales nos encontramos. —Me volví hacia Iak, que de nuevo sostenía el chubasquero entre sus manos—. ¿A qué crees que se debe? —le pregunté—. Es un poco raro, ¿no? Sobre todo, teniendo en cuenta que hay comida de sobra.

El menkragnoti, con la mirada fija en el impermeable amarillo, sólo alzó la vista al cabo de un buen rato, con el semblante nublado.

—Está ser tierra de muerte... —contestó en voz baja—. Tierra de morcegos, y por eso animales esconderse de ellos.

—¿Tierra de muerte, dices? Pues a mí no me lo parece —mentí flagrantemente señalando al exterior—. Esto más bien parece el paraíso de lo tranquilo que está.

—Un momento —se interesó el profesor acercándose—. ¿Dices que esto ya es tierra de morcegos? Entonces, eso significaría que no estamos lejos de la Ciudad Negra, ¿no?

El indígena de ojos azules se limitó a encogerse de hombros.

—Iak sólo saber que ciudad de los hombres antiguos estar en tierra de morcegos, y tierra de morcegos ser tierra de muerte.

—Estoy pensado que... —añadí rascándome la barba de una semana, enfrascado en mis propios pensamientos, ajeno al discurso del menkragnoti— aunque el impermeable lo haya traído un mono, no puede haberlo encontrado muy lejos de aquí. Lo que significa que, si la expedición de Valeria tomó otro camino siguiendo las coordenadas del diario, y ha pasado cerca de esta misma cueva...

—¡Es que hemos de estar cerca de las coordenadas de Z! —concluyó el profesor, entusiasmado.

En ese preciso instante, del exterior de la gruta nos llegó la voz de Cassie.

—Quizá tenga usted razón —dijo sin volverse, con la vista clavada en el horizonte—. Quizá tenga usted razón...

Intrigados, más por la extraña entonación de la voz que por las palabras de la arqueóloga, nos acercamos a la cornisa que desde el borde de la gruta dominaba los alrededores.

La lluvia ya había cesado casi totalmente y esporádicos rayos de sol atravesaban las nubes iluminando pequeñas porciones de selva, haciendo brillar como lentejuelas las infinitas gotas de agua que acumulaban en sus copas los árboles más altos. Desde nuestra privilegiada atalaya, algo por encima del techo de la jungla, podíamos ver cómo el paisaje se encontraba salpicado de pequeñas colinas o promontorios de diferentes formas y tamaños, totalmente cubiertos de árboles y esparcidos desordenadamente hasta donde se perdía la vista.

Entonces Cassie estiró el brazo y, señalando un punto a unos quinientos metros de la base del acantilado al que nos asomábamos, lo fue alzando hasta un lugar cercano al horizonte.

—Ahí hay algo —susurró.

Siguiendo con la vista la punta de su índice, alcancé a distinguir una franja de árboles algo diferente, como si allí la vegetación fuera menos densa que en el resto de la jungla. Dicha franja, que en principio supuse era el lecho de un río, transcurría entre aquellos promontorios como lo haría cualquier curso de agua. Pero había algo extraño en tal curso... algo incoherente, pero que aún tardé unos instantes en identificar lleno de asombro.

La llamativa línea de árboles señalada por Cassie, y que terminaba abruptamente dos o tres kilómetros más allá, era absoluta, inconfundible e inexplicablemente rectilínea.

Olvidándonos de comer, descansar o cualquier otra trivialidad parecida, descendimos el pequeño acantilado aprovechando las mismas lianas y enredaderas que habíamos usado para ascender, y una vez alcanzamos todos suelo firme, bajamos la colina, resbalando continuamente en el jabonoso barro reciente hasta llegar al pie de la misma.

En cuanto el terreno recuperó su horizontalidad, iniciamos a paso ligero el camino en dirección a lo que habíamos visto desde la boca de la cueva, moviéndonos de nuevo en fila india y siguiendo el rumbo que previamente había tomado con la brújula de Jack Fawcett. Una vez dentro de la selva se pierde la orientación con una facilidad pasmosa, y sin una vieja y fiable brújula de la que valerse —los modernos GPS no funcionan bajo la espesura de la jungla—, lo normal es acabar haciendo círculos o incluso caminando en dirección contraria a la que se pretende.

Por la corteza de los troncos más anchos todavía manaban pequeños regueros de agua, como de grifos a medio cerrar, y un intermitente chaparrón caía sobre el suelo encharcado, cada vez que una ráfaga de aire sacudía las copas de los árboles a decenas de metros por encima de nuestras cabezas.

—Por fin una ducha decente —bromeé mirando hacia arriba y abriendo los brazos—. Ya tenía ganas de quitarme todo este barro de encima.

—Pues que quieres que te diga —replicó Cassie a mi espalda—. Prefiero el barro a los mosquitos.

Al girarme para contestar, vi que se había quedado con los restos del impermeable y ahora lo usaba echado sobre los hombros con la capucha puesta. Solo le faltaba el cesto de comida para la abuelita.

—Como haya por aquí un lobo feroz daltónico, vas a tener problemas.

La mexicana me devolvió una sonrisa torcida.

—Caperucita era un poco pendeja.

—Y miope —añadí—. ¿Cómo puedes confundir a un lobo con tu abuela?

—Y la madre una irresponsable. Mira que mandar al bosque a su hija con un pinche cesto.

—Vamos, dejad de jugar y estad atentos —dijo el profesor aún más atrás—. Sea lo que sea que estemos buscando, debe de andar por aquí. No vayamos a pasarlo de largo.

Unos pocos pasos más adelante, Iak se agachó para palpar el terreno, apartando primero con un palo y luego con la mano, una delgada capa de humus y tierra. Sin necesidad de ponernos de acuerdo, los tres nos arrodillamos a su lado, apartando el barro con las manos.

Para nuestra decepción, lo único que conseguimos fue dejar al descubierto una gran laja de piedra sin inscripción alguna. Eso y ponernos otra vez de fango hasta las orejas.

—Pues nada —suspiró el profesor incorporándose—, habrá que seguir buscando.

—Lo que no sé —dijo Cassie observando el dosel de vegetación sobre nuestras cabezas, con desaliento—, es cómo vamos a darnos cuenta de que hemos llegado a la franja que

hemos visto desde el acantilado. Desde allí se veía muy nítida, pero aquí abajo todo está demasiado sombrío y tupido como para distinguir nada.

Yo sin embargo, seguía con la vista clavada en aquella roca sospechosamente plana, y preso de una súbita inspiración me dispuse a despejar una mayor sección de suelo, apartando el lodo con los antebrazos a grandes paladas. Algo me decía que allí había algo más de lo que parecía a primera vista.

—Si tienes pensado limpiar toda la selva —apuntó Cassandra observándome con los brazos cruzados—, te advierto que te va a llevar un buen rato.

—Tú ser pecarí buscando comida —se mofó incluso el menkragnoti.

No me digné a contestarles, porque cuanto más superficie dejaba al aire, más clara se iba formando una imagen en mi cabeza.

—¿Me vais a ayudar —pregunté al fin levantando la vista—, o vais a quedaros ahí mirando?

—Pero que te ayudemos ¿a qué? —inquirió el profesor—. No tenemos idea de lo que estás haciendo.

—¡Pues tratar de despejar esto, caramba!

—Eso ya lo vemos —replicó—. Pero ¿para qué?

—Vosotros ayudadme, y ya lo veréis.

Mis amigos intercambiaron miradas de extrañeza, pero finalmente el profesor tras encogerse de hombros, se agachó de nuevo, siendo imitado al poco por Cassie y Iak, que aunque sin excesivo entusiasmo, volvieron a arrodillarse para echarme una mano. Gracias a ello, siguiendo mis indicaciones al cabo de un rato ya habíamos aclarado un área de casi cincuenta metros cuadrados, y dándome por contento les pedí que se pusieran de nuevo en pie, dando unos pasos atrás para contemplar el resultado con perspectiva.

—¿Qué os parece? —dije, exultante—. Alucinante, ¿no?

Cassandra dejó de sacudirse por un momento los pegotes de barro de la ropa, para levantar la vista.

—¿Alucinante? Yo ahí no veo nada.

—Yo tampoco —secundó el profesor—. Sólo un lecho de roca y piedras sueltas aquí y allá. No veo la parte alucinante por ningún sitio.

—Fijaos bien —insistí.

Iak aguzó la vista entrecerrando los ojos, e inclinando la cabeza hacia adelante acabó por decir.

—Parecer... un camino.

Entonces, la arqueóloga y el ex profesor repararon con nuevos ojos en la explanada salpicada de pequeños árboles que se abría ante ellos.

—Que me lleve el diablo si no tiene razón —musitó el profesor con sincera sorpresa.

—Es verdad —coincidió Cassie de inmediato—. Parece tener unos márgenes definidos... y una orientación clara —añadió acercándose de nuevo al terreno para estudiarlo más de cerca—. Y este lecho de roca... tiempo atrás debieron ser como grandes adoquines, encajados unos con otros.

Con los ojos como platos, la arqueóloga se giró hacia mí con un inusual brillo en la mirada.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Lo cierto es que tampoco tiene demasiado mérito —aclaré—. Simplemente me acordé de algunas calzadas romanas que conozco en España, que aún se usan como senderos de excursionistas después de dos mil años. El resto ha sido una asociación de ideas, que por suerte ha terminado siendo correcta.

—Sea como sea —dijo el profesor—, yo no habría caído en la cuenta de haber venido solo —y dándome un afectuoso codazo, añadió—: Al final, va a resultar que no eres tan tonto como pareces.

—Vaya, pues muchas gracias —repliqué no muy seguro de que aquello fuera un halago.

—Entonces, si hay un camino —apuntó Cassie, meditabunda—, significa que...

—Nadie construye una calzada así, para no ir a ningún sitio —afirmé con énfasis—. Esta es quizá la primera prueba real de que la Ciudad Negra no es sólo un mito, y que las afirmaciones de Jack Fawcett sobre Z en su diario no fueron desvaríos, y que...

—... y que mi hija está por allí —susurró el profesor conteniendo la emoción, con los pies sobre el camino de piedra y la mirada dirigida hacia el oeste.

Intimidados por el opresivo mutismo de aquella selva sin vida, avanzábamos siguiendo el difuso rastro del camino de piedra. En ocasiones, éste emergía de entre el barro mostrándose como una ancha calzada de varios metros de amplitud, pero por lo general no era más que una vaga sombra, una franja borrosa en la que los árboles parecían no decidirse a arraigar.

Otra curiosidad notable era que, contrastando con el trazo recto y prácticamente plano de la calzada de piedra, el terreno a ambos lados era cada vez más extraño. Un reguero de cúmulos y montículos de formas vagamente regulares, que salpicaban los márgenes a izquierda y derecha como una vieja escolta vencida por el tiempo.

A medida que avanzamos no sólo descubrimos que aquellos túmulos se hacían más frecuentes, sino que justo frente a nosotros, lo que habíamos tomado por una suerte de baja meseta desde la distancia, se revelaba gradualmente como un sólido entramado de arbustos espinosos, una suerte de seto ciclópeo, muy parecido al que habíamos atravesado tan arduamente al dejar el río. Bajo ninguna circunstancia íbamos a enfrentarnos de nuevo a algo así, y a ninguno de los presentes se le ocurrió siquiera insinuarlo.

Cuando finalmente alcanzamos el extremo de la calzada, que terminaba abrupta e inexplicablemente frente a aquel infranqueable muro vegetal, los cuatro nos detuvimos frente al mismo escudriñando los alrededores concienzudamente, para asegurarnos de que el camino no se desviaba a partir de ese punto.

—Esto es un callejón sin salida —juzgué con los brazos en jarras, desconcertado al no encontrar nada—. ¿Para qué construiría nadie un camino que no lleva a ningún sitio?

—Quizá... —sugirió el profesor— nos hemos pasado de largo.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que, a lo mejor —reflexionó mirando hacia atrás, por donde habíamos venido—, nos hemos saltado alguna especie de desvío que no estuviera a la vista. Un desvío que llevara a las verdaderas ruinas de Z. Hemos dado por hecho que ésta era una vía principal y a lo mejor estamos equivocados. Quizá se trate del final de un camino secundario.

Cassandra carraspeó sonoramente en señal de desacuerdo.

—¿Usted imagina lo que debió suponerles construir una calzada de piedra así, en mitad de la selva? —arguyó señalando el suelo—. Eso que usted dice sobre un camino secundario, si me permite decírselo, es una soberana tontería.

—¿Ah, sí? —replicó algo molesto—. ¿Acaso se le ocurre una teoría mejor, señorita Brooks?

—Pues en efecto —afirmó, segura de sí misma—, se me ocurre otra explicación, y además mucho más sencilla. ¿Y si al fin y al cabo... ya hemos estado en Z?

El profesor Castillo entrecerró los ojos, como aparentando haber oído mal.

—¿Perdón?

—Pensadlo —nos instó la mexicana apuntando al camino por el que habíamos venido—. Llevamos varios kilómetros caminando por una calzada de piedra totalmente recta, rodeada de túmulos y montículos, que bien podrían ser todos ellos las ruinas de estatuas o de

pequeños edificios. En mi opinión, creo que hemos estado paseando a través de la Ciudad Negra sin siquiera darnos cuenta.

—Pero... —se resistía el profesor—. ¿No están esos montículos demasiado desperdigados para ser los restos de una ciudad? A mí me parecía más bien un parque algo descuidado sembrado de montones de tierra, no he visto la concentración de restos que cabría esperar en un caso así.

—¿En un caso así? —inquirió la arqueóloga con ironía—. ¿Habla en serio? ¡Tan sólo lo que esta calzada representa ya es algo excepcional! No tenemos ni idea sobre quienes vivieron aquí —prosiguió apenas tomando tiempo para respirar y señalando a nuestro alrededor—, o por qué construyeron lo que sea que construyeron en mitad de esta selva. A lo mejor no les gustaba hacer edificios, no tenían templos o, a excepción de las estatuas, lo construían todo con madera y adobe, y por eso ya no queda nada más. En realidad no sabemos nada de nada, profesor, así que suponer que lo que hemos visto ahí atrás no son los restos de una ciudad, porque no se parecen a las ruinas del Partenón, sería extremadamente arrogante por nuestra parte... por no decir otra cosa.

Cassie quedó exhausta tras su perorata, y el profesor Castillo guardó un cauto silencio, poco inclinado a despertar de nuevo la indignación de la apasionada mexicana.

—¿Y tú qué dices, Iak? —se me ocurrió preguntarle a nuestro guía, con curiosidad por saber su opinión—. ¿Crees que el lugar por donde hemos venido, es la Ciudad Negra de la leyenda?

El indio de ojos azules dejó escapar un bufido.

—Yo no saber —dijo al cabo de un momento—. Pero leyenda hablar de gran ciudad, como nunca nadie construir antes. Hablar de reyes de todos los pueblos que venir a ver grandes templos, y adorar a sus dioses durante mucho tiempo.

—Siendo así —dijo el profesor mirando de reojo a Cassandra—, eso descartaría una ciudad construida de madera y adobe.

—Yo no me daría tanta prisa en afirmarlo —repuso Cassie, renuente a abandonar su hipótesis—. De lo que él habla, es de una simple leyenda indígena.

—Bueno —sonreí pensando en el lado humorístico de todo aquello—. Al fin y al cabo, es por esa simple leyenda indígena por lo que hemos acabado todos aquí, ¿no?

Un buen rato más tarde, el profesor y Cassie seguían enrocados en sus conjeturas, enzarzados ahora en un bizantino debate sobre la arquitectura en las edificaciones mesoamericanas. Mientras, Iak se mantenía en cuclillas al borde de la calzada con la mirada perdida en el infinito, y yo centraba mi atención en el muro vegetal que teníamos enfrente, así como en el sendero de piedra que se perdía al pie del mismo.

Fue entonces cuando se me pasó por la cabeza una idea absurda que decidí poner a prueba. Sin decir palabra, tomé el machete de las manos de Iak, me aproximé a la pared de arbustos, bejucos y enredaderas y descargué un golpe seco sobre la liana más cercana, que se partió en dos limpiamente dejando escapar un fino hilo de agua.

De pronto, mis amigos dejaron de discutir y me miraron con extrañeza.

—Pero ¿qué haces? —me interpeló el profesor al verme enfrentar la intimidante espesura como Don Quijote a los molinos.

—¿Es que has perdido la cabeza? —se burló la mexicana, por su parte—. Las lianas no tienen culpa de nada.

Ni me molesté en contestar. Si me equivocaba, ya habría tiempo para que se mofaran de mí más adelante.

El afilado machete cercenaba la impenetrable vegetación como un cuchillo un pastel de cumpleaños, aunque a cada golpe rezaba para no toparme con alguna serpiente venenosa, a las que les encanta esconderse en lugares así. Por ello, permanecía atento tanto a las lianas que pendían sobre mí como en dónde ponía los pies, no fuera a acabar metiendo la bota donde no debía.

Entonces, tras abrirme paso varios metros a través de la maleza, me percaté de que estaba pisando la calzada de piedra.

Justo lo que había imaginado.

El camino aún estaba ahí.

Me giré inmediatamente para comunicarles el descubrimiento a mis amigos, y me encontré con que, en silencio, el profesor, Iak y Cassandra me observaban asombrados desde la entrada del angosto pasadizo.

Gateando a cuatro patas porque no había espacio para más, como un minero me abría paso por el ceñido túnel que arduamente iba excavando, con unos machetazos que cada vez eran menos contundentes. Al cabo de veinte minutos de forcejear con la madre naturaleza, ya sentía el brazo derecho agarrotado por el esfuerzo.

—Cada vez está más oscuro aquí dentro... —murmuró Cassie a mi espalda.

—Yo no veo por donde voy —protestó a su vez el profesor, también en voz baja—. Como haya una serpiente por aquí, seguro que acabo pisándola.

—Tranquilo, profe —dije apoyándome en el machete y tomándome unos instantes para respirar—. Si me tropiezo con alguna, se lo haré saber con un buen grito de agonía. Y por cierto, me parece ver un rastro de luz justo delante.

—¿Ves luz? —preguntó Cassandra—. Entonces, ¿a qué estás esperando? ¡Vamos, no te pares!

—Dame un momento para que reponga fuerzas, casi no siento el brazo.

—Ni hablar, güey, ya descansarás luego —me apremió alzando la voz—. Tienes que sacarnos de aquí rápidamente.

Después de convivir con la rubia arqueóloga, sabía que más me valía hacerle caso antes que cabrearla. Así que, apretando los dientes, comencé a machetear de nuevo con todas mis energías, abriendo camino hacia un mínimo rayo de sol que aparecía y desaparecía entre el follaje.

Por fin, ya a punto de rendirme, la vegetación comenzó a clarear y, tras unos últimos tajos en los que tuve que usar ambas manos para golpear con la fuerza suficiente, conseguí abrir un pequeño hueco.

Como si acabara de alcanzar la superficie después de una larga inmersión, saqué la cabeza por el agujero para respirar aire fresco, cegado por la luz del sol tras casi media hora sumido en la completa oscuridad.

Entonces, paulatinamente empecé a recuperar la vista.

Primero sombras y luces.

Luego, formas difusas y colores.

Pero cuando finalmente logré ver con claridad lo que tenía justo delante de mis narices, me negué a creer lo que mis ojos me estaban diciendo.

Era al mismo tiempo, algo demasiado real y demasiado fantástico como para poder aceptarlo.

FIN DEL FRAGMENTO GRATUÍTO

¿Quieres seguir leyendo? Encuentra la novela completa en:

[Amazon](#)

[FNAC](#)

[La casa del libro](#)

[El Corte Ingles](#)

[Barnes & Noble](#)